

A complex, branching, red structure resembling a biological network or a stylized tree. It consists of thick, interconnected lines that form a web-like pattern with numerous small, circular openings or nodes. The color is a vibrant, slightly dark red. The structure originates from the top right and spreads outwards, with a single, thin branch extending towards the bottom right corner.

LUIS MIGUEL CAJAL

AUTOPSIA

BLANCA



Ediciones
Alféizar

HOJA NEGRA

AUTOPSIA BLANCA

—Luis Miguel Cajal—



Ediciones
Alféizar

© 2020

Editado por Ediciones Alféizar

C/ Joan Carles I - 41

46715 - Alquería de la Condesa - Valencia - España

Autor cubierta: Enrico Pitton

Revisión: Saray Núñez Calvente

Teléfono: 34 644 524 524

Email: info@edicionesalfeizar.com

Web editorial: www.edicionesalfeizar.es

NOTA DEL AUTOR

Esta historia está inspirada en hechos reales que han sido narrados libremente por la imaginación e investigación documental llevada a cabo por el autor.

Las localizaciones aquí mencionadas no existen en la geografía española.

ÍNDICE

[19 de enero Pueblo de Mestre](#)
[Vatoya. Cuartel de la Guardia Civil](#)
[Partida de Cuerno Entre Vatoya y Mestre](#)
[20 de enero Instituto Anatómico Forense](#)
[Comandancia de la Guardia Civil](#)
[Primera citación](#)
[María Raquel de Luis](#)
[El otro número de teléfono](#)
[21 de enero Esperando a la vecina de Mercedes](#)
[Primeras pistas e identificación del cadáver](#)
[El padre de Raquel](#)
[Los amigos de Raquel](#)
[22 de enero El padre de Patricia](#)
[Comandancia de la Guardia Civil](#)
[27 de enero Calle Alcázar, Udata](#)
[Atestado de la Policía Local](#)
[31 de enero. Informe del Laboratorio Clínico de Medicina Comandancia de la Guardia Civil](#)
[Descripción del miembro amputado Instituto Anatómico Forense](#)
[6 de abril Partida de Cuerno](#)
[A 400 metros de distancia de la casa de José](#)
[Autopsia en el cementerio](#)
[Dos casos. Dos equipos de Guardia Civil](#)
[7 de abril Reunión entre los dos grupos de la Unidad de Policía Judicial de la Guardia Civil](#)
[Ana Sánchez, madre de Valentín Comandancia de la Guardia Civil](#)
[3678036](#)
[1383560](#)
[El titular del número 138 35 60](#)
[8 de abril Comandancia de la Guardia Civil](#)
[16 de abril Una fuente anónima](#)
[EL CASO MESTRE Las chicas de Mestre fueron vistas un día antes de desaparecer](#)
[17 de abril El artículo de prensa](#)
[18 de abril Dueño del bar El Rincón Dependencias de la Guardia Civil](#)
[La cocinera del bar El Rincón Udata](#)
[Comandancia de la Guardia Civil](#)
[El Miguelo Udata](#)

[Interrogatorio al Miguelo Comandancia de la Guardia Civil](#)
[7 de mayo Una extraña llamada](#)
[Investigación de la llamada recibida](#)
[Una patrulla de Tráfico Km 3 de la carretera de Garronte a Urís](#)
[Identificado El Bichita Comandancia de la Guardia Civil](#)
[8 de mayo El Bichita y su entorno más cercano](#)
[26 de mayo A las afueras de la población de Urís](#)
[Entre Urís y Garronte 13:30 horas](#)
[27 de mayo Instituto Anatómico Forense 9:00 horas](#)
[30 de mayo Comandancia de la Guardia Civil](#)
[11 de junio Toma de declaración a José Antúnez, el Bichita Comandancia de la Guardia Civil](#)
[La mujer de Bichita](#)
[Las amistades peligrosas del Bichita Comandancia de la Guardia Civil](#)
[14 de junio Delincuentes fichados Comandancia de la Guardia Civil](#)
[Pedro informa a Miguel y a Fran de las novedades Frente al domicilio de Bichita](#)
[Otro dispositivo de vigilancia Comandancia de la Guardia Civil](#)
[15 de junio Primer contacto](#)
[Interrogatorio a Andrés Galán, el Cupi](#)
[Interrogatorio a Marcos González](#)
[Andrés Cupi y la trampa](#)
[Francisco, Miguel y Manuel hablan con Marcos](#)
[Los antecedentes de Mamo Comandancia de la Guardia Civil](#)
[Versión de los hechos Andrés Galán, el Cupi Interrogatorio en la Comandancia de la Guardia Civil](#)
[La detención de Mamo Calle Independencia 22, Mestre](#)
[Versión de los hechos Marcos González Interrogatorio en la Comandancia de la Guardia Civil](#)
[Llamando a la puerta del domicilio de Mamo, Mestre](#)
[Interior del domicilio de Mariano Moreno, Mestre](#)
[Conclusiones.](#)

19 de enero

Pueblo de Mestre

Aquel pueblecito perdido en la España más profunda había amanecido un poco frío, con un todavía tímido sol que luciría con fuerza a lo largo del día y con una muy ligera brisa.

Era jueves.

José estaba desayunando con unos amigos en el bar de toda la vida.

Mientras la televisión estaba a todo volumen para que los clientes en la barra pudieran escucharla con atención, algo que pasaba raras veces, él prefería charlar con el compañero jornalero que tuviera al lado o enfrascarse en la lectura del periódico si no tenía nada que decir.

Le incomodaba profundamente ver el telediario porque en algunas ocasiones, mientras estaba comiendo, aparecían en la pantalla imágenes muy desagradables. Y con sonido.

El agricultor prefería por ese motivo leer el periódico tranquilamente y pasar las páginas que no le interesaban.

José no era desconocedor de que los periódicos tenían un «color político», y tampoco podía fiarse mucho de lo que en ellos estaba escrito. En más de una ocasión comparaba, si podía hacerlo, dos periódicos distintos para contrastar más las noticias. No le gustaba ser engañado.

A José no le interesaba mucho la política. Él era un hombre de campo, desde pequeño. Su interés por la mundanal actualidad no era excesivo, le interesaba mucho más el estado de sus tierras. Lo que hubiera pasado en cualquier otra parte del país o del mundo no era algo que le quitara el sueño. Simplemente leía el periódico cuando la conversación con los otros compañeros no le resultaba interesante.

Cerró el diario, pagó su consumición y despidiéndose de sus colegas del campo salió del establecimiento. Se montó en su Cuatro latas y se dirigió a las afueras del pueblo.

Conduciendo el viejo Renault, primero por las calles de Mestre y luego por una carretera secundaria que comunicaba dicho pueblo con la partida de Cuerno, llegó a su finca; un terreno situado a diez minutos de cualquier atisbo de población.

Aminoró la marcha del vehículo para tomar un camino de tierra con algún que otro bache totalmente salvable para los resistentes amortiguadores del coche.

Ese día pensó en podar algunos de los árboles que tenía en su pequeña parcela. Posiblemente empezaría con los almendros.

Había escuchado cómo algunos de los otros jornaleros recomendaban la poda de aquellos árboles a principios de otoño o a finales de invierno. Pero José prefería guiarse por su intuición y por el aprendizaje que le daba día a día el campo; además, aquello no era una ciencia exacta, las estaciones no siempre eran iguales de un año a otro.

Las temperaturas muy frías no venían bien a aquellos árboles, así que decidió que enero sería una buena fecha para empezar las podas.

Echó un vistazo a los cultivos. Era una zona preciosa. El sol ya empezaba a brillar poco a poco y la tierra bañada por la luz mostraba unos colores verdosos, amarillentos y cobrizos impresionantes.

A pocos metros de donde había aparcado el coche había una vieja casa en la que José guardaba

sus aperos de labranza.

Antiguamente esa casa había estado habitada por un maestro de escuela. Posteriormente, sus padres y él vivieron en ella. Fue entonces cuando su padre se hizo con algunas de las parcelas de alrededor.

La casa quedó deshabitada con el fallecimiento de sus progenitores y solo la utilizaba como almacén para sus herramientas, puesto que al casarse decidió vivir en una zona mejor comunicada para que su mujer pudiera hacer la compra de manera más cómoda y no tener que limpiar una casa tan grande, porque por dentro era más amplia de lo que parecía.

Se metió la mano en el bolsillo para buscar las llaves que abrirían el candado de la puerta principal. Miró el manajo de llaves que había en su palma y eligió la indicada.

A pocos metros de la entrada fue cuando se percató de ello.

El candado no estaba.

José frunció el ceño.

La puerta estaba entreabierta.

—Me cago en todo... —musitó José.

Había vuelto a pasar.

No era la primera vez que forzaban la pequeña puerta principal y terminaban destrozándola.

Aquella era la tercera ocasión en la que alguien se colaba en el interior de la casucha.

La otra puerta que tenía la vivienda, de mayor tamaño y de hierro y madera, era, al parecer, impenetrable. Todos los ladrones preferían reventar un candado de acero en lugar de forzar los goznes de la pesada puerta. En una ocasión incluso intentaron abrir un boquete en la vieja estructura, sin conseguirlo.

—La pena negra... ¡Otra vez! —se lamentaba el agricultor.

Como todo hombre de campo, llevaba encima una navaja. La abrió para tener algo con lo que protegerse si acaso en el interior se encontraban todavía los ladrones y tenía que defenderse.

José abrió la puerta y echó un vistazo al interior.

La casa tenía una estancia principal con una chimenea, usada como salón hacía muchos años, una cocina con un amplio fregadero, un baño y tres habitaciones con espacio para dos camas.

José había pensado en más de una ocasión en volver a vivir allí, pero su mujer le había convencido de no hacerlo: si se mudaban a esa zona dependían del coche para todo, puesto que el pueblo más cercano estaba a unos nueve o diez kilómetros de distancia.

El agricultor se asomó a la cocina. Vacía.

Avanzó hasta la estancia principal y notó el desorden que allí había.

Sin duda alguien había entrado en la casa. Habían estado revolviendo todos los pocos enseres que había dentro y habían tirado al suelo botellas y tazas de porcelana. Algún que otro plato de cristal se había hecho añicos y habían volcado algunas sillas.

—¿Qué coño andarían buscando? —se preguntó José.

Decidió mirar en las habitaciones. Quizás habían entrado para robar los colchones y los somieres, ya que otros objetos de valor no había.

En la primera habitación, a la derecha del salón, la puerta estaba entreabierta.

No le hizo falta acercarse mucho para ver, por la estrecha abertura, el extremo de una de las camas. Con alguien tumbado en ella.

Tal y como estaba la puerta solo alcanzaba a ver los pies de la persona.

Parecía alguien joven por las zapatillas deportivas que llevaba.

José respiró hondo, agarró con fuerza la navaja y abrió de un empujón la puerta.

—¡Tú! —gritó con enfado—. ¡Arriba, cojones!

Sobre el viejo colchón de la cama se encontraba tumbada una chica. Parecía una adolescente.

José suspiró aliviado al ver que era una joven y no, por ejemplo, el típico vagabundo de aspecto amenazante.

—¡Eh, tú! ¡Despierta! —dijo José dando una patada a la cama—. ¿Qué haces aquí?

La chica seguía tumbada, sin moverse. Ni siquiera abrió los ojos.

José se acercó más y meneó con su mano uno de los pies de la intrusa.

—¡Oye! —dijo José acercándose más a la chica—. ¿Estás dormida?

En ese momento fue cuando se dio cuenta de que la chica no reaccionaba. Pudo ver con claridad cómo la cara de la adolescente presentaba un color extraño.

Estaba muerta.

José salió corriendo de la casa. Se montó de nuevo en el Renault 4 y condujo a toda velocidad hacia el cuartel de la Guardia Civil.

Vatoya. Cuartel de la Guardia Civil

—Tranquilo, tranquilo —le dijo el guardia civil—. No se preocupe. No pasa nada. Cálmese y cuénteme lo ocurrido.

José había llegado al puesto de la Guardia Civil más cercano que conocía, el de Vatoya, puesto que Mestre no disponía de cuartel.

Al llegar, había entrado pidiendo ayuda y dos guardias civiles le habían atendido.

Estaba de los nervios.

Comunicó lo ocurrido a los agentes. Uno de ellos, el de mayor rango, ordenó a una patrulla ir hasta el lugar del hallazgo.

José habló con el comandante del puesto. Le dio sus datos personales.

—Le juro que no sé ni cómo he llegado... —dijo José afectado—. ¡Qué horror!

—Ya ha pasado todo. Es solo un susto... —le consoló el guardia.

—Pero es que... Hay una chica muerta en mi casa. ¡No sé qué ha pasado!

—Lo sé, lo sé. No se preocupe. Vamos a ver —explicaba el guardia civil mientras ponía un folio en la máquina de escribir—. Empiece por el principio.

José, más tranquilo, empezó a narrar la última hora vivida.

—He llegado a mi parcela a las ocho y media, más o menos. He visto que la puerta de la casa que uso para guardar mis cosas estaba abierta. Al entrar, he encontrado a una chica muerta sobre una de las camas.

—¿Conoce a esa chica? —preguntó el oficial.

—No.

—¿Con qué frecuencia va usted a esa casa?

—Depende —dijo José—. Puedo ir una o dos veces a la semana... Trabajo en el campo. La uso para guardar las tijeras de podar, el pico, el azadón, algunos sacos de abono... Varias cosas. Ya se me habían colado en otras ocasiones, pero esto...

Alguien llamó a la puerta del despacho. Un guardia civil joven se acercó al lado de José.

—Señor, ya ha llegado al lugar la patrulla y han informado por radio.

—¿Y bien?

—Lo que dice el caballero es cierto —explicó—. Hay una joven muerta en una de las habitaciones. Creen que lleva varios días allí porque tiene la cara verde, señor.

José recordó el extraño color que tenía en los pómulos y en la nariz la adolescente. Se le revolvió el estómago.

—De acuerdo. Avise a la comisión judicial. Que la patrulla se quede allí hasta nueva orden —dijo el sargento que comandaba el puesto.

—Sí, señor.

José vio como el joven guardia salía del despacho a toda prisa.

—¿Qué hago yo ahora? —preguntó al guardia civil.

—Necesito hacerle unas preguntas más —respondió el sargento—. Después, lea el documento que he mecanografiado y si está conforme lo firma.

Partida de Cuerno

Entre Vatoya y Mestre

Hasta el lugar del hallazgo se habían movilizad un par de todoterrenos de la Guardia Civil y tres turismos. Todavía quedaba por llegar el transporte que llevaría el cuerpo hasta el Instituto Anatómico Forense.

En uno de los coches llegaron el juez, el secretario judicial y un ayudante.

En los otros dos vehículos, cuatro guardias civiles de la Policía Judicial.

Los uniformados saludaron a sus compañeros, al juez y al secretario. El ayudante se quedó junto al coche.

—Caballeros, ustedes mandan —dijo el juez.

—Si le parece —dijo Pedro—, dos de nosotros se quedan con ustedes y otros dos echan un vistazo fuera.

—Me parece correcto —asintió el juez.

Manuel y Miguel decidieron inspeccionar el exterior de la casa.

Uno de los guardias civiles acompañó a los recién llegados al interior.

Pedro y Francisco entraron detrás de Su señoría.

Llegaron a la habitación.

Francisco echó un vistazo al cadáver de la chica.

—Compañero —llamó a uno de los uniformados—. ¿Habéis revisado el resto de la casa?

—Sí, señor. Llegamos los primeros. No tocamos nada. Todo estaba vacío.

—Muchas gracias —respondió Pedro.

El guardia salió de la casa al tiempo que el secretario judicial abría una gran carpeta de color negro y tomaba su pluma del bolsillo.

—No parece que haya sangre —reflexionó el secretario.

—Por las ropas no parece una vagabunda —dijo el juez.

Pedro y Francisco se agacharon para examinar más de cerca el cuerpo.

A simple vista, el secretario tenía razón: no había sangre ni en la cama ni en el cuerpo de la chica. Pero habría que esperar el análisis del forense.

Francisco señaló a su compañero las manchas de putrefacción en el rostro de la joven.

—Lleva aquí unos días —explicó Francisco—. No veo ninguna herida...

—Desde luego, no parece una muerte violenta —dijo Pedro—. Señoría, cuando quiera.

Mientras el juez describía la escena para que el secretario la dejara plasmada en el Acta de Levantamiento del Cadáver, Pedro y Francisco salieron a buscar a sus dos compañeros.

Manuel y Miguel, junto con otro uniformado, estaban inspeccionando la zona exterior de la casa.

—¿Te has fijado en que la puerta la cerraban con un candado? —preguntó Miguel.

—Sí. No lo veo por el suelo —respondió Manuel—. Deben habérselo llevado para que no

saquemos huellas.

—O lo han lanzado vete tú a saber dónde —dijo el compañero mirando las parcelas de alrededor.

Aquel lugar parecía un sitio tranquilo.

Las parcelas que allí había eran trabajadas por jornaleros entre semana, pero no todos los días; lo que convertía al lugar en un sitio poco transitado.

A unos doscientos metros de allí había otra edificación, un chalé.

—Deberíamos preguntar allí —dijo Miguel señalando la casa—. Quizá hayan visto algo.

—Sí, mejor. Porque por aquí —dijo Manuel—, yo no veo nada.

Pedro y Francisco llegaron a su lado.

—¿Cómo va la cosa? —preguntó Francisco.

—No hay mucho —respondió Miguel—. La puerta estaba cerrada con un candado que no encontramos. O está perdido en el campo y encontrarlo va a ser jodido o se lo han llevado. Íbamos a preguntar a los del chalé.

Pedro indicó a dos de los uniformados que se quedaran con el juez y con el secretario. A los otros dos les pidió, junto con el ayudante judicial, que recorrieran el terreno cercano a la casa por si encontraban algo que les pudiera servir en la investigación.

—¿Y qué buscamos? —dijo el ayudante.

—Cualquier cosa que no sea del campo —le respondió uno de los guardias civiles—. Todo lo que le parezca que no debería estar aquí o que le llame la atención. No lo toque con las manos.

Mientras esperaban la llegada del forense, los cuatro componentes de la Unidad de Policía Judicial de la Guardia Civil se acercaron a la única casa que había cerca de allí.

—¡Alucinas pepinillos! —dijo Miguel—. Estoy por retirarme y comprarme una casita así. Como esta.

—No te queda aún —le replicó Pedro.

—Sobre todo por la pasta —bromeó Francisco.

Los agentes de paisano llegaron a la entrada principal de la vivienda. Todo el terreno estaba vallado con una reja de alambre que delimitaba la propiedad.

No parecía haber nadie. Las persianas estaban bajadas y no había ningún coche aparcado.

—La usarán para los fines de semana —pensó Manuel.

Los cuatro investigadores decidieron volver a la escena del hallazgo.

Comprobaron que acababa de llegar el forense.

Tras examinar el cuerpo y certificar legalmente la muerte, el juez autorizó el levantamiento del cadáver.

—Oigan —les dijo el juez firmando unas actas—. No han sacado ustedes fotografías de la escena ni del cuerpo...

—Le sacarán fotos en la morgue —dijo Francisco—. Además, a mí me da que esa chica ha tenido que morir mientras dormía... De frío, a lo mejor. Sacar fotografías de la casa no creo que nos sirva de mucho.

20 de enero

Instituto Anatómico Forense

Eran las ocho de la mañana.

Dos forenses, el doctor Fuentes y el doctor Marín, se estaban preparando para realizar la autopsia a un cuerpo que había llegado el día anterior.

Sacaron de la cámara frigorífica la bolsa en cuyo interior se encontraba el cadáver.

—Imagino que ya los del juzgado describieron la vestimenta —dijo uno de ellos.

—Supongo que sí —respondió Marín—. Pero por si acaso... Déjame sacar un par de fotos.

Fotografió el cuerpo al completo, luego se acercó al rostro de la chica y tomó otra instantánea.

—Bien. Procedamos —le indicó a su compañero.

Fuentes procedió a describir a la fallecida.

—Mujer joven, de unos quince o dieciséis años como mucho. Mide —dijo tomando la cinta métrica—, un metro y cincuenta y siete centímetros. Cabello largo y liso. Una longitud de... —comprobó la medida varias veces—, de unos veinte centímetros de largo. Castaño.

—Ojos marrón claro —dijo el otro médico—. Apenas tiene manchas de Sommer Larcher en la esclerótica... O murió con los ojos cerrados o se los cerraron después.

—Ábrele la boca.

—Dentadura bien conservada... Mira —dijo Marín—. Le falta una pieza.

—Molar inferior izquierdo —indicó el compañero—. El resto de las piezas las conserva. También noto restos sanguinolentos en la boca.

—¿Y en la nariz? —quiso saber Fuentes.

—Sí. Muy leves.

Pasaron a inspeccionar el cuerpo de la joven.

—Quiero reflejar en el informe que, según veo, el botón de la cremallera del pantalón está desabrochado.

—De acuerdo —confirmó el doctor Marín—. Voy a enumerar sus pertenencias.

La chica tenía una esclava de plata con las iniciales V.M.

En la misma muñeca llevaba una correa marrón con los nombres José y Raquel inscritos en un corazón.

En el otro brazo llevaba un reloj y unas pulseras elásticas de las que colgaban unos papelitos. En cada uno de ellos había escritos unos números de teléfono.

En una de sus manos los forenses encontraron una alianza con una fecha grabada: 8-5-66

Retiraron con cuidado las ropas del cadáver tras embolsar las pertenencias para enviarlas a la Guardia Civil.

Las prendas interiores llamaron la atención a los dos médicos forenses.

—Veo una mancha de aspecto sanguinolento en la braga —dijo Fuentes.

—Exacto. Zonas vaginal... y creo que rectal —indicó el compañero—. Lo veremos mejor

cuando demos la vuelta al cuerpo.

—Noto rigidez en casi todo el cadáver. Sobre todo en cuello y miembros superiores.

—Putrefacción en tórax, hombro y cuello —describió Marín.

Ambos forenses giraron el cadáver.

—Livideces situadas en planos dorsales y en la hemicara izquierda.

—Voy a revisar la zona rectal —indicó Fuentes.

Las sospechas de los forenses quedaban confirmadas: parecía haber un líquido sanguinolento, ya seco, en el ano; que pudo haber manchado la ropa interior. Además, pudieron comprobar que había una sustancia blanquecina, también seca, en la ampolla rectal.

Recogieron algunas muestras.

—Muy bien —indicó uno de los forenses—. Veamos el interior.

Comandancia de la Guardia Civil

La Unidad Orgánica de la Policía Judicial de la Guardia Civil había recibido las pertenencias de la joven encontrada muerta.

El informe forense, como era lógico, tardaría más en ser presentado.

En unos meses recibirían también el informe del Instituto Nacional de Toxicología, que iniciaría el estudio de las vísceras extraídas durante la autopsia.

—En la inspección ocular no encontramos ningún documento que nos indique la identidad de la víctima —informó Pedro a su superior, el Sargento 1º Montes—. Tenemos un par de fotos del cadáver antes de que lo metieran en la nevera. Yo mismo las saqué. Hoy los forenses han sacado un par más.

—¿Quién encontró el cuerpo? —quiso saber el sargento mientras observaba las imágenes de la chica.

—José Peralta. El dueño de la casa —respondió Francisco—. La última vez que fue allí fue el viernes por la mañana.

—Deducimos que la chica tuvo que aparecer entre el sábado y el miércoles —explicó Manuel—. Llevaba tiempo muerta. Los forenses aún no han redactado el informe. Estamos a la espera de sus conclusiones.

El Sargento 1º Montes cogió una de las bolsas que había en el interior de una caja de cartón.

—¿Son números de teléfono? —preguntó mientras observaba los papelitos que había en una de las pulseras.

—Eso parece. Está Miguel comprobándolo en el registro telefónico —dijo Pedro.

—Muy bien. Manténgame informado. Yo hablaré con el capitán.

Cuando Montes salió de la estancia, los tres guardias civiles se sentaron en torno a dos mesas que habían colocado juntas para depositar sobre ellas todas las pruebas de las que disponían, así como varios cuadernos y folios para tomar apuntes.

—Creo que podemos descartar la alianza como método de identificación —dijo Manuel.

—Estoy de acuerdo —secundó Francisco—. La fecha que hay inscrita no parece acorde con la edad de la chica. Debería tener, según eso, veintitrés años.

—Yo también creo que la podemos descartar. Supongo que es robada... —dijo Pedro.

—Si es una alianza —dijo Manuel—, apostarí a que es la fecha de un matrimonio. Esta chica en 1966 no había nacido. Quizá es de la boda de sus padres...

En ese momento llegó Miguel.

—Tengo algo, compañeros.

—Cuéntanos —pidió Francisco.

—Uno de esos números pertenece a un hombre de treinta y seis años, casado y con hijos. El otro es de una mujer. Una tal... —miró el folio donde tenía la información—. Mercedes Pino.

—Bueno —sonrió Pedro—. Al fin tenemos algo por dónde tirar. Hay que citar a esas dos personas. Inmediatamente.

Primera citación

José Miguel Hermida no entendía muy bien aquella llamada que había recibido hacía media hora de parte de la Guardia Civil.

Al otro lado del teléfono una voz le había comunicado que debía presentarse en la comandancia de la Benemérita para hacerle unas preguntas.

José Miguel había preguntado sobre el motivo de aquella citación, pero el interlocutor le explicó que era un asunto importante y que era mejor que se enterara en persona.

Extrañado a la par de preocupado, José Miguel tomó el transporte público para dirigirse a la Comandancia.

Una vez allí, preguntó a uno de los guardias de la recepción qué es lo que tenía que hacer, que a él lo habían llamado pero no sabía para qué ni por qué.

El guardia civil que le atendió le dijo que esperara. Cogió un teléfono y llamó a alguien.

—Muy bien —dijo colgando el aparato—. Espere un momento, caballero. Ahora estarán con usted.

José Miguel vio cómo una puerta de uno de los despachos se abría al fondo de la gran sala.

—¿Señor Hermida?

—Sí, soy yo. ¿Qué ocurre?

—Soy Pedro Martín, de la Policía Judicial de la Guardia Civil. Hemos hablado por teléfono.

José Miguel le miró extrañado.

—Sí, no llevo uniforme. La gente dice que somos de «la secreta» —explicó Pedro con una sonrisa—. Somos el grupo de la Guardia Civil que investiga delitos contra las personas, ¿sabe?

—¿Y qué ha pasado? —preguntó preocupado José Miguel.

—Pues verá, necesitamos hacerle unas preguntas. Venga conmigo.

José Miguel acompañó al guardia hasta la sala de la que le había visto salir.

Al entrar en ella, vio que dentro había tres agentes más. Todos de paisano.

Le impresionó ver a gente vestida de calle con un arma a simple vista en la zona lumbar colgada del pantalón o en una funda debajo de la axila.

Aquello le parecía la típica escena de una de esas películas americanas sobre policías que veía en Televisión Española.

Pedro presentó a sus compañeros, se dieron la mano e invitaron a José Miguel a que tomara asiento.

—¿Le han interrogado alguna vez? —preguntó Pedro.

—Nunca. No he tenido problemas con la ley jamás...

—Esperemos que eso siga así —dijo Miguel sonriendo.

—Mire, señor Hermida —empezó Pedro—. Ayer por la mañana encontraron a una chica muerta en la Partida de Cuerno, entre Vatoya, Mestre y Udata. ¿Conoce usted la zona?

—¿Cuerno? No lo conozco mucho. Me suena —explicó José Miguel—. Son cuatro casas

desperdigadas...

—¿Reconoce usted este número de teléfono? —dijo Pedro enseñando al citado un folio con una serie de números escritos.

—Sí. Es el teléfono de mi casa —dijo con extrañeza el interrogado.

—Lo hemos encontrado en la pulsera que llevaba la chica muerta —dijo Pedro—. Lo llevaba apuntado a mano en un trocito de papel.

—¿Reconoce a esta joven? —le preguntó Francisco enseñando las fotografías.

José Miguel no daba crédito.

Le había llamado la Guardia Civil para preguntarle si conocía a una chica muerta que tenía su número de teléfono.

Miró la fotografía en blanco y negro que le enseñaban.

—No estoy seguro al cien por cien —dijo con un hilo de voz—. Su rostro me resulta familiar, pero... ¿no tienen más fotos?

—Es la única fotografía que tenemos del cuerpo, señor —le dijo Manuel.

—Pues es que... Creo que sí sé quién es. Pero me cuesta reconocerla con este aspecto —dijo el hombre—. Es mi niñera.

Los cuatro guardias civiles se miraron entre ellos.

—Raquel —continuó el citado—. Ha estado cuidando de mis hijos. El miércoles ya no vino más. Dijo que había encontrado trabajo en no sé qué sitio.

—¿El miércoles? —preguntó Pedro.

—Sí, el miércoles. La vino a recoger su novio. Tenía un coche azul. Por la tarde vino a por ella.

—¿Cuál es el nombre completo de ella? —quiso saber Miguel.

—María Raquel de Luis —dijo José Miguel—. Lo recuerdo porque tenía tres nombres en uno...

—¿Cómo la conoció? —preguntó Manuel.

—Mi mujer puso un anuncio para encontrar a una niñera que cuidara de mis críos —explicó José Miguel—. Ella llamó a casa, habló con mi mujer y le ofrecimos el trabajo. Estuvo una semana con nosotros.

—¿Sabe algo del novio? —preguntó Francisco.

—No, ni idea. Pero su coche era azul. Un Seat, creo. La matrícula tenía cuatro sietes.

—¿Cómo dice? —preguntó Pedro extrañado—. ¿Recuerda la matrícula?

—Sí, claro. Me llamó la atención porque era «7777». Toda así, con esos números. Las letras, ni idea. Y de color azul. Al novio no le conozco —explicó el citado.

José Miguel salió del cuartel tras un par de preguntas más.

De camino a su casa, en el autobús, no podía dejar de pensar en cómo era la vida. Hacía una semana una joven muy guapa había estado cuidando de sus hijos. Ayer la encontraban muerta. Y no sabían por qué.

No pudo evitar estremecerse.

María Raquel de Luis

Pedro y Francisco fueron al domicilio de María Raquel de Luis, dirección proporcionada por el señor Hermida.

Los otros dos guardias decidieron ir a interrogar a la propietaria del otro número de teléfono cuando comprobaron que se encontraba en su casa, sería mucho más rápido que citarla en las dependencias policiales.

La joven vivía con sus padres, unos ciudadanos ejemplares. Ni antecedentes penales ni denuncias.

Aparcaron el coche cerca del inmueble, se acercaron al portal y llamaron al telefonillo.

—¿Dígame? —respondió una voz de mujer al otro lado del interfono.

—Buenas tardes. ¿Puede abrir? —preguntó Francisco.

—¿Quién es?

—La Guardia Civil, señora. Abra, por favor —pidió Pedro.

Con un chasquido, la puerta se abrió y los guardias pasaron al interior del portal.

Un ascensor los llevó a la planta indicada.

Salieron del ascensor y llamaron a la puerta con la letra A.

Unos instantes después, la inquilina abrió con la cadena de seguridad colocada.

—¿Quiénes son ustedes? —dijo una voz femenina por la estrecha abertura.

—Somos de la Guardia Civil. Necesitamos hablar con usted. Abra, por favor —dijo Pedro enseñando sus credenciales.

La puerta se cerró momentáneamente y la mujer quitó la cadena. Al volver a abrir, la sorpresa de Pedro y de Francisco fue mayúscula.

Ante sus ojos tenían a una chica joven, de pelo castaño y ojos oscuros.

No tendría más de diecisiete años.

—¿Eres Raquel? —preguntó Francisco—. ¿María Raquel?

—Sí. ¿Qué pasa? —preguntó la joven.

Pedro suspiró.

—Que te creíamos muerta.

El otro número de teléfono

Miguel y Manuel fueron invitados a sentarse en el sofá de aquel salón, pero prefirieron quedarse de pie.

—Pues ustedes dirán —dijo Mercedes—. ¿De verdad no quieren tomar nada?

—No. Gracias, señora Pino —respondió Miguel—. ¿Usted es la propietaria del número 34 00 811?

—Sí, señor. Es el teléfono de esta casa.

—Pues verá —dijo Manuel—, es que hemos encontrado a una chica que llevaba este número apuntado en un pequeño papel. Y todavía no hemos podido identificarla.

—¿Identificarla?

—Sí, señora. Está muerta —dijo Miguel—. En la morgue cogerán las huellas dactilares y nos las enviarán. Pero tardaremos menos si usted conoce a esta chica y nos dice quién es.

El guardia le enseñó una fotografía en blanco y negro del rostro de la chica.

Mercedes miró la instantánea con detenimiento.

—Dios Santo... Pobrecita.

—¿La reconoce? —quiso saber Miguel.

—No, no. Digo que pobrecita porque es tan solo una cría...

—¿Entonces no sabe quién es? —preguntó Manuel.

—Pues lo cierto es que... No estoy segura del todo —explicó la mujer—. Quizás con una foto en color... No tengo hijos, pero mi vecina sí. Quizás ella sí pueda ayudarles.

—Le preguntamos a usted porque, como le he dicho, esta chica tenía su número de teléfono —le dijo Manuel—. ¿Cómo podría tener esta joven su teléfono si no la conoce de nada? ¿Por qué cree que su vecina sí sabría decirnos quién es?

—Porque tiene un chaval de catorce años llamado Valentín. Soy la única de esta planta que tiene teléfono. En más de una ocasión me llaman para que les deje un recado a ellos —dijo Mercedes—. Lo llevo haciendo toda la vida. Por eso les digo que a lo mejor mi vecina sí conoce a esta chica. El caso es que...

Mercedes Pino volvió a mirar la fotografía y asintió en silencio.

—¿Qué? —quiso saber Miguel.

—Hace unos cuantos días vi a Valentín acompañado de dos chicas. Una era muy parecida a esta pero... no sé. Aquí el pelo parece más oscuro. No estoy segura.

—¿Sabe si su vecina está en casa ahora?

—No lo sé. Vive en la «B». Justo aquí al lado —les indicó la mujer.

21 de enero

Esperando a la vecina de Mercedes

Muy temprano, los agentes de la Guardia Civil habían llegado al cuartel.

Las dos parejas tenían novedades que contarse.

—María Raquel de Luis está viva —dijo Pedro—. Fran y yo la hemos visto con nuestros propios ojos. Hemos hablado con ella.

—¿Y eso? —quiso saber Manuel.

—José Miguel y su esposa buscaban una niñera aquella semana. Pusieron un anuncio y suponemos que nuestra muerta lo apuntó también. Pero el trabajo ya lo tenía la tal Raquel, con la que hemos hablado. Ese anuncio lo han podido ver decenas de chicas —explicó Pedro.

—¿Entonces Raquel de Luis no es nuestra muerta? —preguntó Miguel.

—No. No lo es. El parecido es asombroso —dijo Francisco llenando una taza de café—. Es normal que el señor Hermida se confundiera. La chica nos ha confirmado que cogió el número del anuncio, llamó, habló con la madre de los críos y el miércoles dejó de cuidarlos. Ha conseguido trabajo en un Mercadona.

—¿Y vosotros tenéis algo? —quiso saber Pedro.

—Hablamos con la abonada al otro número —dijo Manuel—. No está segura de reconocer a la chica, pero cree que si tenía su número de teléfono es porque se lo dio el hijo de su vecina, una tal... Ana Sánchez —dijo mirando el bloc de notas.

—Si —siguió Miguel—. El chaval de la vecina ha sido visto con dos niñas. Puede que una de ellas sea esa... o que conozca a la muerta. Llamamos a su casa, pero no había nadie. Supongo que Mercedes le habrá dejado el recado a Ana para que venga a vernos. No tiene teléfono en el domicilio.

—Por lo que sabemos —explicó Manuel—, la mujer vive sola. El tal Valentín está en un centro de menores, es un pieza. Si la madre no viene en un par de horas, mandaremos a buscarla.

—Bueno, por lo menos tenemos algo de dónde tirar —dijo Pedro—. Nosotros dos habíamos llegado a un callejón sin salida.

Llamaron a la puerta del despacho. Entró un guardia civil joven.

—Han enviado esto de la morgue —dijo.

—El informe forense —anunció Pedro. Junto al informe principal había un documento más—. Y le han sacado las huellas.

Francisco cogió el sobre con las muestras de las reseñas dactilares.

—Se las llevo ahora mismo a los del laboratorio.

El joven guardia y Francisco salieron a la vez del despacho.

—Pues ahora nos queda esperar a ver qué nos cuenta la vecina —inquirió Miguel.

Pedro leía en alto el informe de los forenses. Lo único que aportaba nuevo al caso para los investigadores era la fecha de la muerte: entre 50 y 72 horas antes de realizar la autopsia.

—Según los forenses, murió el quince o dieciséis de enero —calculó Manuel—. O sea, el

domingo o el lunes.

—Si, eso es lo que pone —dijo Pedro.

—¿Causa de la muerte? —preguntó Miguel.

—Fenómenos cadavéricos... —leía Pedro—, examen interno... cuello, tórax... Aquí —señaló el guardia. Leyó en voz alta—: «Descartada la asfixia mecánica. No se observan huellas de violencia, la causa de la muerte no puede establecerse en estos momentos. Se han enviado muestras a Toxicología para un análisis más concienzudo».

—Una autopsia blanca —sentenció Manuel—. Pues de puta madre, entonces. Ahora habrá que esperar dos o tres meses para que nos digan si había drogas en su organismo o algún veneno. Cojonudo... —se quejó.

—Dicen también que han encontrado una sustancia en el recto. Creen que es esperma. No lo han podido verificar de momento. No dicen si la han enviado a Toxicología —se extrañó Pedro.

—Dame el informe —pidió Miguel—. Haré un par de copias, para que las tengamos cada uno de nosotros y podamos leerlo con detenimiento.

Salió del despacho y se cruzó con el guardia joven. Detrás de él había una mujer.

—Le han dicho a esta señora que venga a hablar con vosotros —les explicó el uniformado.

Primeras pistas e identificación del cadáver

—¿Reconoce a esta chica? —le preguntó Pedro a Ana Sánchez.

—Sí, señor guardia. Es Raquel —dijo la mujer mirando el rostro que aparecía en aquella fotografía—. Es amiga de mi hijo. Quizá algo más que amigos...

—¿Raquel? ¿Sabe su apellido?

—No. Valentín no me lo ha dicho... ¡Dios mío! ¿Él está bien? —preguntó asustada la mujer.

—¿Su hijo? —preguntó extrañado Manuel—. ¿Por qué no iba a estarlo? ¿Dónde está ahora?

—Pues, verán, debería estar en el Colegio de Niños de Garronte. Está allí internado. Pero creo que no ha regresado del permiso que le dieron.

Pedro y Manuel se incorporaron.

—¿Que no ha regresado del permiso? ¿De qué permiso? —preguntó Pedro.

—El día trece, el viernes pasado, le dieron un permiso para salir del internado. Fui a recogerle a la salida. Cuando llegamos al portal de casa, le estaban esperando Raquel y otra chica... Pasó el fin de semana y el martes quise ir a verle. Fue entonces cuando me dijeron que no había regresado —explicaba la mujer—. No es la primera vez que lo hace, pero... ahora estoy preocupada.

—¿Sabe a dónde fueron los tres chicos? —preguntó Manuel.

—Sé que iban mucho a Udata. Allí tenían un amigo, mayor que ellos, que les dejaba una casa o no sé qué historias... ¡Ay, dios mío! —sollozó Ana—. ¿Y si le ha pasado algo?

—Mi compañero y yo vamos a llamar ahora mismo al internado, tranquila —la consoló Pedro—. Si no es la primera vez que se fuga quizás esté por ahí, con sus colegas.

—Mi hijo es muy rebelde... Sé que fumaba esa droga... —intentaba hablar la mujer—, pero no se merece esto. Yo no merezco esto...

—Eh, eh. Tranquilícese —dijo Manuel mientras Pedro salía del despacho para hacer la llamada en un lugar más privado—. La chica ha muerto sin violencia. Nos lo han dicho los forenses —le explicó el guardia a la madre de Valentín—. Quizá es posible que su hijo se asustara al ver que su amiga no despertaba y junto con la otra colega han decidido esconderse. No tiene por qué haberle pasado nada.

La mujer le miró con los ojos vidriosos.

—Venga, no se preocupe. Mi compañero ha ido a llamar al centro de menores. Si no está en él, pondremos a nuestras patrullas a buscarle.

—Gracias —susurró al mujer.

En ese momento, entró en el despacho Francisco. Había regresado del Laboratorio de Inspección Ocular.

Con la necroreseña del cadáver había logrado cotejar las huellas con la base de datos. Había una coincidencia.

El guardia civil saludó a la mujer.

—Ha reconocido a la chica —explicó Manuel a su compañero—. También se llamaba Raquel, como la anterior...

—¿Raquel Medina? —preguntó Francisco a la señora.

—No sé el apellido —explicó la mujer—. Pero esa chica es Raquel, sí.

—Señora, márchese a casa —le aconsejó Manuel—. Diremos a su vecina que le avise si sabemos algo... O venga usted a preguntar. No se preocupe.

La mujer se marchó de allí dejando a los dos guardias solos en la estancia.

—¿Y los otros? —preguntó Francisco.

—Miguel está fotocopiando el informe forense. Pedro ha ido a llamar al centro donde está internado el hijo de la señora Sánchez. Al parecer, no ha vuelto al centro desde hace días.

—Joder. No tiene buena pinta...

—La madre dice que no es la primera vez —dijo Manuel examinando el informe de las reseñas dactilares—. Al menos ya sabemos quién es. Habrá que llamar a sus padres.

En ese momento entró Miguel en el despacho.

—¿Novedades? —preguntó.

—Sabemos quién es la chica y uno de sus amigos parece que está también desaparecido. Había otra chica más. Pero no sabemos quién es —explicó Manuel.

—¿Qué dice la autopsia? —quiso saber Francisco.

—Mientras lo fotocopiaban he leído algo —explicó Miguel—. No parece una muerte violenta. No hay huellas de que la asfixiaran. Tal y como la encontramos, parece que alguien la dejó sobre la cama. Tal cual. Los pulmones estaban algo «congestionados», dicen los doctores —continuó el guardia—. Es posible que mantuviera relaciones sexuales, pero no creen que fuera forzada. Tampoco explican cómo podía haber sangre en sus partes. A lo mejor, supongo, que por efecto de la putrefacción...

—¿Y si le dio un infarto o algo? —dijo Francisco.

—Los doctores no mencionan nada así. Pero leeros vosotros el informe —pidió Manuel—. Quizás lleguéis a otra conclusión diferente a la mía.

En ese momento entró Pedro.

—He llamado al Colegio de Niños, en Garronte. Valentín no ha vuelto. Tenía que regresar el domingo, el domingo por la tarde. Como ya conocían sus malos hábitos, esperaron al lunes. Tampoco apareció. Llamaron a la Policía Local para informarles.

—¿Y no llamaron a la madre? —preguntó Francisco.

—No tiene teléfono en casa —le respondió Miguel.

—Por lo que me ha dicho la persona con la que he hablado, la policía ya lo conoce. Detenido en un par de ocasiones, metido en peleas, robos... Y consume drogas —les dijo Pedro—. Parece el típico chaval de familia desestructurada.

—Pues hasta que demos con él... —dijo Miguel—. Llamaré a los padres de la chica.

—¿Os habéis dado cuenta de que tampoco tenemos ninguna denuncia de alguien buscando a esta joven? —preguntó Pedro.

—Quizá la denuncia la han hecho a la Policía Nacional o a la Local —respondió Manuel.

—Me da a mí que estos chavales están bastante desarraigados de sus familias. Va a ser jodido

pillarles.

—El año pasado recibimos una docena de denuncias por desapariciones —dijo Francisco—. La mayoría de jóvenes que se van de fiesta y no vuelven a sus casas en semanas o se meten heroína a escondidas en un lugar aislado y la palman. Tenemos unas treinta desapariciones en curso. No vamos a dar abasto —se lamentó.

—Dile al gobierno que nos manden más efectivos —ironizó Pedro.

—Si, eso —secundó Manuel—. Y que nos paguen más. Tenemos que hacer de guardias, de psicólogos, de abogados... Y hasta de forenses.

Los tres sonrieron por su triste realidad.

La Guardia Civil necesitaba más efectivos y más medios. En otros países, los cuerpos policiales contaban con un equipamiento tecnológico mayor que el de ellos; si bien era cierto que, desde 1987, hacía tan solo dos años, la Guardia Civil había conseguido crear un cuerpo bastante especializado en desapariciones y crímenes violentos; pero, claro, la burocracia también era otro de los problemas, no solo en el Instituto Armado sino en todo el país.

Miguel entró en el despacho.

—Ya está. He hablado con el padre. Solo puede venir él porque la mujer está ingresada en el hospital.

El padre de Raquel

Pedro guardaba la fotografía de la chica y los objetos personales que habían sido mostrados a don Vicente.

El hombre había reconocido a su hija sin ningún género de dudas.

Francisco le había traído una infusión de manzanilla, pero tras un sorbo el hombre dejó la taza en la mesa.

—No me gusta la manzanilla —dijo entre sollozos.

—Podemos traerle un café, si lo prefiere —dijo Miguel.

—Café, té... Lo que usted quiera —le dijo Manuel.

—Agua —pidió don Vicente.

Francisco abrió un pequeño armario situado en el suelo del despacho. Cogió una botella de agua y le quitó el tapón.

—Está caliente. Si la quiere fría voy a la cafetería a pedir una.

El padre negó con la cabeza y dejó la botellita de plástico por la mitad tras un largo trago.

—Es mi hija —volvió a decir don Vicente—. Se lo tengo que decir a mi esposa... ¡Dios mío! —y volvió a llorar.

—Escuche —dijo Pedro acercándose a él—. Sabemos que este es un momento muy duro. Pero cuanto antes nos dé la información que necesitamos, antes terminará todo esto.

—Ya.

—Mire, encontramos a su hija el jueves. Estaba en una casa de campo —le dijo Pedro.

—En la Partida de Cuerno —especificó Manuel.

—Los forenses nos han dicho que su hija no murió de manera violenta —continuó Pedro—. Así que no se preocupe: no fue asesinada ni violada.

Don Vicente sorbió por la nariz. Se limpió con un pañuelo de tela que llevaba en el bolsillo. Le temblaban las manos.

—¿Y qué le ha pasado?

—Creemos que debió fallecer por otras causas —intervino Francisco—. Estaba acostada sobre una cama. El botón de la bragueta del pantalón estaba desabrochado —describió el guardia—. Nos hace pensar que quizás se lo desabrochó ella porque no podía respirar. ¿Su hija tenía alguna enfermedad?

—Raquel era asmática —explicó el padre—. Tenía fuertes ataques de tos.

—Eso explicaría un detalle que nos han dado los forenses —dijo Manuel—. Sus pulmones estaban congestionados. ¿Sabe usted si su hija tomaba alguna medicación?

—No. No tomaba nada.

—Debo preguntárselo —dijo Pedro con amabilidad—. ¿Sabe si su hija consumía algún tipo de droga?

Don Vicente volvió a llorar y se serenó.

—Mi hija no andaba... no andaba entre buenas compañías. En más de una ocasión —decía el padre—, se enfrentaba a su madre y a mí porque no le dábamos dinero. Suponíamos que nos lo pedía para comprar tabaco o drogas. Yo lo sabía... Lo sabía. Morir así...

—De momento no hemos encontrado nada que nos indique que su hija murió por una sobredosis —le dijo Miguel—. Parece que su muerte vino de forma repentina.

—En ocasiones nos robaba dinero —continuó el padre—. Y otras veces se llevaba la bisutería de su madre.

Pedro se levantó de la silla y cogió otro bloc de notas de un armario. El que tenía ya se había agotado.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a su hija? —preguntó Pedro.

—El sábado. Creo. Por la mañana. No lo sé... Ahora mismo no sé...

—¿La vio con alguien más ese día? —quiso saber Pedro.

—Con su amiga Patri y otro chico —respondió el padre.

Los cuatro guardias civiles habían descubierto el nombre de la otra chica.

—¿Patricia? —quiso saber Francisco—. ¿Sabe su apellido?

—No, no lo sé.

—¿Y el otro chico sabe quién es? —inquirió Miguel.

—No sé cómo se llama —respondió el padre entristecido—. Solo sé que su madre se llama Ana.

—¿Le suena el nombre de Valentín? —preguntó Manuel.

—Sí, es posible —respondió don Vicente—. Puede que el chico, ahora que lo dice, se llamara así.

—¿Habló con su hija de algo ese día? —quiso saber Pedro.

—Dios... Sí. Me dijo que tenía miedo —respondió preocupado el padre—. Que tenía que solucionar algo. Apenas hablaba con nosotros...

—¿Le dijo de qué se trataba? —le preguntó de nuevo Pedro.

—No. Cogió un petate, como otras veces, y se marchó. Sin más. No era la primera vez que se iba... ¡mi pobre hija! —se lamentaba el padre volviendo a sollozar.

—¿Quién podría saber el apellido de Patricia? —preguntó Francisco.

—No sé... Alguno de los amigos de mi hija.

—¿Dónde podemos encontrar a esos amigos? —quiso saber Miguel.

—En el parque Cametas, cerca de casa.

—¿Tiene teléfono en su domicilio? —preguntó Pedro.

Don Vicente asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Anótelo, por favor —dijo el guardia pasándole el bloc de notas y el bolígrafo.

El padre así lo hizo.

—Tengo que decirle esto a mi mujer... Está en el hospital... —explicó don Vicente.

—¿Ha venido en coche? —preguntó Francisco.

—No.

—Le llevamos nosotros —dijo el guardia—. Así aprovechamos y nos pasamos por el parque, para ver si algún chaval conoce a su hija y nos cuenta algo.

—Los encontrarán fácilmente... Siempre están por allí. Pregunten por una tal Daniela y otra que se llama Antonia.

Salieron de aquel despacho Francisco y Pedro junto con don Vicente.

Miguel y Manuel se quedaron ordenando los papeles de la mesa.

—Valentín, Raquel y Patricia. Ya sabemos algo más —dijo Manuel.

—Raquel, muerta en extrañas circunstancias. Valentín, desaparecido. Y esa tal Patri vete tú a saber dónde coño está. Me da a mí que los chavales se asustaron cuando vieron que Raquel había muerto. Por eso se habrán escondido.

—O tienen algo que ver —sentenció Manuel—, o...

—... o también están muertos.

La clave en ese momento era que la Guardia Civil encontrara a los dos amigos de Raquel.

Los amigos de Raquel

Tras dejar en las puertas del hospital a don Vicente, Francisco y Pedro se dirigieron al Parque de Los Cametas.

El nombre tenía su origen en una familia noble, quienes siglos atrás habían prestado servicio al rey donando unas tierras para que en ellas se construyeran cuarteles militares que sirvieran para entrenar a las tropas de Su Majestad. La familia en la actualidad tenía un imperio empresarial y los títulos nobiliarios correspondientes.

El parque estaba situado en el extrarradio de la ciudad, en la zona este, a pocos metros de la autopista. Tenía una gran cantidad de pinos que le conferían un aspecto muy bonito.

Todo el recinto tenía zonas ajardinadas delimitadas perfectamente por un pequeño murete de unos cincuenta centímetros de alto que tenía una doble función: separar el césped de la zona transitable por los viandantes y servir como asiento en el que descansar y pasar el rato.

Pedro y Francisco dejaron el coche lo más cerca posible de uno de los accesos al parque.

—Vamos a separarnos —indicó Francisco—. Si nos ven llegar juntos saldrán corriendo. No me apetece perseguir niños.

—Si —dijo Pedro—. Estos cabrones nos van a oler... Hoy, sábado, estará lleno de chicos —puntualizó.

—Vamos grupo por grupo. Yo me acerco a ellos por un lado y tú por el otro, por si acaso —explicó Francisco.

Los dos guardias civiles se separaron unos metros. Pedro avanzó más rápido que Francisco, quien se encendió un cigarrillo y dio tiempo a su compañero a que se adelantara.

El primer grupo de chavales, todos de unos quince años, estaba sentado sobre el murete a la derecha del acceso al parque.

Pedro les sobrepasó. Francisco se acercó a ellos.

Cuando los tenía delante, Pedro dio media vuelta.

De esa manera, el grupo quedó dentro de la distancia entre los guardias civiles.

—Hola, buenos días —dijo Francisco—. ¿Conocéis a una chica llamada Raquel Medina?

Los chicos negaron con la cabeza.

—¿No conocéis a Raquel? —preguntó Pedro.

—No. ¿Quién es esa? —quiso saber un chico.

—Necesitamos encontrar a sus amigos. Nos han dicho que preguntemos por Daniela y por Antonia. ¿Tampoco las conocéis? —preguntó Francisco.

—A Dani, sí. Bueno, yo conozco a una Dani —dijo otro chico.

—¿Sabes dónde está? —inquirió Francisco.

—Con la Antonia, la Tamara y la Susana —dijo el quinceañero—. Están por aquí. Más para allá —les señaló al interior del parque.

—¿Qué llevan puesto? —dijo Pedro—. Para saber identificarlas...

—Una chupa de cuero una de ellas y las otras unas cazadoras vaqueras. Son morenas.

Los guardias civiles les dieron las gracias y aceleraron el paso.

Se fueron fijando en los grupos de chavales que estaban allí.

Justo en la plaza central del parque, con forma ovalada, una fuente y frente a unas pistas de fútbol y de baloncesto, vieron a un grupo de cuatro niñas.

—No creo que estas salgan corriendo ¿no? —dijo Pedro.

—Por si acaso, tú por la izquierda y yo por la derecha. Lo que no creo es que atraviesen corriendo la puta fuente... —rió Francisco.

Pedro se acercó al grupo.

—Perdonad, chicas —dijo—. ¿Alguna de vosotras sois Daniela y Antonia?

Dos de las chicas quisieron salir corriendo.

Francisco las retuvo.

Pedro corrió hacia el grupo y sujetó a las otras dos, que también intentaron huir.

—¡Quietas, coño! —gritó Pedro.

—Somos de la Guardia Civil —anunció Francisco—. Solo queremos hablar de Raquel.

—¡No hemos hecho nada! —chilló Antonia.

—¿Y por qué coño salías corriendo? —preguntó Pedro.

—¡Suéltame! —gritó Antonia a Francisco.

—Que solo queremos hablar —dijo el guardia—. Y si os ponéis tontas, dos guantazos y os venís al cuartel.

—¿Está claro? —dijo Pedro a las otras—. Solo queremos hablar, nada más. De Raquel.

Las chicas parecieron calmarse. Dejaron de forcejear.

—¿Conocéis a Raquel sí o no? —quiso saber Francisco.

—Sí, ¿y qué? —preguntó Tamara.

—Que está muerta, joder —soltó Pedro—. Por eso necesitamos vuestra ayuda.

Las niñas se quedaron paralizadas.

Los guardias las soltaron. Ninguna se movió.

—¿Cómo que está muerta? —dijo Susana.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Daniela.

—La encontramos hace un par de días, nos han dicho que estaba acompañada de un chico llamado Valentín y de otra chica. Patricia. Pero no sabemos más —dijo Francisco.

—Patri de Udata —explicó Antonia—. Era amiga de Raquel. Por aquí ha venido un par de veces.

—¿De Udata? ¿Es de allí? —preguntó Pedro.

—Sí.

—Patricia Ballester —confirmó Daniela—. No sé dónde vive su madre, su padre allí en Udata. Están separados. ¿Cómo ha muerto Raquel?

—No está del todo claro —explicó Pedro—. Necesitamos encontrar a Valentín y a Patricia por

si ellos lo saben.

—Valentín está en un reformatorio —dijo Antonia—. Él y Raquel eran novios.

—A mí me han dicho que se tiraba a las dos —indicó Susana.

—Es cierto, serían novios, pero Valentín decía que se había follado a la Patri —dijo Tamara.

—Bueno, eso no nos importa —cortó Francisco—. Lo que queremos saber es si vosotras podéis ponernos en contacto con ellos.

—Pues ya te digo: Valentín en el reformatorio de Garronte y Patri en su casa ¿no? —dijo Daniela.

—No está en el reformatorio. Nos lo han confirmado —respondió Pedro—. Y ahora empezaremos a buscar también a Patricia.

—¿Cuándo fue la última vez que visteis a Raquel? —quiso saber Francisco.

—Hará una semana o así. No sé el día —dijo Daniela—. Puede que semana y pico...

Sus amigas asintieron.

—Su padre nos ha dicho que tenía miedo de algo. ¿Sabéis de qué podía estar asustada? —continuó Francisco.

—De un chico. Un tío macarra que le quería pegar —respondió Susana.

—Es cierto —terció Tamara—. Decían que era una chivata.

—¿Una chivata? —preguntó extrañado Pedro.

—Hace un tiempo estuvo en la comisaría. No sé por qué movidas —explicaba Antonia—. Al día siguiente, un tío que no sé cómo se llama decía que le habían multado los maderos porque Raquel se había chivado de no sé qué.

—¿Era un asunto grave? —preguntó Francisco.

—Yo que sé... Sería algo de robos. Ni puta idea.

—¿Es cierto que se iban a menudo a Udata? —quiso saber Pedro.

—La Patri era de allí. Algunos fines de semana se piraban para allá —dijo Daniela.

—Tenían una casa en la que quedarse —dijo Antonia—. Es propiedad de un tío majo que se la dejaba.

—¿Sabéis cómo se llama ese hombre? —les preguntó Francisco.

—Ni idea. Pero preguntad a los colegas de Valentín o preguntar en Udata.

—¿Raquel tomaba drogas? —preguntó Pedro.

Las cuatro chicas se rieron nerviosas.

—¿Qué cojones tiene tanta gracia? —quiso saber Francisco.

—Los tres le daban. La Patricia, la Raquel y el Valentín. Y de todo —dijo sonriendo Tamara—. Les molaba respirar disolvente, fumar porros y también se pinchaban. Pero no sé si mucho...

—Sí. Y la Raquel a veces tosía como un señor mayor cuando le daban al betano... o benzano, como se diga —dijo Susana—. Valentín sí que se metía de todo... Incluso perico.

—¿Raquel inhalaba benzol? —preguntó Pedro.

—Sí, como se llame eso. Lo calentaban un poco con un mechero para que saliera más vapor y

lo aspiraban o lo respiraban directamente —explicó Antonia.

Los guardias civiles tomaron los datos personales de las amigas de Raquel, pero más que amigas parecían colaboradoras de fechorías, como las describió Francisco una vez dentro del coche.

Estaba claro que los tres jóvenes eran chicos muy desarraigados de sus respectivas familias, consumían drogas y andaban metidos en líos.

Al menos ahora ya tenían el nombre y el apellido de los tres jóvenes: Raquel Medina, Valentín Frías y Patricia Ballester.

22 de enero

El padre de Patricia

Mientras Pedro y Francisco estaban preguntando a los amigos de la víctima y a los del desaparecido Valentín, Manuel y Miguel se dirigieron al pueblo de Udata.

Sabiendo el municipio y el apellido de la persona, buscaron en la base de datos del Padrón municipal la dirección del domicilio de Patricia.

Con la información recién obtenida se dirigieron al domicilio de Tomás Ballester.

Aparcaron el coche en una calle casi desierta.

—¿Es aquí? —preguntó Miguel.

—La casita baja, sí —dijo Manuel.

Los dos guardias civiles se aproximaron a una casa con la fachada de color gris. Una de las dos ventanas tenía la persiana completamente bajada.

La puerta, de madera y pintada de negro, no tenía timbre.

Miguel llamó fuertemente con los nudillos.

Al rato, una voz se oyó detrás.

—¿Quién es?

—Guardia Civil, abra —dijo Miguel.

La puerta se abrió al instante.

Un hombre con un chándal azul miró a los agentes con cara de pocos amigos.

—¿Qué ha pasado esta vez? —preguntó el hombre.

—¿Es usted Tomás Ballester? —quiso saber Manuel.

—Sí, soy yo.

—Somos los cabos Manuel León y Miguel Casas —se presentó Manuel enseñando su placa.

Miguel hizo lo mismo.

—¿Qué ha hecho Patri esta vez? —preguntó Tomás.

Con aquella pregunta el hombre confirmó a los investigadores que era padre de Patricia.

—Eso queríamos saber —respondió Miguel—. ¿Se encuentra aquí?

—No, no está aquí. Lleva una semana fuera.

Los guardias civiles se miraron.

—¿Podemos pasar? —preguntó Manuel.

El hombre se hizo a un lado, ellos pasaron y Tomás cerró la puerta.

—Pasen, a la derecha. Al salón —indicó Tomás.

—¿No sabe dónde está su hija? —preguntó Miguel.

—Ya le he dicho que no la he vuelto a ver desde hace una semana.

—¿Y no ha presentado denuncia? —se sorprendió Manuel.

—¿A quién? —preguntó con sorna Tomás—. ¿Presentar denuncia a ustedes? ¿O a los de marrón? ¿O a los municipales? A lo mejor a todos, no le jode...

—Eh, tranquilo —le dijo Miguel con autoridad—. Nosotros no somos los malos aquí. Su hija lleva desaparecida una semana y usted no ha presentado denuncia. ¿Por qué?

—Pues porque en Patri es normal esto, coño. No es la primera vez. Ya no me sorprende. Coge sus cosas y se pira cuando le sale del coño. Y vuelve cuando le da la gana. Eso sí —explicó Tomás—, siempre metida en algo. Maderos, picoletos, pitufos... he visto uniformes de todos los colores en esta casa. Ya estoy harto...

—¿Tiene alguna fotografía de Patricia? —le preguntó Miguel.

—Solo de cuando era pequeña. De ahora no sé si tendrá ella alguna en su habitación. Pero como para encontrar algo allí dentro... ¿Para qué quieren una foto?

—Para saber cómo es —respondió Miguel.

—¿Por qué?

—Hemos encontrado muerta a una amiga suya. Y otro amigo también ha desaparecido —dijo Manuel.

Tomás se rascó detrás de la cabeza. Ambos guardias pudieron comprobar cómo una de sus manos estaba parcialmente paralizada.

—Si era amiga de mi hija habrá muerto de una sobredosis, imagino —dijo el hombre—. Y el otro niño está tirado en una cuneta...

—No sabemos con certeza la causa de la muerte. Estamos esperando los análisis de Toxicología —dijo Manuel.

—¿Qué es eso?

—¿Toxicología? El departamento forense que analiza sustancias —explicó Manuel.

—¿Sabe usted algo acerca de una casa que tenían aquí, en Udata? —preguntó Miguel—. Una casa que alguien les dejaba...

—Sí. La casa del Farina. A lo mejor está allí.

—¿Dónde está esa casa? —preguntó Manuel con interés.

—En la urbanización Las Amelias, junto a los campos agrícolas.

—¿Quién es el Farina? —preguntó Miguel.

—Un tío. Creo que camionero. Me parece, no lo sé. No lo conozco —dijo el padre de Patricia lacónicamente.

—¿Y de qué conocía a su hija? —quiso saber Manuel.

—Ni idea. Ni lo quiero saber. Si, como creo, es camionero... cuando él no está en la casa, se la deja a mi hija y a sus amigos. Pero ni idea. Patri nunca me ha dicho nada.

—Si su hija vuelve avise a la Guardia Civil de inmediato —pidió Manuel.

—Para cuando vengán ya se habrá vuelto a ir...

—Pues la encierra en la habitación —dijo Miguel con sequedad—. ¿Le importa si buscamos una foto de su hija? Gracias.

Comandancia de la Guardia Civil

De nuevo estaban reunidos los cuatro guardias civiles.

—Los amigos de Valentín del reformatorio, al menos con los que hemos hablado, no nos han dado ninguna pista nueva —explicó Francisco—. Tampoco hemos encontrado a más amigos de Raquel. Algunos incluso mienten descaradamente y dicen no conocerlos, pero enseguida te preguntan que qué ha pasado. Niñatos...

—Nosotros hemos hablado con el padre de Patricia. Sigue sin saber nada de su hija —dijo Miguel—. Todo parece indicar que hace nueve o diez días los tres se largaron y ninguno ha regresado.

—De hecho, el padre de Patricia ni siquiera ha presentado denuncia todavía —terció Manuel—. Ni creo que lo haga...

—Nosotros comprobamos cómo en el reformatorio sí pusieron denuncia ante la policía, como nos dijo la madre de Valentín —explicó Pedro—. Nos han dicho en la comisaría que aún no dan con ellos. Y que también ha pasado otras veces.

—Resumiendo —dijo Francisco—: que tenemos a una chica muerta de manera inexplicable, posiblemente por drogas, parada respiratoria o algo así... Y a dos amigos suyos que han desaparecido pero que lo hacen habitualmente. Vamos, que no tenemos una mierda. Y nos hemos quedado sin pistas. Callejón sin salida —ironizó.

—¿Habéis localizado esa casa que usaban en Udata? —preguntó Pedro.

—Sí. No había nadie en ella —explicó Miguel—. Parece que allí no vive nadie de manera regular. Podemos volver para ver si vemos al propietario o citarle aquí, pero no creo que nos lleve a nada: aunque fuera sospechoso, tendríamos que encontrar muchos indicios de criminalidad para acusarle de algo... —Miguel meneó la cabeza—. Estos chicos son jodidos de encontrar. Sobre todo sin saber por dónde empezar a buscarlos. Nadie sabe dónde están.

—Lo único que nos queda es que aparezcan —dijo Miguel—. De lo contrario, estamos jodidos. No hay de dónde tirar.

—Voy a pedir que nos saquen carteles con sus fotos —dijo Pedro—. Hay que empezar a pedir colaboración a la ciudadanía. Quizás así demos con algo que nos sirva.

27 de enero

Calle Alcázar, Udata

Aquella tarde, María Teresa Menta había quedado con unas amigas para tomar un café. Se trataba de una reunión que hacían habitualmente un grupo de mujeres que se conocían desde hacía años. En esa ocasión, el lugar del encuentro sería la casa de Maritere.

Tenía dos niños pequeños y su marido estaba trabajando por las noches, así que decidió acercar a los críos a la casa de su madre, muy cerca de donde vivían ellos.

La abuela estaba encantada con la idea de quedarse con los nietos y los dos pequeños siempre estaban ilusionados con la ocasión de dormir en casa de la abuela.

Maritere sabía que cualquier reunión con sus amigas podía alargarse bastante, así que no tenía ningún problema si el café se convertía luego en una copa en algún bar cercano por ser viernes.

Vistió a los críos y fueron paseando a casa de la abuela.

—Si se me hace tarde ya los recojo mañana —dijo Maritere.

—¡Bien! —gritaron al unísono los niños—. ¡Dormiremos aquí!

—Solo si se me hace tarde —les corrigió la madre.

—No te preocupes, hija. Si no me molestan... —respondió la abuela con una sonrisa.

Tras salir del domicilio, la abuela preparó la merienda a los críos.

Estuvieron jugando al «veo veo» durante un buen rato.

Después, la abuela les dio papel y lápices de colores para que los pequeños se pusieran a dibujar mientras ella veía la televisión.

Media hora después, los niños ya habían cenado y estaban jugando entre ellos.

La abuela, con la televisión de fondo, se percató de que había dado una ligera cabezada.

Miró el reloj.

Eran las diez menos diez, lo más seguro es que su hija ya no se pasara a recoger a los niños.

«Mejor», pensó. No le hacía mucha gracia que Maritere estuviera por ahí a esas horas.

Se levantó y se asomó a la ventana.

Iba a bajar la persiana cuando algo le llamó la atención.

Un coche blanco pegó un frenazo.

Del coche se bajó un hombre que llevaba algo en las manos.

Aquel hombre depositó un bulto sobre una de las ventanas de un local comercial.

No pudo distinguir qué era lo que había quedado en el alfeizar, pegado al cierre metálico antirrobo.

Aquel hombre se aproximó entonces a unos contenedores de basura y tiró algo.

Quizá unos papeles...

Se montó corriendo en el pequeño coche y aceleró.

La abuela bajó la persiana.

Se dirigió a la cocina y revisó la bolsa de la basura que tenía colgada detrás de la puerta de una pequeña despensa. Estaba llena.

La cerró con un nudo.

—¿No hagáis nada malo, eh? —advirtió a sus nietos—. Voy a tirar la basura un momento. Ahora subo.

—Vale, abu —dijeron los críos.

La señora María bajó los tres pisos por la escalera.

Encendió la luz del portal.

Una vez fuera, cruzó la calzada y se dirigió a los cubos de basura.

Antes de llegar a ellos, su mirada se posó sobre el pequeño alféizar del local a pie de calle que quedaba frente a dichos cubos.

Al principio, le pareció un ladrillo. Luego creyó ver una especie de pieza de carnicería.

Cuando estuvo a menos de dos metros, la mujer soltó la bolsa de basura y pegó un grito.

Sobre la repisa de la ventanilla había un pie amputado.

Atestado de la Policía Local

Los gritos de la señora María habían alertado a unas personas que se encontraban en un bar cercano. Un par de hombres salieron en auxilio de la señora y al ver el grotesco hallazgo, avisaron a la policía.

Se presentaron primero dos unidades motorizadas en apenas cinco minutos y después llegaron cinco coches patrulla.

La policía acordonó la zona y esperaron a que llegara la furgoneta de Atestados.

Cuando esta llegó, sacó varias fotografías de lugar y del miembro amputado.

Haciendo una inspección por la zona, siguiendo la descripción aportada de la señora María, revisaron el interior de los contenedores de basura.

En su interior, los agentes encontraron unas hojas de periódico manchadas de sangre. Sin duda, entre aquellos papeles había sido envuelto el pie amputado para su transporte.

A los treinta minutos de la llegada del grupo de Atestados de la Policía Local, llegó la comitiva judicial.

El juez procedió a ordenar que los restos fueran llevados al Instituto Anatómico Forense para su análisis.

—España se está volviendo loca —dijo el juez a su ayudante mientras cerraba su carpeta de apuntes y entraba en el coche—. España... o esta ciudad en concreto. Primero, un loco que destroza puertas con un hacha; luego, se encuentra una tráquea humana sobre un coche; hace un mes descubren una mano cortada en otro sitio... Y ahora esto.

—Educación, respeto y disciplina —replicó el ayudante—. Eso es lo que empieza a faltar.

El coche se puso en marcha. Recorrió unos metros y se detuvo ante un semáforo en rojo.

—Tiene más medios la Policía Local que la Guardia Civil... —se lamentó el juez—. Así pasa que cuando la competencia no es de los que más presupuesto tienen las pasan canutas para desarrollar sus funciones.

—Imagino que si esto va a más —explicó su ayudante—, el caso lo llevará la Policía Nacional o la Benemérita.

—Y los pobres ya están desbordados...

31 de enero. Informe del Laboratorio Clínico de Medicina Comandancia de la Guardia Civil

Una secretaria entregó un sobre a uno de los guardias civiles de la Comandancia.

El uniformado leyó el destinatario y se dirigió al despacho correspondiente.

Llamó a la puerta y vio a su compañero Miguel echando un ojo a unos documentos.

—Casas, ha llegado esto para vosotros —le comunicó el guardia.

—¿Qué es?

—Pone Laboratorio Clínico de Medicina.

—Gracias —dijo Miguel cogiendo el sobre—. ¿Puedes llamar a mis compañeros, por favor? Han salido un momento.

—Muy bien.

Miguel retiró el precinto de seguridad y sacó el documento.

Lo leyó detenidamente.

Se trataba del análisis de la sustancia blanquecina encontrada en el interior de Raquel.

Sus tres compañeros llegaron a los pocos minutos.

—¿Novedades? —preguntó Pedro.

—Escuchad esto —indicó Miguel leyendo en voz alta—: «El Médico Forense especialista en nuestro laboratorio clínico ha realizado las correspondientes pruebas de carácter bioquímico sobre muestras del frotis vaginal y rectal con el fin de intentar observar cuál es el origen de la sustancia encontrada» —continuó Miguel—. El dictamen médico forense concluye destacando que... «No se hallaron espermatozoides en el recto anal, pero ha habido resultado positivo en lo que a la zona vaginal se refiere».

—¿Cómo? —preguntó extrañado Pedro—. ¿Una de las muestras es semen y la otra no?

—Por lo que dicen, hay espermatozoides en la vagina; pero no en el recto —dijo Manuel.

—¿Y cómo coño interpretamos eso? —preguntó Francisco.

—¿Quién ha mandado eso? ¿Toxicología? —quiso saber Pedro.

—No, no. El laboratorio clínico de la morgue —respondió Miguel.

—Pues habrá que esperar a Toxicología, suelen dar resultados más precisos.

—Estoy con Pedro —dijo Francisco—. Ahí dicen que han encontrado espermatozoides en una de las muestras, pero no en la otra... Si lo otro no es esperma ¿qué es? No lo han especificado.

—No nos queda otra que seguir esperando —sentenció Manuel.

—Otro informe no concluyente... —dijo pensativo Pedro—. Nuestro sargento y el capitán se van a poner muy contentos.

—Ya te digo... —dijo Miguel sonriendo amargamente.

—Voy a informarles —anunció Pedro.

Descripción del miembro amputado

Instituto Anatómico Forense

El joven ayudante del doctor encargado de estudiar el miembro amputado que recibieron hacía dos días repasaba las notas que había tomado junto a la mesa de disecciones y se disponía a mecanografiar el informe.

«Resto humano perteneciente al extremo del miembro inferior derecho.

Se trata de un pie humano, amputado 30 cm por debajo de la rodilla, observándose unos 10cm de tibia en cuyo extremo pueden diferenciarse las marcas existentes pertenecientes a la herramienta usada para separar la porción anatómica del resto del cuerpo».

El ayudante seguía golpeando las teclas de la máquina de escribir.

«Las marcas observadas en el hueso indican claramente el uso de una sierra mecánica de filo circular; aunque este punto no puede ser del todo verificado sin el resto de la pierna».

Leyó unas cuantas líneas de las manuscritas y siguió mecanografiando.

«Por los efectos de la putrefacción observables en la epidermis de todo el resto humano, se deduce que fue amputado hace 48 horas, probablemente *perimortem*».

El ayudante volvió a leer los informes y siguió pasándolos a máquina.

«Puede deducirse que pertenecen a una persona joven, posiblemente de género femenino debido al tamaño de la extremidad y a la falta de vello sobre el pie o en el pequeño fragmento de tibia que se conserva».

El ayudante extrajo el folio de la Olivetti y lo plastificó junto a un par de fotografías del pie amputado.

Metió el escueto informe en una carpeta y salió del despacho.

6 de abril

Partida de Cuerno

Roberto era de Mestre, el pueblo que quedaba a unos treinta minutos de aquella zona si se recorría el camino andando. A quince si se usaba coche.

Él era muy deportista, desde pequeño había hecho atletismo y boxeo.

Sus muñecas ya no aguantaban muchos golpes por muy bien que se las vendara o por mucho relleno que tuvieran los guantes... pero sus piernas seguían estando como cuando era joven. Muestra de ello eran los largos paseos que se daba desde su casa en Mestre hacia cualquiera de las poblaciones vecinas.

Tenía el día libre y había decidido ir hacia la Partida de Cuerno, atravesando alguno de los campos que había por allí.

Antes de salir, había cogido una navaja y una bolsa. En ella pensaba meter los espárragos que esperaba encontrar en su paseo matutino.

Llegó hasta una zona en la que divisó dos casas. Una más grande que la otra.

La pequeña estaba muy cerca de dónde él se encontraba.

La otra, que parecía más grande, estaba más lejos. Desde su posición podía ver cómo esa otra casa, en su parte trasera, tenía un pequeño terraplén lleno de matorrales. Sin duda, una zona poco transitada y seguramente llena de espárragos.

Atravesó un par de parcelas hasta llegar a la casa que había visto desde lejos.

El chalé estaba rodeado por una verja metálica. No parecía haber nadie.

Mucho mejor. Nadie podría sorprenderle cogiendo espárragos de una zona de labranza que, obviamente, tenía dueño.

Llegó a la ladera.

Se trataba de un pequeño bancal de unos tres metros de altura. La casa estaba más lejos de lo que creía, en lo alto de la ladera; por lo que, aunque hubiera alguien, nadie le habría visto allí abajo.

Arrancó un par de espárragos del suelo. Cuando llegara a casa los lavaría para quitarles toda la tierra.

Avanzó unos pasos más para recoger otros cuantos.

En la base de la ladera, donde el suelo empezaba a tener pendiente, había una gran mata de arbustos y ramas.

Quiso acercarse un poco más y entonces notó el olor.

Al principio no lo percibió con claridad, pero una vez estuvo más cerca de aquellos matorrales su nariz lo percibió con total nitidez.

Se trataba de un olor fuerte, desagradable.

Lo primero que pensó es que se trataría de algún gato salvaje descomponiéndose en mitad del campo.

El olor se hizo más fuerte. No sabía de dónde venía...

Quizás se tratara de algo más grande, un perro. Posiblemente un perro atropellado que algún desalmado había tirado por la pendiente.

Probablemente...

Roberto nunca olvidaría aquel jueves de abril de 1989. A dos metros de donde se encontraba podía ver el cuerpo de una persona tumbada boca abajo.

Algunas moscas revoloteaban por encima de las ramas que ocultaban el cadáver.

A 400 metros de distancia de la casa de José

La Guardia Civil llegó hasta la zona en la que el señor Roberto había encontrado un cadáver entre los matorrales, a los pies de un bancal.

A cuatrocientos metros de distancia se encontraba la casa de un agricultor que hacía dos meses y medio había descubierto a una joven muerta en una de las habitaciones.

Cuatro coches patrulla de la Benemérita, tres turismos, un coche fúnebre y una furgoneta habían creado un cordón de seguridad tras el hallazgo.

El sargento Alfonso Muñoz, el especialista en delineación y fotografía Juan Marín y el experto en dactiloscopia Jesús Rodríguez intercambiaban impresiones sobre el cuerpo.

—Lleva aquí bastante. El olor es insoportable —dijo Alfonso.

—No creo que quede mucho de él —opinó Juan.

—Esperemos que lleve documentación, si no... de ahí no se sacan huellas —se lamentó Jesús observando el estado del cadáver.

Dos guardias civiles de uniforme ayudaban a los forenses a retirar poco a poco todas las ramas y matorrales que cubrían el cuerpo.

El cadáver yacía con la cabeza boca abajo, con las piernas encogidas y el brazo derecho extendido por encima de la cabeza. Bajo el cuerpo había una especie de plástico; posiblemente un saco de abono agrícola.

Junto a los restos humanos se encontró una vela sin usar.

El juez se aproximó a los agentes de paisano.

—Sargento, diga a sus hombres que no toquen aún el cuerpo.

—Quitad las ramas que queden sin tocar nada, muchachos.

Los guardias civiles y los dos forenses así lo hicieron.

El juez tomaba notas mientras observaba la escena.

Juan sacó un par de fotografías.

—Bien, dícales que den la vuelta al cuerpo.

—Dad la vuelta al cuerpo para que Su Señoría tome nota —ordenó Alfonso.

Al hacerlo, una rata salió del interior del cadáver. Uno de los guardias civiles se sobresaltó y cayó al suelo.

Todo el estómago de la víctima había desaparecido.

—Por lo que veo, debajo de las ropas solo hay putrúlogo y huesos... —dijo el juez— Pero que sea el médico forense quien lo determine mejor que yo.

A la escena se acercó una mujer. Ella sería la encargada de certificar la muerte para que el juez ordenara el levantamiento del cadáver.

La mujer tomó algunas notas.

—Señoría, puede ordenar el levantamiento.

El juez ordenó colocar el cuerpo dentro de una bolsa para cadáveres.

Introdujeron la bolsa en un ataúd y, una vez dentro del féretro, este se metió en el coche fúnebre —¿No lo llevan a la morgue? —preguntó Jesús.

—Tardaremos menos si me lo llevan al cementerio—dijo la forense—. Allí puedo realizar el estudio más detenidamente.

—¿Por qué no en el Anatómico Forense? —quiso saber Juan—. Hacer una autopsia en un cementerio...

—Caballero, la ley permite por el Decreto 2263 de 1974 que la necropsia se realice en los cementerios de los municipios que tengan menos de cinco mil habitantes —explicó el juez—. Esta partida está comprendida dentro del término municipal de Mestre, que tiene unos tres mil vecinos, así que... Imagino que en la morgue del cementerio la doctora podrá hacer su peritaje.

La doctora y el juez se alejaron hacia los vehículos.

—Puto gilipollas... —dijo Juan cerca de Alfonso para que no le oyera nadie más—. Sargento, no me joda —se indignó—. Así luego pasa lo que pasa. Eso no va a ser autopsia ni va a ser nada.

—Lo sé, confiemos en la forense —dijo Alfonso.

—¿Confiar, sargento? —intervino Jesús—. Creo que nuestra doctora no es habitual del juzgado. Creo que es una sustituta. No la había visto nunca...

—Esto se pone mejor a cada momento —ironizó Juan.

Autopsia en el cementerio

Sobre una mesa de mármol, en el interior de una pequeña caseta para adecentar a los finados en el cementerio, se depositó el cadáver encontrado hacía unas horas.

La forense comprobó que la estancia no tenía luz y agua corriente, por lo que pidió que le trajeran varias garrafas de agua y que un vehículo encendiera los faros para alumbrar el interior, ya que la luz exterior no era suficiente.

Se recogió el pelo en un moño, se colocó unos guantes y abrió la cremallera de la bolsa, separando bien los extremos de esta para poder, con ayuda de dos guardias civiles, extraer el cuerpo y depositarlo sobre la superficie grisácea de la mesa.

La forense comenzó a anotar la vestimenta de la víctima: unas zapatillas deportivas de color verde oscuro, unos vaqueros azules, una camisa de cuadros bajo un jersey de lana y una camiseta interior de color negro.

Tras retirarle esas prendas, indicó a uno de los guardias civiles que comprobaran si había algo en los bolsillos, encontrando en estos un documento del Centro de Menores de Garronte, un papel con algunos números de teléfono apuntados a mano y unas gafas de sol.

La forense comprobó como la víctima vestía dos pares de calzoncillos y de que se trataba de un varón.

Inspeccionó la zona superior del cuerpo, totalmente descompuesta.

El rostro era irreconocible debido a la putrefacción de los tejidos, sin embargo, sí anotó un detalle que podría servir más adelante para identificar a la persona: dos piezas dentales estaban superpuestas en el lado derecho de la mandíbula.

Observó el cráneo, apartando el pelo negro y rizado que tenía la víctima, sin encontrar ninguna fractura o hundimiento de los huesos.

La doctora comprobó como faltaban algunas vértebras cervicales y dorsales.

Los omóplatos estaban sueltos, pero no fracturados; por lo que dedujo que era simple acción del efecto de la putrefacción.

Anotó rápidamente que la mano izquierda del cadáver había desaparecido, posiblemente arrancada de los huesos del antebrazo por la intervención de algún animal.

En ese momento oyó como un coche se acercaba.

Era el juez.

—¿Está la doctora trabajando? —preguntó a uno de los guardias.

—Si, señor. Está ahí dentro.

—Señor —dijo el otro guardia civil—. Hemos encontrado estos papeles en la ropa del cadáver.

El juez leyó los papeles y asintió.

—Nombres y números de teléfono —dijo—. Tendrán algo por lo que empezar sus compañeros. Llévenselos a la Comandancia.

El juez se aproximó a la caseta.

—¿Todo bien, señorita?

La forense se quitó los guantes.

—No mucho. El cadáver lleva descomponiéndose al menos unos tres meses.

—Entiendo.

—No puedo ver ninguna lesión que me indique cómo murió el chico.

—¿Así que es un chico? —preguntó el juez.

La forense asintió.

—Sí. Necesitaría sacar algunas fotografías. Pero no tengo cámara.

—No será necesario —dijo el juez—. Ya han fotografiado el cuerpo en la escena del crimen... Porque se trata de un crimen ¿verdad?

—Estaba oculto bajo unas ramas —explicó la forense—. Así que alguien lo quiso esconder.

—Bien, me pondré con todo el papeleo.

La médico forense miró por última vez los restos humanos que había sobre la mesa de mármol mientras el todoterreno de la Guardia Civil daba marcha atrás, dejando de alumbrar el interior de la caseta con los faros.

En su informe no podría poner otra cosa salvo «Autopsia blanca: absoluto desconocimiento de la causa de la muerte».

Dos casos. Dos equipos de Guardia Civil

Hacía setenta y siete días que habían encontrado el cuerpo de Raquel y todavía seguían sin tener noticias de su novio Valentín y de su amiga Patricia.

Algo más de dos meses atrás, el equipo de guardias civiles formado por Pedro, Miguel, Manuel y Francisco había llegado a un callejón sin salida.

Habían identificado a la chica, habían hablado con algunos de sus familiares, interrogaron a personas de su entorno y habían esperado a que la autopsia determinara la causa de la muerte.

Todo ello en vano.

Ahora, habían sido llamados al despacho del capitán de la Guardia Civil Claudio Santos.

Los cuatro agentes entraron en el despacho, haciendo el saludo militar a su superior.

Permanecieron firmes y en pie mientras el capitán se sentaba al otro lado de la mesa.

—Siéntense —les dijo—. Lamento que solo tenga dos sillas para ustedes.

—No se preocupe, capitán —respondió Pedro—. Sentaos vosotros —pidió a sus compañeros.

Francisco y Manuel se miraron.

—Prefiero estar de pie —dijo Manuel, cediendo la silla a Francisco.

—Muy bien. Tengo algo que decirles —empezó el superior—. Y quiero que me den una explicación.

—Usted dirá —respondió Francisco.

—Acaban de comunicarme que esta mañana apareció un cadáver en la zona en la que ustedes encontraron a la chica, a las afueras de Mestre —les contó Santos—. Por el estado del cadáver, creen que lleva allí unos dos o tres meses... Cosa que coincide con las fechas de su investigación.

Pedro se quedó perplejo.

Francisco buscó con la mirada a Miguel, quien estaba a su lado igual de sorprendido.

Manuel fue el único que habló:

—Capitán, ¿quiere usted decir que ese cuerpo estaba allí cuando apareció nuestro cadáver?

—Sus compañeros están intentando identificarle, pero me temo que va a estar relacionado con la chica que encontraron en la casa de aquel señor —dijo el capitán—. ¿Pueden explicarme por qué no hicieron una batida por la zona?

Esta vez respondió Miguel.

—Mi capitán, nosotros nos encontramos con una joven muerta dentro de una casa —explicó—. No tenía señales de violencia. No sabíamos quién era y registramos el interior de la casa y también el exterior... Pero en aquel momento no sabíamos que estaba acompañada por dos amigos más.

—¿Y cuando supieron que había dos jóvenes más con ella no volvieron al lugar? —preguntó el capitán.

—Cuando apareció —dijo Francisco—, hicimos una inspección ocular por el campo. De un radio de unos cincuenta o sesenta metros, señor. Y cuando supimos de la existencia de los otros dos no buscábamos a nadie en mitad del campo, capitán; sino en la ciudad. Escondidos de

nosotros.

—¿Por qué hicieron una inspección ocular de cincuenta metros?

Pedro se aclaró la voz.

—Capitán, en aquel momento no buscábamos nada en concreto. Además, ¿a qué distancia ha aparecido ese cadáver? ¿Y por qué tiene que estar relacionado con nuestro caso?

El capitán Santos levantó el teléfono negro que tenía en su mesa.

—Llame al sargento Muñoz, a Marín y a Rodríguez. Inmediatamente —y colgó el teléfono—. Veamos lo que nos tienen que decir sus compañeros, han llegado hace una hora.

A los pocos minutos, llamaron a la puerta. Entraron los tres hombres, saludando al capitán y a sus otros compañeros.

—Sargento, le he hecho llamar a usted y a sus compañeros para que nos informen de lo que acaban de encontrar —explicó el capitán.

—Verán... Creemos que el chico que hemos encontrado en la Partida de Cuerno podría ser el chico que vosotros estáis buscando —dijo Alfonso Muñoz—. Lo hemos encontrado en la misma zona, lleva allí bastante tiempo... y antes de venir comprobamos que junto al cadáver había una vela de cera... que casualmente coincide con las que hay en el interior de la casa donde encontrasteis a esa niña.

—¿Cómo sabéis eso? —preguntó Francisco.

—Tuvimos la suerte de dar con el señor José. Nos explicó que habló hace unos dos meses y medio con vosotros y por eso le pedimos que echara un ojo a lo que encontramos: la vela y un saco de abono. Dice que el saco es como los que él usa. Debieron cogerlo del interior.

Marín intervino.

—Guarda un par de esos sacos en la casa, idénticos. Y la vela es igual a las que guarda en un cajón de la cocina y dentro de un armario del salón. Mismo tamaño, forma y color.

Pedro se llevó las manos a la cabeza, suspirando.

—Joder. No lo vimos...

—Bueno —dijo Rodríguez—, el cuerpo estaba a cuatrocientos metros de vuestra escena. Y además enterrado bajo unas ramas. O bien lo mataron allí o lo trasladaron al banal para que nadie lo encontrara.

—¿Sabéis cómo murió? —preguntó Manuel.

—Al venir hacia aquí le estaban haciendo la autopsia —dijo Muñoz—. No tenemos muchas esperanzas... Y estamos a la espera de que nos traigan los objetos personales.

El capitán se levantó de la silla y se acercó a la ventana, apartó las cortinas y miró al exterior.

—Quiero que se pongan a trabajar juntos. Esos chicos probablemente murieron a la vez y hay otra chica desaparecida. Deben encontrarla. A trabajar.

7 de abril

Reunión entre los dos grupos de la Unidad de Policía Judicial de la Guardia Civil

La gran sala estaba en penumbra después de bajar las persianas de las ventanas y cerrar la puerta.

Un haz de luz blanca bañaba una pantalla plegable; tras un chasquido mecánico, la pantalla mostró la imagen de la diapositiva cargada en el proyector.

—Raquel Medina García, quince años —dijo Pedro—. Encontrada en la Partida de Cuerno el jueves 19 de enero. La autopsia no reveló la causa de la muerte con exactitud, pero no se encontró indicios de que esta hubiera sido violenta.

Otra diapositiva fue expuesta al resto de investigadores. En ella se veía el rostro de la joven en la mesa de autopsias.

—Tras hablar con su familia y amigos, todos coinciden en que tosía mucho y que padecía de asma. Quizás eso fue lo que la mató —explicó Pedro—. Consumía drogas, las cuales podrían haber empeorado mucho su estado de salud. Supimos entonces que con ella habían desaparecido dos jóvenes más: Valentín Frías Sánchez, de catorce años... y Patricia Ballester Rodríguez, de quince.

Pedro pasó un par de diapositivas más en las que se mostraba el informe de autopsia y la necroreseña obtenida del cuerpo de Raquel. Apareció en último lugar una imagen del informe del Laboratorio Clínico.

—Ah, es verdad... Dicen que no fue violada. Es lo único que tenemos. Ninguna de nuestras patrullas localizó a los chicos. Tampoco sabe nada la Policía Local ni la Nacional. Es más —puntualizó Pedro—, ni siquiera sus familiares habían denunciado la desaparición. Jóvenes un tanto conflictivos y muy dados a desaparecer un tiempo.

Francisco presionó el interruptor de la luz, haciendo que varios flexos parpadearan antes de encenderse definitivamente.

Miguel y Manuel subieron las persianas.

—Después de esto no supimos más. Toxicología nos envió hace tres días los informes de varios análisis que les solicitamos en enero, pero no nos han servido de nada.

Pedro les pasó unos folios fotocopiados a los tres guardias recién integrados en la investigación.

—Se encontró una sustancia blanca que ha sido identificada como semen. Han encontrado espermatozoides en muy pequeñas cantidades. Pero, ya os digo, eso no nos ha esclarecido mucho. De hecho, el análisis realizado por el Laboratorio Clínico no encontró espermatozoides en una de las muestras, pero los de Toxicología sí lo han hecho. Es semen.

Alfonso Muñoz, jefe del segundo equipo, se levantó de la silla y se dirigió a sus compañeros.

—Nuestro cuerpo aún no ha sido identificado, ya que no hemos podido obtener huellas. La autopsia que nos han hecho, si es que se puede llamar así, tampoco ha determinado la causa de la muerte —explicó—. Todo parece indicar que alguien escondió el cuerpo debajo de unas ramas y que lo alejó de vuestra escena —dijo refiriéndose a la casa donde fue encontrada Raquel—. Creemos que fue así porque el cadáver estaba sobre un plástico, algo que podrían haber usado

para transportar el cuerpo arrastrándolo más fácilmente por el suelo. Uno de los documentos que llevaba encima es del internado de Garronte. Se trata de un permiso para salir el fin de semana. Eso coincide con el tal Valentín.

Alfonso recogió la pantalla plegable.

—¿Qué objetos habéis encontrado? —quiso saber Miguel—. ¿Ningún carnet de identidad?

—El permiso del centro no indica su nombre, es un modelo general sin personalizar. Pero tenemos esto otro —dijo Juan enseñando unos papeles dentro de unas bolsas plastificadas.

—¿Son números de teléfono? —preguntó Manuel—. Porque nuestra chica también llevaba algunos apuntados en papelitos atados a una pulsera.

—Sí —afirmó Jesús—. Son dos números de teléfono. Tenemos que comprobar si los nombres que hay apuntados al lado están relacionados con dichos números.

—Pues, si queréis, nos repartimos las tareas. Así estaremos más al día entre ambos equipos— dijo Pedro.

—Sin problema —respondió Alfonso—. Juan y Jesús investigarán uno de los números, yo puedo hablar con los padres de Valentín. Les enseñaré las prendas de ropa para ver si las reconocen.

—Manuel, Miguel —dijo Pedro—. Investigad el otro número de teléfono.

—¿Qué quieres que haga yo? —preguntó Francisco.

—Alguien debería ir a hablar otra vez con más amigos de los chavales, para ver si saben algo... —dijo Alfonso—. Quizá ahora sepan más que antes, alguien se ha podido enterar de algo en este tiempo y quiera contárnoslo.

—Fran, ocúpate tú —dijo Pedro—. Yo me quedaré contigo, Muñoz; conozco a la madre de Valentín... Y también —dijo a Francisco—, llama al padre de Patricia, por si sabe algo de su hija.

Ana Sánchez, madre de Valentín Comandancia de la Guardia Civil

—Señora Sánchez, ¿me recuerda?

—Sí, es usted Martín. Me preguntó por mi hijo. ¿Ya lo han encontrado? —preguntó la mujer con ilusión—. En el internado no saben nada...

—De momento no estamos seguros —dijo Pedro—. Mire, le presento al sargento Muñoz, trabaja también en la investigación.

—Señora, encantado —dijo Alfonso—. Lamentamos haberle hecho venir tan rápido, pero es importante.

—No se preocupe. ¿Qué saben de mi hijo?

—Verá... Hemos encontrado un cadáver cerca de donde estaba el de su amiga Raquel.

—¡Dios mío! —gritó la mujer.

—No hemos podido identificarlo aún... Por eso nos gustaría que echara un vistazo a las pertenencias que hemos encontrado —le contó Pedro—. No es necesario que vea el cuerpo.

Ana Sánchez empezó a temblar. Tenía los ojos humedecidos y el labio inferior temblaba igual que el resto de su cuerpo.

Pedro acercó una caja de la que extrajo una bolsa de plástico. En su interior había unas zapatillas deportivas.

—¿Reconoce esto? —preguntó Pedro a Ana.

La madre apretó los labios y sacudió la cabeza.

—No estoy segura... No lo sé.

Pedro dejó las zapatillas sobre la mesa y extrajo otra bolsa. En su interior estaban doblados unos vaqueros azules.

—Muchos chicos llevan esos pantalones —dijo Ana—. No sé si Valentín los llevaba puestos el día que se marchó, no lo sé.

Pedro sacó entonces el jersey de lana.

Ana hizo un esfuerzo por intentar que sus labios no temblaran mientras unas lágrimas caían por sus mejillas.

—Mi hijo... tenía... uno así. Sí.

Pedro miró a Alfonso. El sargento ya le estaba mirando. Ambos pudieron leer en los ojos del compañero lo que pasaba por sus mentes.

Por último, sacó de la caja tres bolsas. Una de ellas contenía una camiseta negra; otra unas gafas de sol. La bolsa más pequeña contenía una pulsera de pinchos, como la utilizada como adorno por los punkis y metaleros.

—Esto se encontró tras realizarle la autopsia —dijo Pedro.

Ana Sánchez lloró desconsoladamente.

—¡Mi hijo tenía una pulsera igual! ¡Y también esas gafas!

Alfonso Muñoz cogió una botella de agua y se la dio a la mujer.

—Señora, sabemos que es duro. Pero, cuanto antes nos ayude, antes pasará todo. Debe decirnos si reconoce sin género de dudas estas pertenencias.

Ana intentó beber un poco, pero tiró la pequeña botella al suelo mientras sollozaba.

Asintió con un leve movimiento de cabeza.

Pedro se sentó a su lado.

—Ana, una pregunta... —pidió Pedro— ¿Su hijo tenía el pelo negro y rizado?

Ana lloró con más fuerza.

—¿Tenía dos dientes puestos uno encima del otro? —preguntó Alfonso.

—Si... —susurró la mujer llorando.

—¿Recuerda en qué lado de la boca tenía así los dientes? —preguntó Alfonso.

—Yo... No... No lo sé... Quizá... —tartamudeaba la madre—. Puede que... en el lado derecho...

Pedro y Alfonso volvieron a mirarse.

Demasiadas coincidencias.

Aquel cuerpo pertenecía a Valentín.

3678036

Juan y Jesús habían consultado el Archivo del Registro Telefónico de la ciudad mientras la madre del chico había reconocido las prendas de vestir y objetos personales de su hijo.

Pedro y Alfonso habían hecho copias de una fotografía tamaño carnet de Valentín que llevaba la madre en su monedero, repartiéndola entre los investigadores.

Uno de los números pertenecía a una señora llamada Ángeles Alarcón. En vez de citarla en la comandancia y perder tiempo, decidieron llamar a su domicilio para ver si estaba disponible.

Le explicaron quiénes eran y que querían hablar con ella, por lo que los guardias civiles le dieron la oportunidad de encontrarse en su casa o, si tenía que ir a trabajar, la verían en su centro de trabajo.

Por suerte, la mujer había cogido el viernes libre, por lo que los agentes se personaron en su domicilio en muy poco tiempo.

—Pues ustedes dirán... ¿Ocurre algo? —les preguntó mientras les hacía pasar a la cocina de su hogar.

—Verá, señora —dijo Juan—. Hemos encontrado a un joven muerto que tenía entre sus pertenencias el número de teléfono 367 80 36. ¿Es el suyo, verdad?

—Pues, sí. Es mi teléfono... ¿Un chico muerto? ¡Santo Dios! ¿Quién? —preguntó asustada la mujer.

—Valentín Frías. ¿Lo conoce? —dijo Jesús enseñando la foto del chico.

—¿Valentín Frías? —preguntó la señora Ángeles—. No me suena de nada. No le conozco.

—¿Está segura? —preguntó Jesús.

—Sí. No sé quién es este chico.

—¿Conoce usted a Raquel Medina o a Patricia Ballester? —quiso saber Juan.

Ángeles Alarcón abrió la boca sorprendida.

—¿A Raquel y a Patricia? ¡Claro! —respondió—. Bueno, a Patri solo de vista. Pero a Raquel sí. De hecho, le di mi teléfono a través de mi cuñado Pepelu.

—¿De qué la conocía? —preguntó Jesús.

—De mi cuñado. Era novio de Raquel. Pero lo dejaron hace unos meses.

—¿Y cómo explica que su teléfono lo tuviera este chico —dijo Jesús señalando la foto—, y no Raquel?

—Imagino que Raquel y este chico sí se conocían y ella se lo dio a él por si querían localizarse o... no sé. Pero yo a este joven no lo he visto en la vida.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Raquel? —le preguntó Juan.

—No lo recuerdo. Pero fue por navidades. Hará unos... tres o cuatro meses.

—¿Dónde la vio? —preguntó Jesús.

—Aquí, por el barrio. Imagino que vendría con Pepelu... es decir, con José Luis —explicó Ángeles.

—¿Estaba con alguien más? —quiso saber Juan.

—Cuando la vi creo que iba con un par de gitanos. Supongo que eran gitanos —dijo la mujer— por su aspecto físico... Pero no sé quiénes eran. No me gusta esa gente... Lo cierto es que cuando Pepelu me dijo que ya no estaba con Raquel me alegré. Me daba la sensación de que era una niña muy callejera. Eso no es bueno —explicó Ángeles—. ¿Le ha pasado algo a Raquel?

—También la hemos encontrado muerta, señora —dijo Jesús—. Y tenemos que encontrar a Patricia. Nadie sabe dónde está.

1383560

Manuel y Miguel aparcaron el Citroën BX.

Habían comprobado que el titular del teléfono 138 35 60 era un hombre llamado Adolfo Velázquez.

Nadie les había cogido el teléfono cuando habían llamado desde las dependencias de la Guardia Civil. Muy posiblemente aquella persona estaría trabajando.

Los dos agentes llamaron al portero automático del edificio.

—No hay nadie —dijo Miguel—. Habrá que averiguar dónde trabaja o esperarle aquí hasta que vuelva.

Manuel volvió a presionar un par de veces el redondeado botón plateado del telefonillo. Esperaron unos segundos y volvió a pulsarlo.

—Me cago en todo... Al final vamos a tener que montar guardia aquí, ya lo verás.

Ambos dieron media vuelta con la intención de dirigirse al coche cuando una voz metálica salió del interfono.

—¿Quién?

Manuel y Miguel se acercaron al telefonillo corriendo.

—Buenos días, ¿vive aquí Adolfo Velázquez? —preguntó Manuel.

—Sí, soy yo. Y también es mi padre. ¿Quién es? —dijo la voz.

Los investigadores cruzaron una mirada.

—Guardia Civil. Necesitamos hablar con ustedes —dijo Miguel.

—Si preguntan por mi padre, está trabajando...

—Aun así abra la puerta, por favor —ordenó Miguel.

Tras un chasquido se desbloqueó la pesada puerta marrón del portal.

Los investigadores subieron por las escaleras hasta el piso de Adolfo Velázquez.

Manuel llamó al timbre.

Cuando se abrió la puerta vieron a un chico en pijama.

—Buenos días, somos los guardias civiles León y Casas —dijo Manuel enseñando sus credenciales.

—Hola. ¿Qué pasa? —dijo el chico.

—¿Es usted el hijo de Adolfo Velázquez? —quiso saber Miguel.

—Sí, así es.

—¿Podemos pasar un momento?

—Sí, estoy solo en casa —dijo el joven—. Pasen, pasen.

Los investigadores entraron en el domicilio.

—¿Usted también se llama Adolfo, no? —preguntó Miguel.

—Así es, como mi padre.

—¿Cuántos años tiene? —pregunto Manuel.

—Veintiocho.

Los tres pasaron al salón. Adolfo se sentó en un sofá.

—Siéntense si quieren —les dijo.

—No se preocupe. ¿Por qué no ha respondido al teléfono cuando hemos llamado? —le preguntó Miguel.

—Estaba dormido. No los he oído. Y cuando han llamado por el portero tampoco. Es lo que me ha despertado...

—¿Dónde está su padre ahora? —preguntó Manuel.

—En la fábrica. Trabajando.

—Verá, queríamos hablar con él porque hemos encontrado el número de teléfono de su casa apuntado en un papel hallado en un cadáver —explicó Manuel.

—¿Qué? —se sorprendió Adolfo.

—Encontramos a un chico de catorce años muerto que tenía este número de teléfono apuntado —explico nuevamente Miguel—. Comprobamos de quién era dicho número y supimos que pertenecía a su padre. Por eso queremos hablar con él.

—Pues vayan a su trabajo. Les daré la dirección.

—Gracias, pero también vamos a hablar con usted —dijo Miguel.

La Guardia Civil en estos casos establecía unas líneas de actuación muy precisas: cualquier persona que conociera a un sospechoso también sería interrogado para obtener más información. Y aunque Adolfo Velázquez no era un sospechoso como tal, su hijo también podría servir como fuente de información.

Adolfo se dirigió a la cocina. Manuel y Miguel le siguieron.

En la puerta de la nevera, sujeta por un imán, había una hoja de libreta.

—Aquí tienen —les dijo—. La dirección de su trabajo y el número de teléfono de allí.

Miguel sacó su cuadernillo de notas y apuntó la dirección y el teléfono.

—¿Conoce usted a una chica llamada Raquel Medina? —preguntó Manuel.

—No.

—¿Y a un chico llamado Valentín Frías?

—Pues... no. No me suena. ¿Quién es?

—Es el chico que ha aparecido muerto —dijo Miguel guardando la libreta—. ¿Seguro que no conoce a ninguno de ellos?

Adolfo meneó la cabeza.

—No. No sé quiénes son.

—¿Y conoce a otra chica llamada Patricia Ballester? —quiso saber Manuel.

—Pues tampoco, lo siento. No sé quiénes son esas personas.

—¿Y cómo explica que ese chico tuviera su número de teléfono? —le preguntó Miguel—. También tenía escrito «Adolfo V» en el papel.

—No tengo ni idea.

—¿Cree que su padre puede conocerlos? —quiso saber Manuel.

—No lo sé. Hablen con él por si acaso.

—¿Dónde está su madre?

Adolfo miró extrañado a Miguel y se encogió de hombros.

—Estará comprando.

Manuel suspiró.

—¿Le importa que usemos el teléfono para llamar al trabajo de su padre?

—No, adelante. Está en el salón.

—Gracias —dijo Manuel saliendo de la cocina—. Déjame la libreta donde has apuntado el número, compi.

Miguel le pasó el cuadernillo a su compañero.

—¿Puedo prepararme un café, agente? —preguntó Adolfo a Miguel.

—Está usted en su casa —y mientras Adolfo se preparaba un café, el guardia civil cogió el papel del que había apuntado la dirección y el teléfono y se lo guardó en el bolsillo.

Si el chico les había mostrado la hoja de papel con los datos era porque no los recordaba para poder decírselos de memoria. Por eso, si se quedaba el papel, el hijo de Adolfo no podría avisar a su padre de que la Guardia Civil había estado en su domicilio en caso de que no pudieran contactar con él desde allí.

Quizás no fuera nada, quizás una simple sospecha, pero a Miguel le parecía muy extraño que aquel chico no conociera a ninguno de los jóvenes... sobre todo cuando uno de los muertos tenía un papel con el teléfono de su casa.

Manuel marcó en el salón los dígitos correspondientes al teléfono de la fábrica en la que trabajaba el señor Velázquez.

Habló con una señorita a la que le pidió que se pusiera al aparato el requerido. Hubo suerte.

—¿Hola? Soy Adolfo —dijo una voz al otro lado del teléfono.

—Señor Velázquez, soy Manuel León de la Guardia Civil.

Hubo un silencio.

—No se preocupe, no es nada. Le llamo desde su casa.

—¿Desde mi casa?

—Sí, verá: hemos querido hablar con usted, pero solo está su hijo. Queremos hacerle unas preguntas. Hay un tema que le atañe, caballero; por eso le pido que venga inmediatamente a su domicilio. Aquí le esperamos.

—¿Ahora? —dijo el señor Velázquez sorprendido.

—Sí. Dígales a sus jefes que tiene que hablar con nosotros —le pidió Manuel—. Es importante.

—Vale, de acuerdo... ¿Entonces voy a mi casa?

—Sí, aquí le esperamos. Y quédese tranquilo, que no pasa nada —le calmó Manuel.

El titular del número 138 35 60

—Pues no sé quién es —dijo el señor Velázquez cuando le preguntaron por Valentín.

—¿No le conoce de nada? —quiso saber Miguel.

—De nada.

—¿Conoce usted a una chica llamada Raquel Medina? —le preguntó Manuel.

—No.

—¿Y a Patricia Ballester?

—Pues tampoco. ¿Qué tienen esas personas que ver conmigo? —dijo Adolfo extrañado—. ¿Dónde está mi hijo?

—Está en su habitación —contestó Miguel—. Le hemos dicho que se quedara en su cuarto mientras nosotros hablamos con usted.

—Pues no sé quiénes son esos que ustedes me dicen...

—Son tres chicos de los cuales hemos encontrado a dos muertos —sentenció Manuel—. Buscamos a Patricia, que no sabemos cuál es su paradero.

—Pues no conozco a ninguno. Y si ellos tenían mi número de teléfono no sé cómo lo obtuvieron —dijo Adolfo—. ¿Qué les ha dicho mi hijo?

—Que quizá usted conocía al chico —mintió Miguel.

—¿Yo? Pues no. No sé quién es. ¡Si es un crío! ¿Cuántos años me han dicho que tenía?

—Catorce —le indicó Manuel.

El señor Velázquez se rascó la cabeza dejándose caer en una silla de la cocina.

—No tengo ni idea de cómo tienen mi número, se lo aseguro.

Manuel y Miguel se miraron.

—Muy bien. Voy a traer a su hijo —dijo Miguel—. Vamos a hablar los cuatro.

El investigador se dirigió a la habitación del hijo y le pidió que se reuniera con ellos en la cocina de la casa.

La idea consistía en celebrar un pequeño careo entre ambos para ver si alguno se contradecía o para ver sus reacciones.

Mientras Miguel y el hijo de Adolfo llegaban al recibidor que daba acceso a la cocina, la puerta de la casa se abrió.

Era una mujer cargada con bolsas de la compra.

La esposa y madre de los dos inquilinos se quedó sorprendida al ver a su hijo al lado de un hombre desconocido.

—Tranquila, señora. Somos de la Guardia Civil —dijo Miguel—. Pase, pase.

—¿De la Guardia Civil? ¿Qué pasa? ¿Ha sucedido algo? —preguntó alarmada.

—No, tranquila. Estamos hablando con su marido y con su hijo —dijo Manuel—. La cocina se nos va a quedar pequeña, creo yo —bromeó.

Los guardias civiles informaron a la mujer de lo que estaban haciendo allí. Ella no daba crédito

a lo que escuchaba de boca de aquellos agentes.

—¿Y son sospechosos? —preguntó la mujer a Manuel refiriéndose a su hijo y a su marido.

—Bueno, sospechosos no exactamente. Pero coincidirá conmigo en que un chaval de catorce años muerto que tiene este número de teléfono apuntado en un papel y los dueños de dicho número dicen que no le conocen... —explicó Miguel— es un poco extraño. ¿Verdad?

—Pues sí, es raro. ¿No lo conocéis? —le preguntó a su familia.

—Yo de nada —dijo el padre.

—Yo tampoco —respondió el hijo.

—La situación es la siguiente —empezó Manuel—. Una de las chicas y él murieron hace unos meses. La otra chica está desaparecida. Hemos investigado y ambos tenían algunos números de teléfono apuntados a mano en un papel. Los de la chica ya han sido descartados. Pero este último, el suyo —dijo el investigador a la señora—, no sabemos cómo lo obtuvo. Alguien, desde luego, tuvo que dárselo al chaval. Y el chaval termina muerto.

—Dios santo... —murmuró la mujer.

—Y el chico muerto tenía que conocer a alguien que conoce el número de esta casa —siguió Miguel—. Si ni usted, ni su marido, ni su hijo conocen a estos jóvenes... ¿Quién más conoce su teléfono?

—Pues no lo sé... Los del trabajo de mi marido, algunas amigas mías, pero no sé cuánta gente.

Manuel se dirigió al hijo del matrimonio.

—Adolfo, ¿seguro que no conoces a ninguno de los tres?

—A ninguno.

—¿Estás seguro? —insistió Manuel.

—Sí.

—Espero que ambos, usted y usted —dijo Manuel hablando a los hombres—, no nos estén mintiendo. Porque entonces toda la Guardia Civil se les va a echar encima.

—Le juro que no conozco de nada a esos chicos, se lo juro —dijo el Padre.

—Pues a mí me da que en esta estrecha cocina —dijo Miguel—, hay alguien que conoce a alguno de ellos. Y si no sale ahora se vienen los tres derechos al cuartelillo.

—¡Oiga! —se quejó la mujer—. Ya le han dicho que nadie conoce a esos chicos.

8 de abril

Comandancia de la Guardia Civil

A las ocho de la mañana ya se estaban reuniendo todos los guardias civiles encargados de la investigación.

Se sentaron alrededor de las dos mesas que había colocadas en el centro del despacho, cada uno de ellos con una taza de café.

Pedro y Alfonso repasaron lo que sabían de Valentín por la información de la declaración de la madre.

Juan y Jesús explicaron que Valentín tenía uno de los teléfonos porque Raquel se lo habría dado. Pensaron que, como Raquel y Valentín eran novios, ella le habría dado un número de teléfono perteneciente a la tía de un ex, posiblemente como único teléfono al que se podrían llamar para dejarse un recado.

—Pero su padre sí tiene teléfono en casa —dijo Pedro.

—Una cría de quince años como ella no querría que su padre se enterara de muchas cosas —dijo Jesús—. Mejor dar el teléfono de otros...

Miguel y Manuel informaron al resto sobre la conversación mantenida en la casa del titular del otro número.

—¿No conocen a ninguno de los chicos? —preguntó Alfonso.

—Así es. Ni el padre ni el chico. Y la madre tampoco —dijo Miguel—. Pero Manuel y yo pensamos que o bien nos están mintiendo... o conocen a alguien que, como Raquel, le dio el número a Valentín para algo. Llegamos a la conclusión de que alguien del entorno de los Velázquez sí conocía a Valentín.

—También hemos sopesado la posibilidad de que el hijo, de veintiocho años, tuviera algún contacto con Valentín por temas de las drogas. Pero no hemos visto ninguna relación. En su habitación no encontramos chocolate ni disolventes... nada. No sabemos por dónde tirar.

Francisco terminó su taza de café y se levantó de la silla, paseando por el despacho.

—Pues, en mi caso, ayer hablé con el padre de Patricia. No sabe nada de su hija. Y tampoco parece muy preocupado, aunque me aseguró que nunca había estado desaparecida tanto tiempo.

—¿Sabe algo la policía de ella? —preguntó Juan.

—Pregunté al jefe de la Policía Local de Udata. No saben nada. Los Nacionales tampoco.

—¿Nadie se ha extrañado por la desaparición de la chica? —se extrañó Alfonso.

—Si alguien se ha extrañado, no ha acudido a la policía. Y supongo que no querrán acercarse... Estos chicos estaban siempre metidos en líos y no parece que fueran unos angelitos —dijo Francisco—. Eso es lo que me han dicho los amigos de Valentín en el reformatorio. Fui a hablar con ellos. Tuve suerte, estaban parlanchines esta vez...

—¿Qué te han contado? —le preguntó Manuel.

—Confirman que Raquel era su novia, pero que creen que también lo era o lo había sido Patricia —rio Francisco—. Al menos, Valentín aseguraba que se había tirado a las dos. Lo mismo que nos dijeron las amigas de la chica. Uno de los amigos aseguró que Valentín quería tener un

hijo con Raquel, que era la «novia de verdad».

—Vaya —dijo Pedro—. Eso sí que es una pareja liberal.

Los investigadores se rieron.

—Sea cierto o no, otro de sus amigos me contó que ya la había dejado embarazada; pero le dije que no era cierto. Me preguntó que cómo lo sabía y entonces les conté que le habían hecho la autopsia a Raquel y que no estaba embarazada —siguió Francisco—. Pregunté sobre Patricia y les dije que no sabíamos dónde estaba.

Francisco se volvió a sentar en la silla.

—Y aquí viene lo bueno —les dijo—: ¿os acordáis del tipo que les prestaba una casa en Udata?

—Sí. Intentamos dar con él pero, no estaba en su casa —dijo Pedro.

—Pues yo conseguí hablar con ese tipo.

—¡Diez puntos! —dijo Jesús.

—Fui a hablar con él después de ir a ver al padre de Patricia. Es camionero. Pasa poco tiempo en su domicilio. Se trata de una propiedad medio abandonada. Me da la sensación de que no le pagaban con dinero...

—¿Sexo? —dijo Alfonso.

—Es posible. Me dijo que los chavales habían ido bastante desde las pasadas navidades, pero que él hacía tiempo que no los veía. Así que supongo que se pasaban por la casa de este tío tanto si estaba él como si no.

—Demasiadas confianzas —dijo Miguel—. Qué raro todo...

—Por eso creo que este tipo les daba alojamiento a cambio de sexo. Supongo. Me ha dicho algo así como que «con quince años ya saben algunas más que yo». Pero he decidido no presionarle más. Empezaba a darme evasivas...

—¿Lo ves como sospechoso? —preguntó Pedro.

—No lo sé. Aquí es sospechoso todo el mundo: una familia que dice no conocer a Valentín, una chica desaparecida a la que nadie parece echar de menos... Y los tres alojándose en la casa de un camionero.

—Pero ¿cómo aparecieron sus cuerpos cerca de Mestre si ellos estaban en Udata? —preguntó Alfonso—. Hay unos cuantos kilómetros de distancia.

—Creo que alguien los llevó desde Udata hasta allí. Debieron tener algún interés en acercarse hasta la Partida de Cuerno —dijo Francisco—. Por lo tanto, necesitamos a alguien que tenga un vehículo y que les acerque del punto A, Udata, hasta el punto B.

—El camionero —dijo Manuel.

—Dice que él no estaba en la provincia el fin de semana en que se reunieron los chicos —dijo Francisco.

—Tendremos que comprobarlo —inquirió Juan.

16 de abril

Una fuente anónima

Transcurrieron ocho días desde que los dos grupos de la Policía Judicial de la Guardia Civil habían tomado la decisión de investigar a fondo al propietario de la casa de Udata en la que los jóvenes pasaban algunas temporadas.

Todos los indicios les llevaron a pensar que los chicos parecían usar aquel lugar como escondite cuando se metían en problemas, como segunda residencia si querían estar tranquilos y a su aire; y como picadero, palabra usada por el señor Farina; quien les enseñó la casa casi destartada llena de pintadas con spray en las paredes: un corazón con el nombre de Leticia y Sento en su interior, garabatos indescifrables, miembros viriles y la frase «No somos machos, pero sí somos muchas».

Efectivamente, cuando los chicos desaparecieron Farina no se encontraba en la ciudad, sino a varios cientos de kilómetros transportando mercancías en un Barreiros 4220.

Una vez de nuevo sin hilo del que tirar, los guardias civiles tuvieron que informar al capitán Santos de que no tenían modo de avanzar en la investigación. Los jóvenes eran casi completos marginales, sin apenas vínculos con nada y con nadie. La labor hasta el momento era infructuosa.

Pero aquel domingo sería distinto.

Manuel había terminado de desayunar. Mientras su mujer se ocupaba de las tareas domésticas, él bajaría a comprar el pan.

Al volver de la panadería, se detuvo en el quiosco de prensa situado a dos calles de su domicilio.

—Buenos días, don Pablo —saludó Manuel al quiosquero.

—Buenos días, Manu. ¿Cómo te va?

—Aquí andamos... Oye, dame una cajetilla de Marlboro y el periódico de hoy.

—Ahora mismo —dijo Pablo.

Conversó unos minutos más sobre el estado del tiempo y cuando una señora se acercó al puesto con la intención de comprar algo, Manuel decidió que ya era el momento de volver a casa.

Cuando llegó, dejó el pan en la encimera de la cocina. Se dirigió entonces al salón y se recostó en su sofá.

Comenzó a leer la portada del diario y a ojear las siguientes páginas.

Leía los titulares de todos los artículos. Si la noticia le llamaba la atención, leía el encabezamiento. Si finalmente le interesaba la información, pasaba a leer el resto de la noticia.

Fue así como, al llegar a la página veinte del periódico, se incorporó en su asiento.

Volvió a leer el titular.

—Me cago en todo lo que se menea. ¡Joder! —gritó.

Su mujer, Lorena, que llegaba de la terraza de hacer la colada se extrañó.

—¿Qué te pasa? —dijo sonriendo.

Manuel ignoró por completo a su esposa y continuó leyendo la noticia.

—Chicas de Mestre... vistas... un vecino... —murmuraba Manuel mientras leía la noticia.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó su mujer—. ¿Qué estás leyendo?

—Creo que tenemos una pista. Del caso de los chicos de Mestre.

—¿Y eso? —quiso saber Lorena.

—Mira, mira —dijo Manuel dándole el periódico—. Tengo que llamar a estos.

—¿A tus compañeros? —y ella leyó la noticia.

EL CASO MESTRE

Las chicas de Mestre fueron vistas un día antes de desaparecer

Según una fuente de este periódico, las chicas de Mestre que son objeto de una investigación por parte de Guardia Civil han sido vistas, un día antes de que desaparecieran por completo, en un bar de Udata.

Según la información de la que disponemos, una de las chicas murió en extrañas circunstancias hace tres meses. Su amiga, que está en paradero desconocido desde entonces, fue vista en compañía de la fallecida y de un vecino del pueblo mientras estaban en el bar El Rincón tomando unos refrescos.

Según fuentes policiales, el novio de la chica fallecida también ha sido encontrado muerto cerca de Mestre.

La policía sigue buscando a la tercera amiga, que parece ser una pieza clave para saber qué es lo que ocurrió.

17 de abril

El artículo de prensa

Amador Ibáñez había llegado a la redacción sobre las nueve de la mañana.

Una joven secretaria en prácticas se acercó a su mesa para indicarle que hacía media hora le estaban esperando en la sala de reuniones unos guardias civiles.

—¿Te han dicho qué es lo que quieren?

—Sí, quieren hablar con usted. Les he dicho que aún no había llegado, así que me dijeron que esperarían aquí hasta que llegara.

—¿Y de qué querrán hablar conmigo? —quiso saber el periodista dejando su abrigo en una percha.

—De un artículo que ha escrito. Se trata de una investigación.

—Gracias, Almudena.

Amador se dirigió a la sala de reuniones de la redacción y se presentó a los investigadores.

—Pues ustedes dirán —les pidió metiéndose las manos en los bolsillos.

—Uno de nuestros compañeros nos avisó ayer de lo que usted había publicado —dijo Alfonso enseñando el artículo del día 16—. Queremos que nos dé información.

—¿Sobre estas chicas? —preguntó el periodista.

—Así es —dijo Pedro—. Necesitamos saber más detalles. ¿Quién es la fuente anónima del periódico?

—Es una señora de Udata —respondió Amador—. Suelo tener algunos contactos en diferentes pueblos y ciudades para preguntarles sobre algún hecho en particular.

—¿Cómo se llama esa señora? —quiso saber Alfonso.

—Doña Herminia Pérez.

—¿Qué más sabe de este caso? —preguntó Pedro.

—Pues... Lo que ya hemos publicado: una chica muerta en enero, su novio encontrado después... y que otra amiga está desaparecida; pero mi fuente me aseguró que las había visto en un bar de Udata.

—¿El bar Rincón? —preguntó Alfonso tomando notas en su bloc.

—Sí. Y también me contó lo del señor con el que las vio. Verán, como hacía algunos días que no me enteraba de nada sobre el caso este, decidí preguntar a Herminia. Fue de casualidad. De hecho, me dijo que se dio cuenta de que eran las chicas por las fotos que han salido en la prensa. Del chico no me ha dicho nada. Ya les digo, fue una casualidad todo...

Pedro y Alfonso se miraron.

—Espere, espere. ¿Sabe usted quién es el señor con el que fueron vistas? —dijo Pedro sorprendido.

—Si, claro. Pero no lo publiqué para evitar denuncias y malos rollos —dijo Amador—. Hay periodistas de mierda, pero yo no me considero...

—Lo entendemos. ¿Quién era? —preguntó Alfonso interrumpiéndole.

—No me acuerdo —respondió el periodista—. Lo apunté en mi cuaderno. Lo tengo en mi mesa. Voy a buscarlo.

—Gracias —dijo Alfonso.

Amador salió de la sala de reuniones.

—¿Crees que tendremos algo? —preguntó Pedro.

—Al menos será un nombre más —respondió su compañero—. Lo que está claro es que los chicos estuvieron en Udata hasta el último momento.

—¿Qué coño pasó para que se fueran hasta Mestre? Hay unos treinta kilómetros de distancia. ¿Quién los llevó?

—No lo sé, Pedro. Aparecieron los cuerpos en un lugar alejado... Un lugar por el que no pasa mucha gente.

—Supongo que fueron allí para hacer algo con alguien... y no querían ser vistos —dijo Pedro.

Amador entró de nuevo en la sala de reuniones.

—Miguel —anunció—. Miguel Villar Estades. Miguelo para los amigos.

18 de abril

Dueño del bar El Rincón

Dependencias de la Guardia Civil

Noel Aramburu apagó la Bultaco. Se desabrochó la cinta de cuero que le sujetaba el casco por debajo de la barbilla y se arregló el cabello.

Puso la cadena de seguridad en la moto, pensando que no haría falta, puesto que a tan solo diez metros estaba el cuartel de la Guardia Civil.

Ayer por la tarde recibió una llamada mientras trabajaba en el bar.

Al parecer, alguien de la Benemérita quería hacerle unas preguntas sobre una investigación en curso, aunque no le habían dado más detalles. Lo primero que pensó es que alguien le había denunciado por hacer algo indebido con la moto, pero el joven de veinticuatro años no recordaba qué problema podía haber ocasionado.

Entró en las dependencias y se dirigió al guardia civil que estaba en el mostrador.

—Hola —saludó—. Me llamaron ayer para que viniera aquí.

—¿Me dice su nombre? —le preguntó el guardia.

—Noel Aramburu.

El guardia civil revisó unos apuntes en un archivador.

—Si, Noel. Espere un momento —le pidió el uniformado cogiendo el teléfono—. Señor, está aquí Noel Aramburu. Ha dicho que querían hablar con él. Muy bien. A sus órdenes.

El guardia colgó el teléfono.

—Espere un momento, ya vienen con usted.

—Vale, gracias —dijo Noel.

Unos segundos más tarde entraba en la recepción un hombre de paisano con una pistola bajo la axila.

—¿Dónde está? —preguntó el hombre al guardia civil.

—Es ese joven de ahí.

El de la pistola en la funda de color marrón se dirigió a Noel.

—Buenos días, soy el sargento Muñoz, acompañeme.

—¿Ocurre algo malo? —quiso saber el joven.

—No. Es solo que queremos hablar con usted. Quizá nos pueda ayudar —le dijo Alfonso—. Es un mero trámite.

Los dos pasaron por varias puertas y pasillos hasta llegar a un pequeño despacho. Al entrar, pudo ver que había más hombres vestidos de calle.

—Le presento a los cabos primeros Francisco, Manuel y Miguel. Ellos son Juan y Jesús. Y este es el sargento Martín.

—Buenos días —saludó Pedro—. Siéntese, por favor.

Noel, un poco intimidado, se sentó en una de las sillas que le ofrecieron. Solo los sargentos se

sentaron. El resto permanecieron de pie.

—¿Quiere tomar agua? ¿Café? —le dijo Alfonso.

—No, gracias.

—Verá, le llamamos ayer porque hemos descubierto que unos jóvenes que estamos investigando pudieron estar en su bar hace tres meses —dijo Pedro—. Sé que es mucho tiempo para que recuerde algo, pero quizás le suenan...

El guardia civil le pasó una carpeta con fotografías tamaño carnet de dos chicas y un chico.

—¿Reconoce a alguna de estas personas? —preguntó Alfonso.

—Una es Patri. La he visto muchas veces en mi bar. Y mi madre también la conoce. Desde pequeña.

Noel miró las otras fotos detenidamente.

—Otra de ellas es una amiga de Patri. Raquel, creo —explicó el joven—. No la conozco mucho. Creo que apareció muerta, eso me han dicho. Lo sé por lo que cuenta la gente, no sé si ha salido todo esto en la tele o no...

—¿Sabes quién es el otro chico? —preguntó Pedro.

—No —dijo Noel—. No lo he visto ni en el bar ni en ningún otro sitio. A ellas sí, ya les digo... Pero a este chaval no.

—Pues verá —dijo Alfonso—. Raquel murió hace tres meses, sí. Lo mismo que este chico de aquí. Estamos buscando a Patricia, que no sabemos dónde está. Y nos tememos lo peor.

—Y, según una clienta —continuó Pedro—, estas dos chicas fueron vistas en tu bar el día antes de que al menos una apareciera muerta. Con un tal Miguelo. ¿Le conoces?

—¿Al Miguelo? —preguntó Noel—. Claro. Es un cliente del bar desde hace años.

—¿Lo viste con las chicas? —preguntó Francisco.

—Pues no me acuerdo —dijo Noel—. No lo sé. Puede que mi madre si se acuerde de algo. Verán: conocemos a Patri porque es la hija de una mujer que trabajó con mi madre en la cocina hace tiempo. La niña se acercaba por el bar de vez en cuando. De eso la conozco. Raquel había pasado por allí alguna vez, siempre acompañando a su amiga... Supongo que dormirían juntas en la casa del padre de Patri. La madre vivía en otro pueblo, no tenían mucho contacto entre ellas... Y con el padre no se llevaba muy bien. Pero no sé más...

—¿Cuando las veías siempre estaban ellas dos solas? ¿Sin el chico? —quiso saber Juan.

—A ese chico no lo conozco. Si lo he visto habrá sido una vez y no me acuerdo —respondió Noel—. Pero ellas sí, siempre estaban juntas. Bueno, siempre no lo sé... pero más de una vez vinieron las dos al bar.

—¿Recuerdas algo del día 15 de enero? —preguntó Manuel.

—La verdad es que no.

—¿Recuerdas algo de cuando las viste juntas por última vez? —quiso saber Miguel.

—Pues... —Noel se detuvo a pensar—. Lo cierto es que, ahora que lo dice, a Patri tampoco la he vuelto a ver. Pero, no sé... No recuerdo con exactitud ese día. Lo siento. Pero mi madre a lo mejor sí, hablen con ella. Tiene memoria de elefante.

—Bien, lo haremos —dijo Manuel.

—¿Dónde está ahora su madre? —le preguntó Alfonso.

—En el bar, en la cocina. Si quieren vamos ahora.

—Pues en marcha —dijo Pedro.

La cocinera del bar El Rincón

Udata

Pedro y Alfonso habían decidido ir con Noel hasta su bar para hablar con la cocinera del negocio, su madre.

En las dependencias policiales se habían quedado los otros investigadores haciendo las gestiones oportunas para investigar al tal Miguelo y para presentar el informe correspondiente de toma de declaración del dueño del bar al Sargento 1º Montes, quien a su vez informaría de todo al capitán Santos.

El Citroën BX de los guardias civiles seguía por la carretera a la Bultaco.

Pedro conducía.

—¿Qué piensas? —le preguntó a su compañero.

—Estoy dándole vueltas a que nadie conoce a Valentín. Y si alguien lo conoce, no lo dice —respondió Alfonso.

—¿A qué crees que se debe?

—A que las chicas se movían más por ahí. Quizá porque el chico estaba internado en un centro de menores...

—O quizás porque ellas podían conseguir de adultos cosas que Valentín no —dijo Pedro—. ¿No has pensado que entre ellas podían apañárselas para conseguir dinero para drogas? O para comida... o alojamiento a cambio de favores sexuales.

—Sí. Lo he pensado. Pero lo que más me llama la atención —dijo Alfonso—, es que Patricia parece la que es más conocida en Udata, y aun siendo la más conocida nadie se ha preocupado por su desaparición. Bueno, ni la de los otros.

—Me da a mí que esa chica está muerta —sentenció Pedro—. ¿Tres meses sin dar señales de vida? Imposible. Alguien ha acabado con la vida de esos chicos...

—Yo también lo creo —se sinceró su compañero.

La Bultaco de Noel enfiló la Avenida Santa Bárbara.

—Aquí debe de ser —dijo Pedro aminorando la marcha.

Noel detuvo la moto cerca de un edificio cuadrado con un pequeño patio vallado por una modesta celosía.

Los guardias civiles continuaron unos metros más adelante para poder estacionar el coche sin ningún problema.

Los tres se dirigieron entonces al interior del bar.

Allí, Noel saludó a algunos clientes que se encontraban tomando algo.

—Vengan por aquí —les dijo a los investigadores.

Una vez dentro de la cocina, una señora vestida de cocinera les saludó.

—Mamá, son de la Guardia Civil —dijo Noel—. Les he dicho que hablen contigo. Es sobre la Patri. Quieren saber algo.

La madre se limpió con un trapo las manos.

—Si me necesitan estaré detrás de la barra —dijo Noel saliendo de la cocina.

—¿Sobre Patri? —preguntó la madre a los agentes—. ¿Ha pasado algo?

—Así es, señora. Pero puede seguir trabajando, molestaremos lo menos posible —dijo Pedro.

—Pues ustedes dirán.

—En enero encontramos a Raquel y más tarde a un chico llamado Valentín muertos —dijo Alfonso—. Desde entonces buscamos a Patricia Ballester y nadie sabe dónde está.

—Algo había oído. Pobres chicos... Pero de Patri no sabía nada.

—¿Recuerda usted la última vez que vio a los jóvenes? —preguntó Pedro.

—Hace unos meses. Aquí mismo —respondió la cocinera—. Raquel y Patricia me pidieron dinero.

—¿Dinero? —dijo Alfonso—. ¿Sabe para qué?

—Pues hombre, conociéndolas... Para meterse algo o qué se yo... Les dije que no. Y les di un bocadillo.

—¿Cuándo fue eso? —quiso saber Pedro.

—En enero o así.

—¿Vio a las dos chicas? —preguntó Alfonso.

—A Raquel y a Patri. Ella fue la que me pidió que les diera algo de suelto. Raquel estaba en la barra tomando una coca cola.

—¿Recuerda si había alguien más con ellas? —dijo Pedro.

—Patri estaba hablando conmigo, la conozco desde pequeña, ¿saben? Raquel estaba charlando con un vecino de por aquí.

—¿Un tal Miguelo? —preguntó Alfonso.

—Sí. Miguelo. Un tipo muy raro. ¿Lo conocen?

—No, de momento no —dijo Pedro—. ¿Qué sabe de él? Por curiosidad...

—Pues no mucho. Es un tipo raro. Tiene pocos amigos... Tendrá unos sesenta y pico años, más o menos. Lo único que hace es beber. Y mucho. Creo que fue él mismo quien pagó la consumición de la niña... pero no me acuerdo de tanto.

—No se preocupe —dijo Alfonso—. Su hijo tenía razón: tiene usted buena memoria.

Comandancia de la Guardia Civil

A primera hora de la tarde, Pedro y Alfonso estaban completando el informe que adjuntarían a la investigación.

Francisco, Manuel y Miguel habían informado a los superiores.

Juan y Jesús habían buscado información de Miguelo durante toda la mañana.

Los siete se habían reunido en el pequeño despacho de la Unidad de Policía Judicial.

—Miguel Villar Estades —dijo Jesús—. Nacido en 1929, sesenta años. Vive en Udata desde siempre. ¿Sabéis dónde?

Sus compañeros negaron con la cabeza.

—Pues a pocos metros de la casa del camionero —anunció Juan.

—Eso explicaría que Raquel y Patricia estuvieran con él en el bar —dijo Francisco.

—Bueno, bueno —calmó Miguel—. No sabemos si las conoció por vivir cerca de ellas o en ese mismo bar.

—Pero el caso es que las conocía —tercio Manuel.

—¿Antecedentes? —quiso saber Alfonso.

—En nuestra base de datos, ninguno —dijo Jesús.

—No tiene carnet de conducir, por lo que tampoco se le ha puesto nunca ninguna multa —dijo Juan.

—¿Sabéis en qué trabaja? —preguntó Pedro.

—Intentamos llamar a la Seguridad Social —dijo Jesús—. Pero lo de siempre: para darnos ese dato necesitan el puto papelito con la autorización del juez. Así que no hemos podido saber en qué curra si es que curra de algo. ¿Solicitamos una orden, jefe?

—¿Por qué no vais a hablar con él? —dijo Alfonso.

—Muy bien. Ya echaba de menos el trabajo de campo... —dijo Juan.

El Miguelo

Udata

Jesús conducía el Seat 131 hacia la dirección del domicilio donde vivía Miguel Villar.

Pasaron por delante de la casa del señor Farina. A unos doscientos metros más adelante estaba la vivienda del Miguelo.

—Esperemos que esté en casa —dijo Juan abriendo la puerta del vehículo una vez detenido este.

Ambos hombres se aproximaron a una vieja casita de una sola planta con una puerta de madera de color verde pálido, desgastada por el paso de los años.

Jesús llamó al timbre.

Juan echó un vistazo arriba y abajo de la calle, completamente desierta a esas horas de la tarde.

Jesús volvió a llamar al timbre y acto seguido golpeó la puerta con la palma de la mano.

—¿Hay alguien en casa? —preguntó alzando la voz.

Juan creyó ver cómo una de las ventanas de mano izquierda mostraba una figura detrás de los visillos, escudriñando el exterior.

—Abra la puerta —dijo Juan acercándose a la ventana—. ¿Me oye?

El visillo volvió a moverse.

—¿Qué pasa? —preguntó Jesús—. ¿Has visto algo?

—Creo que hay alguien dentro.

Jesús llamó de nuevo al timbre.

—¡Guardia Civil! ¡Abra la puerta inmediatamente!

Juan volvió a mirar hacia la ventana y vio claramente que alguien corría el visillo.

—¡Abra la puerta! —gritó Juan—. ¡Sabemos que está dentro!

—¡Miguel! —le llamó por su nombre Jesús—. ¡Abra a la Guardia Civil!

Una voz desde el interior se escuchó.

—¿Qué coño queréis? ¡Fuera!

—Miguel, abra la puerta. Es una orden —le dijo Juan.

—¡No he hecho nada!

—Pues abra la puerta —respondió Jesús—. Queremos hablar con usted.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Me cago en todo!

—Si no abre la puerta ya no hablará con nosotros, sino con un juez —dijo Juan.

—¡Pues que venga el juez aquí, gilipollas!

—¡Abra la puerta ahora! —gritó Jesús.

—¡Tengo una escopeta, cabrones! ¡Fuera o me lío a tiros!

Aquella amenaza hizo que ambos guardias civiles desenfundaran la Star reglamentaria.

—¡No empeore las cosas, Miguel! —gritó Juan quitando el seguro del arma.

—¡Salga con las manos en alto! —le ordenó Jesús preparado para disparar.

—¡No me da la gana!

Jesús hizo una seña a Juan.

—Voy a pedir refuerzos.

—Vale.

Jesús salió corriendo hacia el coche, en cuyo interior tenían un radio.

Juan intentó ver si podía saber en qué lugar de la casa estaba el Miguelo. Si era cierto que tenía un arma, al desgraciado no le costaría nada abrir fuego sobre él.

—¡No empeores más las cosas, Miguel! ¡Solo queremos hablar!

—¡Que te den! —le gritó Miguelo desde el interior.

Juan corrió hacia una de las esquinas de la casita. Se asomó rápidamente y comprobó que la casa no tenía ni patio trasero ni otra puerta.

Se quedó allí e hizo un gesto a su compañero para que se colocara al otro lado.

—¡Miguel! —le llamó Juan—. ¡Nadie quiere disparar! ¡No nos obligues a ello!

Jesús se cubrió tras la esquina contraria.

—¡Miguelo! —le llamó.

—¿Qué coño quieres?

—Tira la escopeta por la ventana, abre la puerta y sal.

—¡No me da la gana, joder! —gritó desde el interior.

—Van a venir más de los nuestros —le dijo Jesús—. Vas a tener problemas.

—¡Me da igual!

Durante el tiempo en que ambos investigadores esperaban refuerzos, sopesaron la posibilidad de entrar en la casa, pero derribar una puerta como se veía en las películas no era tan sencillo. Demasiado arriesgado.

Pasaron trece minutos, el tiempo de reacción de las autoridades en zonas rurales era elevado, hasta que las sirenas de varios coches patrulla empezaron a oírse.

—¡Miguelo! —gritó Jesús—. ¿Sigues ahí?

—Si no abres —le dijo Juan—, vamos a entrar a la fuerza. ¡Tú verás!

Miguelo no respondió.

—Solo queremos hacerte unas preguntas. Es sobre unas chicas—le dijo Jesús.

Tres coches de la Guardia Civil llegaron al lugar.

Los guardias civiles se colocaron detrás de los vehículos. Uno de ellos cogió un altavoz.

—¡Atención! ¡Le habla la Guardia Civil! ¡Salga con las manos en alto!

—Ahora somos ocho guardias —le dijo Jesús—. Vas a pasarlo mal.

La puerta de la casa se abrió despacio.

Juan se acercó a la entrada lo más pegado a la pared que pudo.

Un hombre con el pelo blanco salió despacio a la calle, momento que aprovechó Juan para ponerle la pistola en la cabeza.

—¡Al suelo, cabrón! ¡Tírate al suelo!

Jesús se acercó en ese momento por el otro lado y con una llave, derribó al hombre.

Los seis uniformados salieron de detrás de los coches y corrieron en auxilio de sus compañeros.

—¡Registrad la casa! —les dijo Juan mientras inmovilizada a Miguel junto a su compañero.

—¡Imbécil! —le dijo Jesús—. ¿Has visto la que has montado, pedazo de gilipollas? Ahora estás detenido.

—Al final va a ser que sí has hecho algo, ¿verdad? —dijo con sorna Juan.

Una vez esposado le sentaron en el suelo.

—La casa está vacía —dijo uno de los guardias civiles saliendo de la vivienda.

—¿Dónde está la escopeta? —preguntó Juan zarandeando al detenido.

—No tengo ninguna —le respondió Miguel—. Era una coña.

—Pues para coñas estamos... —le dijo Jesús molesto.

Lo pusieron contra un lateral del Seat y lo cachearon. No llevaba nada encima. Se dieron cuenta de que presentaba síntomas de ebriedad.

—Quedas detenido —le dijo Juan—. Ahora vas a hablar con nosotros y con un juez. Por listo.

Interrogatorio al Miguelo Comandancia de la Guardia Civil

Un veterano Land Rover Santana llevaba en su interior a Miguel.

El todoterreno entró en el patio de la Comandancia.

Los dos guardias civiles que iban a bordo del vehículo bajaron de este al detenido y lo llevaron al interior de las dependencias.

Un instante después, el coche de Juan y Jesús llegaba al cuartel y era aparcado junto al muro interior.

En el interior de la Comandancia, Pedro y Alfonso fueron los primeros que se acercaron a sus compañeros para preguntarles por lo ocurrido.

—El sujeto este... —explicó Jesús—. No quiso abrir la puerta y luego amenazó con dispararnos con una escopeta. Acudieron en nuestro auxilio las patrullas que había por la zona.

—Que le fichen y llevadle a la sala de interrogatorios —dijo Alfonso.

Tras tomarle las huellas y rellenar unos documentos, Miguelo fue llevado a una habitación pequeña, con una puerta que solo se abría desde el exterior. En una de las paredes había una ventana con cristal de espejo.

—Avisad a Montes y al capitán Santos —pidió Pedro.

—Ya voy yo —dijo Francisco.

Pedro y Alfonso se disponían a entrar en la sala.

—Esperen —pidió el capitán Santos, acompañado de Montes—. Pongan esta grabadora en la mesa. Si pide que esté presente su abogado, salgan inmediatamente de la sala. No quiero que nos acusen de irregularidades.

—No se preocupe, capitán —le dijo Alfonso—. Ahora veremos si quiere colaborar.

En la habitación contigua a la de interrogatorios habían entrado los investigadores y sus superiores.

Pedro y Alfonso abrieron la puerta de la sala en la que estaba Miguelo.

—Buenas tardes, caballero —saludó Alfonso—. ¿Qué ha pasado? Buena la ha liado usted...

—Si yo no he hecho nada. Solo que me he cabreado un poco...

—Amenazar a guardias civiles con pegarles un tiro no es cabrearse «un poco» —dijo Pedro—. Soy el sargento Martín y él es el sargento Muñoz. Bien —continuó el agente—. Simple formalismo: Miguel Villar Estades, nacido en 1929, sesenta años. Con DNI...

—¿Voy a ir a la cárcel?

—Eso dependerá de muchas cosas. Si no colabora con nosotros, llamaremos a un abogado y entonces se enfrentará a un delito por amenazas y resistencia a la autoridad. Y el juez decidirá —le respondió Alfonso.

—Sí, por el contrario, usted responde a nuestras preguntas quizá busquemos una solución —siguió Pedro.

—Vale. Pues lo siento. Lo lamento. Estaba tomándome unos vinitos y cuando esos llamaron a mi

puerta me molestaron. Como no se iban, me enfadé y dije gilipolleces. Lo siento. No sé qué me ha pasado...

Alfonso apretó el botón REC de la grabadora.

—¿Acepta usted hablar con nosotros sin que sea necesaria la presencia de un abogado? —le preguntó a Miguel.

—Sí, sí. No hará falta.

—Eso no significa que no le caiga una sanción o que pase un tiempo en el calabozo —dijo Alfonso—; pero lo tendremos en cuenta para hablar bien al juez de usted.

—Vale, vale —afirmó Miguel.

—Verá, nuestros amigos querían preguntarle por estos chicos. ¿Los conoce?

Pedro le enseñó unas fotografías de los tres jóvenes.

—No me suenan de nada.

—¿Está seguro? —dijo Alfonso.

—Sí. No los conozco.

—Nos han dicho que lo vieron en compañía de esta chica —dijo Pedro señalando la foto de Raquel—, en el bar El Rincón.

—¿Quién les ha dicho eso? —preguntó Miguel.

—Pues gente —respondió seco Alfonso—. Gente que lo vio hablar con esa chica y posiblemente con su amiga. Y esta chica con la que hablaba usted y este chico han aparecido muertos. De esta otra —dijo el sargento señalando a Patricia—, no sabemos su paradero.

—Yo no he matado a nadie, no me joda... —dijo asustado Miguel.

—¿Entonces no las conoce de nada? —preguntó Pedro.

—Pues no sé. Si me vieron con ellas... ¿Cuándo fue? No me acuerdo.

—En enero —dijo Alfonso—. A mediados de enero.

—Pues las vería en esa ocasión solo.

—¿No las había visto antes? —preguntó Pedro.

—Pues... no sé... —dijo dubitativo Miguel—. Creo que no.

—¿No? Pues usted vive a pocos metros de la casa donde estos chicos solían pernoctar.

Miguel se humedeció los labios. Se rascó la cabeza con las manos aún esposadas.

—Pues, no sé...

—¿A qué se dedica usted, Miguel? —le preguntó Pedro.

—Soy jornalero y pastor.

—¿Jornalero y pastor? —preguntó Alfonso.

—Sí. Recojo frutas y verduras dependiendo de la temporada. Y también me dedico a controlar unas ovejas. Pastoreo y demás...

—¿Siempre ha vivido en Avenida Santa Bárbara 58? —quiso saber Pedro.

—Sí. Bueno, al nacer no. Mis padres y yo antes vivíamos en La Católica, una partida del

municipio de Tosú —explicó Miguel—. Pero desde hace muchos años vivo en mi casa, ya les digo.

—¿Está usted casado? —preguntó Pedro.

—Sí, pero me divorcié. Hace unos años.

—¿Tiene hijos? —quiso saber Alfonso.

—Una hija. Se marchó con su madre cuando me divorcié. Pero... bueno, yo... no tengo contacto con ellas —dijo Miguel.

—Pues si ha vivido siempre en esa casa, tenemos gente que le ha visto con estas chicas en el bar... y no hay nadie que diga lo contrario; es usted nuestro principal sospechoso —le confesó Alfonso con un tono amenazador.

La estrategia parece que funcionó. La presión hizo que Miguel se revolviera en la silla.

—¿Sospechoso? ¿De qué? ¿Que yo no he hecho nada a nadie, ostias!

—Tranquilo, Miguel —le dijo Pedro—. No se ponga así... Lo que mi compañero quiere decir es que estos dos jóvenes están muertos. Y a Patricia aún no la hemos encontrado. Quizá también esté muerta... Y usted es la única persona que habló con ellas antes de que Raquel apareciera sin vida. ¿No conoce al chico? Valentín.

Miguel tragó saliva.

—Bueno... Yo... Joder. Los conozco. A ellas sí. Pero al chico, de vista.

Pedro y Alfonso se miraron.

—¿Así que las conoce? —preguntó Alfonso.

—Sí, coño. Patri es de Udata. Conozco a su padre. Y Raquel también ha venido a veces a mi casa.

—¿A su casa? —preguntó extrañado Pedro—. ¿Para qué?

—Pues, para... para pedirme comida o dinero —dijo Miguel intranquilo.

—¿Por qué nos ha intentado mentir? —dijo Alfonso.

—No sé...

Miguelo los miró con nerviosismo.

—Cada vez se lo está poniendo peor, caballero —le dijo Alfonso—. Primero, amenaza a nuestros compañeros, luego niega conocer a los chicos... y le acabo de decir que es usted sospechoso. ¿Quiere ir derecho al calabozo?

—No, coño. Yo... —dijo Miguelo—. Conozco a estos chicos porque al principio me robaban comida. Una vez dejé la bolsa de la compra fuera porque no podía entrar por la puerta con todas las que traje... y me la quitaron. Luego supe que habían sido ellos. En otra ocasión me pidieron tabaco. Les di un cigarro. El chico nunca decía nada, las chicas hablaban más conmigo. No sé... En alguna que otra ocasión les di un bocata.

—¿Consume usted drogas? —quiso saber Alfonso.

—No, no.

—¿Las vende?

—Joder, no.

—¿Le pidieron alguna vez dinero los chicos?

—Sí, alguna vez. Pero, no sé... Es posible.

—¿Se lo dio? —preguntó Alfonso.

—No.

—¿Está seguro? Porque de alguna manera tendrían que conseguirlo —dijo Pedro.

—Yo no les daba dinero. Solo tabaco.

—¿Alguna vez le ofrecieron sexo a cambio de algo? —quiso saber Pedro.

—No, nunca.

—¿Seguro?

—Sí, joder. Yo solo... yo solo les daba comida y tabaco. Y más tabaco que comida.

—¿Iban mucho a su casa? —preguntó Alfonso.

—No.

—¿Cuánto iban a su casa? —quiso saber Pedro.

—No lo sé. No puedo decirlo. A veces.

—¿Y qué decían ellas cuando entraban en su casa? ¿Hablaban de algo?

—Eh, eh —dijo Miguel—. No entraban en casa. Yo... Bueno, se quedaban en la puerta.

—Usted ha dicho que iban a su casa. Que el chico no hablaba pero que ellas sí...

—Coño, pero no dentro de mi casa. Bueno, no sé si entraron alguna vez. No lo sé.

Alfonso se levantó de la silla y paseó por la sala.

—¿Tiene usted amigos?

El detenido se encogió de hombros.

—Solo uno.

—¿Quién es?

—Pepe Carlet —dijo Miguel—. Le conozco del campo... Tiene un camión con el que transporta verduras y frutas. Nos conocemos de eso.

—¿Usted tiene coche? —preguntó con trampa Pedro.

El detenido dijo la verdad.

—No. No tengo carnet.

—Queremos hablar con ese tal Pepe —pidió Alfonso.

Al otro lado del cristal de espejo, el cabo Casas meneaba la cabeza.

—No tiene coche. No pudo llevar a los chicos hasta Mestre.

—A mí me da que conocía a las chicas de follárselas —dijo Manuel—. Tabaco, un bocadillo, quizás dinero... ¿a cambio de nada? No me lo creo, jefe —dijo al capitán—. Este tío las conoce de algo más, seguro.

—Si su amigo tiene un camión... quizá fue su cómplice —dijo Francisco.

—Localicen a ese camionero —pidió Claudio Santos—. Veamos qué tiene que contarnos.

7 de mayo

Una extraña llamada

Hacia cinco minutos el reloj de pared que tenían en aquella sala había marcado la medianoche.

Paloma, la telefonista del conocido «teléfono de la droga» estaba leyendo un libro sobre Egipto cuando sonó el teléfono.

A aquellas horas de la noche el teléfono no solía sonar. Generalmente, la línea recibía algún tipo de información sobre algún punto de venta que debía ser cerrado. La mayoría de las veces, vecinos de zonas conflictivas daban el aviso de manera anónima para que la policía limpiase de traficantes y de yonkis sus barrios.

Paloma estaba acostumbrada también a algunas bromas, como cuando alguien llamaba para preguntar dónde podía comprar heroína o marihuana a buen precio. Automáticamente colgaba el teléfono.

En aquella ocasión, sin embargo, la telefonista atendería una llamada única en toda su vida.

El Teide Integrado de doce memorias de marcación directa que había sobre el escritorio emitió su característico tono de llamada.

—Buenas noches —dijo Paloma levantando el auricular—. Teléfono de Información sobre Drogas. ¿En qué puedo ayudarle?

—Oiga, quiero decir una cosa —dijo una voz masculina al otro lado del hilo telefónico—. Sé dónde hay una muerta.

—¿Perdón? —preguntó la telefonista sorprendida.

—Una muerta. Una chica. Es una tía que está relacionada con los chicos de Mestre, esos que aparecieron muertos.

—Dígame su nombre.

—No, no. Escucha: a esa chica la ha matado un tío que se llama El Bichita.

—¿El Bichita? ¿Cómo sabe usted eso? ¿Ha visto el cuerpo? —preguntó Paloma.

—Escucha... no tengo tiempo. Vive en el barrio de El Carmen, tiene en su casa un millón de calas por la venta de drogas y él ha matado a la chica.

La llamada se cortó.

Paloma anotó en un cuaderno lo siguiente: Muerto. Chicos Mestre. Bichita. El Carmen.

Era la primera vez que alguien llamaba para comunicar la aparición de un cadáver, pero no era nuevo el hecho de que alguien diera un chivatazo y colgase de repente.

Automáticamente, pulsó la tecla M4. El teléfono marcó el número grabado en la memoria.

Al otro lado apareció la voz de un responsable del C.O.S, el Centro Operativo de Servicios de la Guardia Civil.

—Hola, buenas noches. Mire, le llamo del Teléfono de Información sobre Drogas.

—Sí, dígame —le dijo un guardia civil.

—Pues verá, acabo de recibir una llamada de un hombre diciendo que ha encontrado el cadáver de una chica relacionada con los chicos de Mestre.

—¿Le ha dicho dónde está el cuerpo? —preguntó el guardia.

—No me lo ha dicho, se ha cortado la llamada. Pero me ha dicho que ha sido un tal Bichita, que vende droga, que tiene un millón de pesetas por venta de sustancias y que vive en el barrio de El Carmen.

—Bichita, de El Carmen —dijo el guardia civil mientras golpeaba las teclas de una máquina de escribir—. Bueno, de momento no sé si podremos proceder. Con solo esta información...

—Sí, lo sé. Pero, bueno... era para que ustedes lo supieran.

—Vale, yo paso esta información a mis superiores para que abran diligencias.

—Que, a lo mejor —dijo Paloma—, es una broma; pero yo he pensado que deberían saberlo.

—No se preocupe, ha hecho bien. ¿Algo más? —dijo solícito el guardia.

—No, eso es todo. Gracias.

—Gracias a usted, buenas noches.

—Buenas noches. Adiós —colgó Paloma.

Volvió a coger el libro sobre Egipto y continuó leyendo durante más de una hora hasta que volvió a sonar el teléfono.

—Teléfono de Información sobre Drogas. Buenas noches —dijo mecánicamente la telefonista.

—Soy yo otra vez —dijo una voz.

Paloma se incorporó de golpe, tomó lápiz y papel.

—No cuelgue, por favor.

—Que se me ha cortado la llamada... —dijo la voz—. El Bichita está metido en el ajo.

—Lo sé, lo sé —dijo Paloma—. ¿Dónde está el cuerpo?

—En la carretera que va de Garronte a Urís. Sobre el kilómetro 3, más o menos.

—Espere, que lo apunto —dijo Paloma mintiendo, pues ya lo había anotado, pero así quizás conseguía ganar tiempo. Notaba la voz del interlocutor agitada—. Señor, tiene que decirme cómo se llama usted...

—¿Para qué?

—Pues para saber que esto no es una broma. Nadie sabrá que usted ha llamado aquí, se lo garantizo.

—No, no. Paso —dijo la voz.

—Vale, vale. Para saber que no es broma, ¿puede decirme algo más?

—Pues eso, que la chica que está muerta está relacionada con los chicos esos que aparecieron hace unos meses. Y que el Bichita vende mucha droga.

—¿Por qué no llama mejor a la policía? —preguntó Paloma.

—No puedo... porque... podría peligrar mi vida.

—¿Y cómo sabe usted que esa chica muerta era amiga de los otros chicos?

—Porque me lo dijo el mismo Bichita, el cabrón. Se le escapó y me lo dijo. El cuerpo está en un canal, a la izquierda de la carretera, ¿de acuerdo?

—A la izquierda de la carretera —dijo Paloma anotando la información—. Vale, pero creo que

podría denunciar esto anónimamente a la poli...

—Que no, joder. Que yo lo único que quiero es hacer justicia. Y así ya se resuelve el caso de una vez porque no han descubierto nada. Lo dicen los periódicos.

—Vale, de acuerdo. No sé... ¿algo más?

—Nada, nada. Hasta luego.

Y la llamada se cortó de nuevo, esta vez posiblemente por voluntad del interlocutor.

Paloma respiró hondo y volvió a llamar al C.O.S

Al segundo tono escuchó la misma voz que antes.

—Centro Operativo de Servicios, adelante.

—Oiga, soy yo de nuevo —dijo Paloma—. He hablado antes con usted.

—¿Del Teléfono de la droga? Sí, diga, diga.

—Me ha vuelto a llamar el mismo tipo. Me ha dado más información —dijo la telefonista.

—Usted dirá —le pidió el guardia civil.

—El cadáver está en la carretera de Garronte a Urís, en el kilómetro 3. Dice que está en un canal a la izquierda.

—Vale, recibido. Paso la información. Gracias.

Investigación de la llamada recibida

El suboficial al mando en aquel momento del Centro Operativo de Servicios de la Guardia Civil entró en su despacho seguido de otro guardia.

—¿Anoche, dice usted? ¿Sólo dijo eso?

—Sí, señor. Hace seis horas. Indicó la situación de un cadáver y nos dio el nombre del presunto culpable. Un tal Bichita, un mote; pero es cuestión de mirar en nuestra base de datos. Seguro que lo tenemos fichado por tráfico de drogas. Llamó desde una cabina, dos veces. Debió de quedarse sin dinero...

—Pero no llamó las dos veces de seguido ¿no es así?

—No, señor. Entre una llamada y otra pasó algo más de una hora.

—¿Por qué tardó tanto en hacer una llamada y otra? —se preguntó el suboficial—. Quizá se quedó esperando para ver si acudíamos a donde él nos indicaba. O bien llamó al rato dudando de algo... Con un par de pesetas puedes hacer una llamada de corta duración, ¿por qué tardaría en llamar por segunda vez?

—Intentaremos averiguar desde qué cabina llamó, pero nos llevará tiempo. Necesitamos la autorización de un juez para pedir la información a Telefónica...

—De acuerdo, pero mientras tanto... no perdamos tiempo: que envíen a una patrulla a esa carretera y que echen un vistazo.

—Sí, señor.

—Y averigüen quién es ese Bichita —dijo el oficial.

—A la orden.

Una patrulla de Tráfico

Km 3 de la carretera de Garronte a Urís

El Citroën logotipado blanco y verde de la Agrupación de Tráfico se dirigía al lugar indicado por radio. El aviso les había entrado a ellos por hallarse a muy poca distancia del punto kilométrico descrito por una persona que decía saber dónde se encontraba el cuerpo de una mujer relacionada con unos chicos encontrados muertos hacía casi cuatro meses.

—La sociedad está cada vez peor —dijo el guardia civil Carlos—. ¿Sabes que desaparecen en esta zona unas diez personas al mes?

—Eso me dijeron cuando me destinaron aquí —confesó Luis, un joven guardia recién salido de la Academia—. ¿Pero no es encontrada ninguna?

—Es que esto tiene tela —explicó su compañero—. Verás: hay personas que no «aparecen» cuando deberían hacerlo. Amigos o familiares denuncian la desaparición... y como a veces lo hacen ante los Nacionales y otras veces a nosotros, pues esto es un lío; porque no cruzamos datos. Si lo hiciéramos, todos buscaríamos a esas personas; pero, tal cual está montado esto, puede que nosotros busquemos a alguien que la Policía Nacional no sabe que ha desaparecido y viceversa.

—Eso también pasa con los que están en busca y captura ¿no?

—Pero no siempre. Lo que ocurre es que con los desaparecidos se pone en evidencia los fallos de este sistema. Me dijeron hace tiempo que al año desaparecen más de dos mil personas en toda España —dijo Carlos.

—Joder. ¿Tantas?

—A eso voy —dijo impaciente el guardia civil—. Una persona se considera desaparecida cuando nadie sabe dónde está. Muchos se han ido de farra o se han ido a otro pueblo durante la borrachera y al despertar de la resaca, aparecen. Y nadie sabía, ni ellos mismos, dónde estaban. Como han aparecido voluntariamente, muy pocos familiares retiran la denuncia, por lo que oficialmente siguen desaparecidos hasta que alguien subsana el error. Pero hay otros que no se encuentran nunca. Son «desapariciones inquietantes», las llaman así. Y no damos abasto —se quejó—. Incluso sé que en ocasiones hay que pedir refuerzos de otras compañías si no hay agentes disponibles en un puesto determinado... Necesitamos ser más guardias para cubrir más terreno. Y tener mejores medios; por ejemplo: tenemos la suerte de tener este coche, todavía usamos los Santana o los Renault 4, que tienen la tira de años... Y eso que están dotando al Cuerpo con unos todoterrenos de la Nissan que dicen que son de lo mejor.

—Los Patrol —dijo Luis.

Su compañero asintió.

—En fin, necesitamos mejores medios. Y perfeccionar algunos protocolos.

—Y estar mejor pagados —dijo el novato sonriendo—. Un municipal cobra el doble que nosotros y trabaja al lado de su casa. A mí me han destinado aquí, a trescientos kilómetros de mi familia.

—Acostúmbrate, compi —dijo Carlos—. Es lo que hay. Hacemos lo mismo, pero por menos dinero. Qué asco de país ¿eh?

—Pero para eso estamos nosotros —dijo Luis ilusionado—. Para protegerlo, para ayudar y

evitar que se vaya más a la mierda.

—Así me gusta —dijo contento su compañero.

El coche patrulla aminoró la velocidad y se detuvo al lado del hito que marcaba el km 3.

Carlos encendió los intermitentes y conectó la luz rotatoria azul de la sirena del vehículo.

—Pues este es el kilómetro 3... —dijo Luis—. ¿Dijeron que estaba a la izquierda de la carretera?

—Sí.

—Pues esto es enorme. Son todo campos de cultivo, sendas agrícolas, huertos y la carretera. ¿Por dónde empezamos? —quiso saber el joven guardia.

—Vayamos hacia el canal de agua —le respondió el compañero—. Hay una tubería que atraviesa los campos desde el pantano. Algunos tramos están soterrados.

Los dos guardias civiles se alejaron del coche varios metros, adentrándose en tierras de cultivo. A unos sesenta metros de separación de la carretera, vieron que había una tubería semienterrada.

—Aquí está —dijo Carlos.

Luis miró hacia la izquierda y luego hacia la derecha.

—Joder. ¿Seguimos la tubería hacia un lado o hacia otro?

—Vete tú hacia allí —le dijo Carlos señalando con la mano— y yo para el otro lado. Unos cien metros. Mira bien a un lado y a otro de la tubería.

—Vale, me subiré a ella —dijo Luis colocándose sobre la estructura circular—. Así miro a ambos lados y desde una posición más elevada.

Cada uno de los guardias civiles se marchó en una dirección. Ninguno de los dos vio nada y volvieron hacia el coche.

—Yo no veo ningún cuerpo —dijo Luis—. Si aquí trabajan agricultores, alguien tendría que haber visto algo.

—Sí. Yo creo que se trata de una broma.

—De todas formas, es que... kilómetro 3, a la izquierda de la carretera, al lado de un canal de agua. No es tan fácil —se quejó Luis—. Estamos en mitad del campo.

—Si tiraron el cuerpo desde un coche, no habría llegado hasta el canal —dijo Carlos—. Imagino que lo tuvieron que arrastrar desde la carretera hasta aquí... Pero aquí no hay nada.

Identificado El Bichita

Comandancia de la Guardia Civil

A las seis de la tarde un guardia civil llamó a la puerta del despacho del capitán Santos.

—Capitán, ¿da su permiso?

—Entre, entre —pidió Claudio—. ¿Sucedo algo?

—Acabamos de recibir un fax del C.O.S, al parecer tienen algo que nos puede interesar.

El uniformado le entregó dos hojas impresas al capitán. Este las leyó detenidamente.

—Llame a Martín y a Muñoz —ordenó el capitán.

—Sí, señor.

El guardia civil se dirigió al despacho de la Unidad de Policía Judicial, situado en el ala derecha del edificio.

—Santos os quiere ver —dijo.

Pedro y Alfonso siguieron al compañero hasta la oficina del capitán.

—Han enviado esto para ustedes.

Alfonso cogió el informe.

—Una llamada en relación con los chicos —dijo sorprendido.

—¿Qué pone? —quiso saber Pedro.

—Se recibieron dos llamadas, una a las doce y cinco de la noche y otra a la una y veinte. Un fichado por tráfico de drogas parece estar relacionado con los asesinatos.

Alfonso le entregó el fax a Pedro.

—Con antecedentes —leyó Pedro—. Tráfico de drogas, robo, resistencia a la autoridad, abusos deshonestos... Juan García Parra, conocido también como Bichita. Espero que tengamos más suerte que con el amigo del Miguelo. Ese tipo estaba limpio...

—Quiero que investiguen a este otro —les pidió el capitán—. Antes de hablar con él, pónganle vigilancia para tenerle controlado. Hablen, de momento, con su entorno. Si alguien le avisa de que estamos tras su pista, veremos si hace algo raro o si se pone nervioso. Quizás tenga cómplices...

—Le diré a Fran que nos busque todo lo que encuentre sobre este tío, aunque con esto —dijo Pedro agitando el informe— creo que tenemos bastante. Una vez localizado, nos pegaremos a él como el calzoncillo al culo.

8 de mayo

El Bichita y su entorno más cercano

La tarde anterior, los dos equipos de la Unidad de Policía Judicial de la Guardia Civil habían obtenido toda la información del sujeto al que una llamada anónima acusaba de estar detrás de la muerte de los chicos de Mestre; nombre con el que la prensa había bautizado a los jóvenes.

Esa misma llamada había descrito también que había un tercer cuerpo. A ninguno de los investigadores les extrañó: Patricia no había aparecido y aquello tenía toda la pinta de ser el desenlace que todos esperaban desde hacía un tiempo.

Francisco pudo saber que Juan García Parra, El Bichita, era un viejo conocido de la Policía Local y de la Guardia Civil. El sujeto vivía con otro conocido de la policía, Ricardo Antúnez; conocido como Calini. Esta persona, a su vez, tenía un hijo que también vivía con ellos.

Los tres habían sido detenidos en alguna ocasión juntos por cometer diversas fechorías. Otra familia de delincuentes.

Conociendo la dirección en la que residían, decidieron vigilar de cerca el domicilio, máximo dos hombres y por separado para no levantar sospechas.

Aquel lunes, Calini salió de su casa para ir al punto de venta de drogas que él solía utilizar para adquirir heroína.

Al doblar la esquina de la calle, notó alguien a su espalda.

—Ricardo —le llamó un hombre.

Calini se detuvo y vio cómo otro hombre se colocaba ahora detrás de él.

—Guardia Civil —dijo el hombre sacando un portaplacas y enseñando sus credenciales—. Tiene que acompañarnos.

—¿Por qué? Si no he hecho nada.

Pedro le agarró del brazo, lo mismo que Alfonso.

—Tenemos que hacerle algunas preguntas —dijo Alfonso—. El coche está cerca. Vamos.

Los tres subieron al Citroën. Pedro en el asiento del conductor. Alfonso y Calini detrás.

—Es mejor que colabores —le dijo Pedro—. ¿Quieres que hablemos aquí o en el cuartel?

—Me da igual. No he hecho nada, madero.

Alfonso le dio un golpecito en el hombro.

—Guardia, agente o señor. Nada de madero. Los maderos, en todo caso, son la Policía, no nosotros.

—Bueno, es una forma de hablar...

—Pues habla mejor y no te pases de listo —le dijo Alfonso.

—Bueno, bueno. Vale —dijo con pasotismo el Calini—. ¿Qué queréis preguntar?

Pedro abrió la guantera del coche y sacó una carpeta. Cogió de ella una fotografía de Bichita.

—¿Conoces a este hombre?

—Sí. Es el Bichita —dijo Calini.

—¿De qué le conoces? —dijo Alfonso.

—Pues de que él, su mujer y el crío han vivido en mi casa unos dos meses y medio.

—¿Solo le conoces de eso? —quiso saber Pedro.

—Bueno, de eso... y de que somos amigos. Por eso le dije que podía vivir con nosotros.

—¿Y por qué vivía con vosotros? —preguntó Alfonso.

—Estaban en otra casa y no sé qué rollo pasó que... bueno, que no tenían dónde vivir. Y entonces yo les dije que si me pagaban un alquiler podrían vivir en nuestra casa. Yo necesito la pasta, por eso le ofrecí mi casa.

—¿Te pagaba siempre? —preguntó Pedro.

—Sí. Bueno, él no —se explicó Calini—. No tenía mucho dinero, casi nunca. O al menos a mí me decía eso. El alquiler lo pagaba su suegra. A mí me da igual quién me dé la pasta siempre y cuando me paguen.

—Dices que estuvo viviendo dos meses y medio —dijo Alfonso—. ¿Ya no está contigo?

—No. En abril dejó de pagarme el alquiler. Le pedí que se fuera, que no podíamos ser tantos en mi casa y sin cobrar un duro...

—¿Dónde vive ahora? —quiso saber Pedro.

—No tengo ni idea.

—¿Lo has vuelto a ver? —inquirió Alfonso.

—No —dijo Calini, pero notó que los guardias civiles no le creían—. Coño, os digo la verdad. A mí no me gustaba mucho tratar con él... Bueno, quiero decir... Le conocí hace cinco años o así. Le molaba lo de robar coches y tal. Y era muy pendenciero el cabrón... Se metía jaco, más que yo. Y su mujer igual. Si queréis saber dónde está él, preguntad a su mujer —dijo Ricardo.

—¿Y dónde está su mujer? —preguntó Pedro.

—En un bar que se llama Los Corales. Bueno, en el bar en sí, no sé... Es puta.

—¿Se dedica a la prostitución? —preguntó Alfonso tomando nota de todo.

—Sí. Siempre está por allí, creo. O por la zona, no lo sé.

Pedro le enseñó un folio con un número de teléfono.

—¿Sabes qué número es este?

—Ni idea —dijo Calini.

—¿No has oído hablar del Teléfono de la droga?

—Ah, sí. He oído algo —dijo Calini—. Pero no lo conozco. No lo uso.

—Una cosa más, Ricardo —dijo Alfonso—. ¿Has oído algo sobre unos chicos que han aparecido muertos cerca de Mestre? Concretamente, en las casitas que hay en la Partida de Cuerno. ¿Te suena de algo?

—Pues no —dijo Calini extrañado—. No escucho las noticias.

Los dos guardias civiles guardaron silencio unos momentos.

—Vale, puedes irte —dijo Pedro.

—Y no te metas en líos —le advirtió Alfonso.

Calini abrió la puerta del coche y salió a la calle. Sonrió y se marchó.

26 de mayo

A las afueras de la población de Urís

Habían transcurrido dieciocho días desde que la Guardia Civil había interrogado a uno de los amigos del Bichita.

Habían transcurrido dieciséis días desde que los investigadores habían dado con una persona que conocía a la mujer del Bichita.

Y desde hacía diez días habían localizado tanto al Bichita como a su mujer. Ninguno de los dos llevaba una buena vida, pero tampoco un comportamiento sospechoso.

Ambos equipos de la Unidad de Policía Judicial de la Guardia Civil se turnaban para vigilarles. Por lo general, el Bichita se quedaba en casa o iba a comprar droga. Su mujer podía hacer lo mismo o salía para dedicarse a la prostitución.

Las ordenes eran claras: mantener la vigilancia y no intervenir de momento.

Llegó aquel viernes 26 de mayo. Mientras los hombres de Martín y Muñoz vigilaban a la pareja, a las afueras de Urís, pueblo situado a veinte kilómetros de allí, había un grupo de niños ajenos a todo esto.

Se trataba de cuatro amigos que no habían tenido clase aquel día y decidieron coger sus bicicletas y explorar las afueras de la población.

Decidieron dirigirse hacia la cercana población de Garronte, pero no lo harían por la carretera que unía ambos municipios, sino que prefirieron hacerlo a través de los campos. Era mucho más emocionante.

Los cuatro chavales se separaron de la vía de comunicación unos quinientos metros, porque así estaban en un terreno más inexplorado.

Tras media hora de pedalear por entre los sembrados, llegaron a una zona en la que encontraron un canal de riego.

Cada cien metros, la tubería de un metro y medio de grosor se enterraba en el suelo.

Cada cincuenta metros, la mitad de dicha tubería sobresalía de nuevo.

Todo ello era observado por los jóvenes exploradores, testigos de una aventura trepidante lejos de sus casas.

Llegaron a una zona de cultivos en la que la tubería desaparecía y daba lugar a una canalización al aire libre por la que no discurría mucha agua.

Decidieron dejar las bicis allí y meterse en el canal, de una anchura aproximada de dos metros.

—Si tuviera agua, podríamos pescar desde la orilla —dijo uno de los chavales.

—Pero si no hay peces, tío —le dijo uno de los amigos.

—¿Y si nos metemos por esa tubería? —preguntó un tercero colocándose una gorra roja con la visera hacia atrás.

—¡Guay! —exclamó el cuarto.

A pocos metros de donde estaban, uno de los tramos soterrados de la tubería se adentraba en la tierra.

—Calculo que del suelo del canal a la orilla hay unos dos metros de altura —dijo uno de los chavales.

—¡Anda, flipao'! —rio uno de los amigos—. No hay ni un metro...

—Bueno ¿qué más da cómo de profundo es el canal? Yo quiero meterme en la tubería —dijo un chaval—. Parece un pasadizo secreto.

—Pues la han cerrado con una verja, mirad.

Efectivamente, el final del tramo soterrado tenía una puerta de barrotes de color verde, con óxido, cerrando el acceso al interior de la tubería.

—Lo han puesto para que no entremos —se quejó uno de los niños.

—A lo mejor es para que solo pueda salir el agua y no algo que pueda estar dentro de ella —dijo misterioso uno de los chavales.

—¿Os imagináis que encontramos algo dentro de la tubería? —dijo temeroso otro.

Uno de los amigos le empujó a un lado mientras se reía.

—Anda, mariquita. Qué cagado eres...

Los cuatro niños se acercaron a la entrada de la tubería y vieron que simplemente subiendo la reja hacia arriba, como si fuera el maletero de un coche, el acceso al interior de la tubería quedaba libre.

Comprobaron que la reja oxidada podía subir y bajar, no fuera que se quedaran encerrados dentro sin poder salir.

Entre risitas nerviosas, decidieron entrar. Como buenos exploradores, habían traído cada uno una linterna.

—No veo nada —se quejó uno—. Aquí solo hay barro.

—Bueno, a lo mejor hay un pasadizo secreto.

—Yo creo que al final del túnel... ¡Dios!

No pudo terminar la frase.

Uno de los chavales se había tropezado con una piedra, lo que provocó la risa de los demás.

Continuaron andando y apartando ramas, manchándose de barro y sorteando algunas piedras, posiblemente arrastradas por la corriente cuando el canal de agua tenía suficiente caudal.

Siguieron conjeturando sobre lo que podrían encontrar en el interior de aquel túnel y sobre a dónde los llevaría, cuando los haces de las linternas iluminaron un bulto oscuro en el suelo.

—¡Joder, tíos! —gritó uno de ellos—. ¿A qué huele?

—Huele a mierda eso que hay ahí. ¿Qué es?

Los cuatro exploradores se acercaron unos pasos más y entonces lo vieron.

Se trataba de los restos de lo que parecía haber sido una persona.

Los exploradores salieron corriendo, llegando al exterior de la tubería gritando.

—¡Hay que avisar a mi padre, vamos! —dijo uno de ellos.

Se montaron en sus bicicletas y fueron corriendo al cuartel de Urís.

Pedaleaban lo más rápido que podían.

Los niños de once años entraron corriendo en el puesto de la Guardia Civil y un guardia les regañó en la entrada.

—¡Eh, eh! ¿Qué hacéis aquí?

—Mi padre es guardia civil —dijo uno de los chavales—. ¿Está por aquí? ¡Ha pasado algo!

—¿Cómo? —preguntó el uniformado—. ¿Qué es lo que pasa?

—Hemos visto algo muy malo —dijo otro de los exploradores.

—¿Qué os pasa? —quiso saber el guardia.

—¡Que hemos encontrado un muerto! —dijo otro.

Entre Urís y Garronte

13:30 horas

El Citroën BX conducido por Alfonso y el Seat 131 conducido por Pedro llegaron al lugar en el que hacía dos horas unos chicos habían encontrado un cadáver.

De momento era pronto para asegurar que aquellos restos humanos fueran los de Patricia Ballester, pero hacía dos semanas habían recibido una llamada en la que se les indicaba dónde podrían encontrar un cuerpo relacionado con los chicos de Mestre y ese lugar, aunque distante varios kilómetros con respecto a lo que decía la fuente anónima a través del teléfono, era justo como se había descrito: a la izquierda de la carretera, en un canal de riego.

Los dos vehículos se detuvieron junto a los todoterrenos logotipados que habían llegado antes. De los coches bajaron Pedro, Francisco y Manuel. Miguel iba con Alfonso. Juan y Jesús no los acompañaban al estar vigilando al Bichita.

Unos cuantos periodistas intentaban conocer más detalles sobre el hallazgo.

Los uniformados les impedían acercarse más de la cuenta.

—¿Saben qué ha podido pasar?

—¿Qué es lo que ha pasado?

—¡Una pregunta, por favor!

—¿Pueden darnos algo de información?

Los investigadores hicieron oídos sordos ante las preguntas de la prensa.

—Kilómetro trece del canal de riego —dijo Francisco—. ¿No dijo el tipo de la llamada que era el kilómetro tres?

—Kilómetro tres... de la carretera —detalló Manuel—. No especificó más el lugar... Creo que estamos a unos cinco kilómetros de donde inspeccionó la patrulla. La llamada dijo claramente «kilómetro tres de la carretera», no dijo nada del canal de riego...

—A lo mejor la corriente del agua arrastró el cuerpo hasta aquí —dijo Miguel.

—Yo apostaría a que no quiso precisar el lugar exacto —indicó Alfonso—. Supongo que si daba muchos detalles sería sospechoso.

Pedro se acercó a uno de los oficiales.

—Hola. Somos los encargados del caso. ¿Quién ha encontrado el cuerpo?

—Fueron unos niños pequeños. Estaban por aquí, explorando el campo —dijo el oficial—. Vieron que el canal de riego no tenía agua y decidieron meterse por dentro de la tubería. A 25 metros de la entrada, en un tramo subterráneo, encontraron un cadáver. Estamos esperando a que venga el juez para proceder.

—¿Han encontrado algo más? —quiso saber Pedro.

—El forense está ahora mismo dentro —indicó el oficial.

Los investigadores bajaron al canal y se agacharon a la entrada de la tubería.

A lo lejos veían la luz de la linterna del forense y algunos flashes de la cámara de fotos.

A los pocos minutos salió el forense con un mono impermeable de color blanco lleno de barro.

—Buenas tardes —les saludó.

—Hola. ¿Qué ha visto? —preguntó Alfonso.

—Sin duda se trata de unos restos humanos. No hay mucho espacio, por eso he sacado unas fotografías y les ahorro entrar —indicó el perito—. Pero, una vez extraído el cuerpo, habrá que fotografiarlo con mejor luz.

—Voy a sacar fotos del lugar —dijo Miguel cogiendo la cámara.

—Pues díganos —pidió Pedro—. ¿Se trata de una mujer, por casualidad?

—No puedo saberlo en estos momentos. Solo está vestida de cintura para arriba. La entropierna parece que ha sido completamente destruida... Casi todo el cuerpo es una masa de jirones de piel y ropa sucia. El rostro está prácticamente esqueletizado. He comprobado cómo le falta una mano y parte de la pierna.

—¿Le faltan dos miembros? ¿Por acción de un animal? —dijo Francisco.

—Juraría que no, es un corte muy limpio. Pero habrá que esperar a que le haga la autopsia. Está francamente en mal estado... La cabeza está separada del tronco, pero por acción de la putrefacción.

—¿Cuánto tiempo diría que lleva aquí? —dijo Manuel.

—No se ha movido en mucho tiempo, quizás porque el caudal de agua no ha sido muy elevado... Y si lo ha sido, no ha movido del todo el cadáver. Calculo, y solo por lo observado ahí dentro, que llevará más de tres meses. Podré precisar más cuando lo tenga en el Anatómico Forense.

A lo lejos oyeron cómo se acercaba un coche.

—Deben de ser el juez y el secretario judicial —dijo Miguel desde fuera del canal.

27 de mayo

Instituto Anatómico Forense

9:00 horas

Sobre la mesa de autopsias estaban los restos hallados en el interior de la tubería el día anterior.

El cadáver había sido encontrado en decúbito supino, con la cabeza girada hacia el lado izquierdo y separada del torso. Las vértebras, intactas, indicaban que la separación se debía a efectos de la putrefacción, descartando que el cuerpo fuera decapitado por acción humana.

Todo el cadáver estaba en avanzado estado de descomposición, aunque llamaba poderosamente la atención el hecho de que le faltaba parte del miembro inferior derecho y la mano izquierda.

El cuerpo estaba vestido con un jersey de cuello alto de cremallera, de color morado.

El forense observó que las mangas del jersey estaban enrolladas sobre sí mismas. Daba la sensación de que era de una talla mayor a la que tendría que usar la persona que lo llevaba puesto. Quizás fuera una moda...

Vestía también dos camisetas, una de color azul y otra de color negro.

El médico forense también vio un calcetín de lana, de color rojo, que estaba vuelto sobre sí mismo como las mangas del jersey.

Las piernas, completamente desnudas, estaban en avanzado estado de putrefacción, pero lo que realmente le llamó la atención fue la entrepierna. A su juicio, alguien había intentado borrar cualquier forma de saber si se trataba de un hombre o de una mujer, puesto que habían destrozado el aparato reproductor de la persona. Posiblemente también lo hubiera hecho con la intención de ocultar si se había cometido una violación. Tampoco era descartable el ensañamiento sádico...

Tras un análisis más minucioso, el forense encontró los restos del útero.

Se trataba, por tanto, de una mujer.

Respecto al rostro, el médico forense descubrió que el maxilar superior izquierdo estaba también destruido. Completamente destrozado.

Fue en ese momento cuando comprobó detenidamente las marcas del hueso de la tibia. Luego comprobó el corte de la mano izquierda y volvió al rostro.

Las muescas de lo que quedaba del extremo de los huesos mostraban los mismos tipos de marcas. Alguien había cortado la mano, parte de la pierna y destrozado el rostro usando una sierra mecánica.

Era imposible esclarecer la causa última de la muerte. Las graves lesiones provocadas por la sierra serían mortales de necesidad, pero quizá la víctima había sufrido otra lesión antes de recibir el daño producido por la potente hoja afilada.

La datación del óbito indicaba que la mujer había muerto aproximadamente hacía cuatro meses.

El forense, tras examinar el cadáver durante dos horas, salió de la sala de autopsias.

En el pasillo se encontraban dos de los guardias civiles que habían estado en la escena del crimen.

—¿Es una mujer, verdad? —preguntó Manuel.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó el forense.

—Después de que se marchara, uno de nosotros encontró unas bragas negras en el interior de la tubería. No sabíamos si pertenecían al cadáver o de si era simplemente basura. También encontramos la funda de un machete.

—Puedo examinar si quieren esos objetos... Sobre la identificación del cuerpo les advierto que es imposible tomar huellas y no tiene rostro: una mitad está destrozada por una sierra y la otra está descompuesta. Tiene poco pelo a ambos lados de la cabeza, creo que llevaba un corte tipo cresta. Pero, aparte de eso...

—Joder. Qué mal... —se lamentó Miguel—. La familia tendrá que identificar la ropa.

—Haré que se la entreguen.

—¿Ha averiguado la causa de la muerte? —quiso saber Manuel.

—No. Las heridas provocadas por la sierra mecánica han podido borrar otras lesiones anteriores... Pero les puedo decir que murió en enero —contestó el forense.

—Otra autopsia blanca... —se quejó Miguel.

—Sin embargo, hay algo que me ha llamado la atención. Tengo que consultarlo con otros informes, pero... es mucha casualidad.

—¿De qué se trata? —preguntó Manuel.

—Hace un par de meses creo que hubo un peritaje de un pie encontrado en plena calle. Un pie amputado, tal cual. Y a este cadáver le falta un pie... Tengo que comprobar si ambos restos están relacionados.

—¿Cuánto tardará en comprobarlo? —preguntó Miguel.

—Busco el expediente, compruebo si los huesos coinciden y les diré algo mañana o pasado.

—Estupendo —dijo Miguel.

30 de mayo

Comandancia de la Guardia Civil

Los siete investigadores y el capitán Santos se encontraban en una amplia sala de reuniones.

—Veo que su despacho se les está quedando pequeño —bromeó el capitán.

La mesa alargada de la estancia estaba repleta de informes, carpetas, fotocopias, cajas con objetos personales de las víctimas en bolsas plastificadas y blocs de notas.

—¿Cómo va la investigación? —preguntó Santos.

—Hace cuatro días se encontró el cadáver de una mujer. No se ha podido identificar. Según el forense, llevaba muerta desde enero —dijo Alfonso—. Han estado analizando algunas partes del cadáver y varias prendas de ropa. Las pertenencias que nos pudieron entregar después se las enseñamos ayer al padre de Patricia.

—Y este nos dijo que no reconocía para nada las prendas que le enseñábamos —dijo Pedro—. Pensamos que o bien el padre no sabía la ropa que tenía su hija o que la ropa del cadáver no era suya: al parecer, solía vestir como una punki... Y la ropa con la que fue encontrada no corresponde a alguien con ese estilo. Le pedimos que nos dijera si su hija tenía alguna característica física que pudiera ayudar a identificarla.

—¿Qué les dijo? —preguntó Santos.

—Que tenía una cicatriz en la pierna izquierda. Llamamos a la morgue y le preguntamos al forense si había visto alguna cicatriz en el cuerpo —dijo Pedro—. Nos dijo que era imposible ver algo así en el estado en el que estaba el cadáver.

—Sin embargo, el padre sí que sabía el grupo sanguíneo de su hija —dijo Alfonso—. AB+.

—Y me imagino que el cadáver es AB+.

—Así es, capitán.

—Pero eso no nos basta —dijo Santos paseando por la sala.

—Ahí es donde entro yo, capitán —dijo Francisco—. He estado buscando entre las denuncias de personas desaparecidas. Concretamente, todas las que hubieran desaparecido en fechas próximas a las de nuestra investigación.

—¿Y encontró algo?

—Hay quince chicas en paradero desconocido —dijo Fran—. Y ninguna coincide con Patricia. De su edad, en concreto, solo cuatro.

—Pero eso tampoco es suficiente —dijo Santos—. Ni siquiera su padre había denunciado la desaparición.

—Eso es cierto, pero al menos sabemos que, de las quince chicas que no han regresado aún, ninguna de ellas es la que encontramos: altura, el corte de pelo... Por descarte, yo diría que sí se trata de Patricia.

Miguel se encendió un cigarrillo.

—De momento, tenemos un grupo sanguíneo que coincide y una fecha de la muerte parecida a la de Raquel y Valentín —dijo soltando el humo—. ¿Cuántas chicas han dejado de ser vistas en enero, con el mismo tipo de sangre y que estén muertas? Yo también creo que se trata de ella.

—¿Han sabido algo más sobre la vida de esa chica? ¿Han hablado algo más con el padre? —preguntó el capitán Santos.

—Lo hicimos —dijo Alfonso—. Las primeras veces no estaba muy colaborador. Ahora quizás está teniendo cargo de conciencia. Nos dijo que su hija iba a un colegio religioso. Concretamente, al Colegio Santo del Niño Jesús. Juan y Jesús fueron allí y preguntaron por ella.

Jesús tomó la palabra.

—El colegio disponía de una pequeña enfermería. Por suerte, tenían una ficha abierta a nombre de Patricia Ballester. En ella se especifica que la chica tenía un problema en la mandíbula y llamamos al forense.

—Curiosamente —dijo Juan—, el perito examinó lo que quedaba de la mandíbula de la chica y nos dijo que ya había visto en su análisis algo al respecto —cogió su cuaderno de notas y leyó—: «Leve patología en el lado derecho de la articulación temporomandibular que provocaría en vida un chasquido o tendencia a la subluxación».

—Así que otra coincidencia —dijo el capitán.

—Yo encontré más sobre ella —dijo Manuel.

—¿Qué descubrió usted? —preguntó el capitán Santos.

—Ayer mismo pude localizar a algunos de los amigos de esa chica. No habíamos dado con ellos hasta entonces —explicó Manuel—. Una adolescente me comentó que Patricia tenía la costumbre de hacerse llamar Leticia.

—¿Leticia? —se extrañó el capitán—. ¿Por qué se cambiaba de nombre?

—No me lo han querido decir... o no lo saben —respondió el investigador.

—¿Y eso cómo está relacionado con la investigación? —quiso saber Santos.

—Porque Alfonso y yo —dijo Pedro—, fuimos a hablar con el señor Farina, el camionero que les dejaba una casa para pasar los fin de semanas, y en el interior de esta vimos que alguien había pintado en una pared un corazón con el nombre de Leticia. Otra coincidencia más.

—De hecho —dijo Alfonso—, este detalle pasó desapercibido hasta ayer mismo, cuando supimos que Patricia a veces llegaba a firmar con el otro nombre.

El capitán suspiró y miró a los investigadores.

—Demasiadas coincidencias... Debe ser ella. Sin duda. ¿Qué ha hecho mientras ese sospechoso que tenían ustedes?

—¿El Bichita? —dijo Miguel—. No hace nada. Literalmente.

—¿Y qué es eso de un pie amputado? —preguntó el capitán ojeando un informe.

—Lo encontraron el 27 de enero en la calle Alcazar —dijo Pedro—. Creemos que es el pie que le falta a nuestro cadáver... A Patricia. Estamos esperando a que nos lo confirmen. Ya deberíamos saber algo, pero esto va a ser lento.

—No solo lo comprobará el forense del Anatómico sino también Toxicología —dijo Alfonso—. Para estar más seguros.

—Muy bien. Esperen a tener la confirmación, por si acaso es todo un cúmulo de casualidades; que no creo. Y en cuanto tengan la confirmación, hablen con el Bichita. Mientras tanto, no le pierdan de vista.

11 de junio

Toma de declaración a José Antúnez, el Bichita Comandancia de la Guardia Civil

Tras la casi confirmación de que el cuerpo encontrado en el canal de riego tenía que ser el de Patricia Ballester y tras confirmarse que el pie amputado hallado cuatro meses antes pertenecía a dicho cuerpo, la Guardia Civil llevó hacia las diez de la mañana, a las dependencias policiales, al principal sospechoso del caso y a su mujer.

Miguel y Manuel metieron al Bichita en la sala de interrogatorios.

Juan y Jesús hicieron lo mismo con la mujer en la sala situada enfrente.

Francisco se quedó tras el cristal de espejo de una de las salas y el Sargento 1º Montes en la otra.

Pedro entró para hablar con Bichita.

—José Antúnez. Soy Pedro Martín, sargento del grupo de Delitos contra las personas de la Guardia Civil—. Le hemos traído en relación con una investigación que llevamos a cabo desde hace unos meses.

—No entiendo nada...

—Hace unas semanas encontramos el cadáver de una mujer dentro de una tubería de riego que hay desde el pantano hasta Urís.

El Bichita no se inmutó al ver la foto que le ponían sobre la mesa.

—Alguien llamó unos días antes informando de la localización del cuerpo, aunque no lo indicó de manera correcta —dijo Pedro.

El Bichita guardó silencio.

—La persona que llamó al Teléfono de Información sobre Drogas le culpó a usted de matar a esa chica.

—¿Cómo dice? ¿Qué? ¿Yo? —preguntó sorprendido Bichita

—¿Sabe quién podría haberle relacionado con dicha muerte?

—No tengo ni idea de quién ha podido ser. ¡Yo no he hecho nada!

—¿Consume usted algún tipo de droga? —le preguntó Pedro.

—Sí —reconoció Bichita—. Me pincho caballo. Una vez al día. ¿Por qué?

—¿Vive usted con alguien? —preguntó Pedro como si no supiera la respuesta.

—Sí, con mi mujer y con mi hijo.

—¿En qué trabaja usted?

—De pintor. Me sale de vez en cuando alguna faena para pintar una casa...

—¿Los únicos ingresos que percibe usted son de trabajar como pintor?

—La hermana de mi mujer también nos ayuda en ocasiones —dijo Bichita.

—¿Y su suegra no les ha ayudado nunca económicamente?

El Bichita se sorprendió por la pregunta.

—Bueno, mi suegra... La verdad es que sí. También. ¿Cómo sabe...?

—¿A qué se dedica su mujer? —preguntó Pedro interrumpiéndole.

—Lo sabe perfectamente —respondió Bichita—. Gana unas tres mil pesetas diarias.

—¿Conoce usted unos hechos acontecidos en Mestre?

—Sí, por la prensa. Unos chicos que aparecieron muertos por la localidad.

—¿Conoce usted esa zona? —quiso saber Pedro.

—Conozco Mestre porque yo tenía una novia que vivía allí, pero hace años. Mestre, las casitas que hay en Cuerno y Vatoya de pasada.

—¿Mató usted a esos chicos?

—¡Qué dice! ¡No he matado a nadie! —gritó Bichita.

—Pues nos han dicho lo contrario: que usted sabía dónde estaba el cuerpo de una chica que era amiga de los que aparecieron en Mestre.

—No es verdad. ¿Quién les ha dicho eso?

—Dígamelo usted —dijo con sequedad Pedro.

—Pues... ¡yo que sé! Seguro que alguien que quiere hacerme daño con eso. Alguien que quiere joderme.

—Toma papel y lápiz —dijo Pedro más amable y cercano—. Quiero que me escribas aquí todos los nombres y apellidos o los mote de todas las personas con las que tú has podido tener algún problema. Piensa quién querría joderte y por qué. Lo apuntas y, cuando vuelva, hablamos.

Pedro se levantó, golpeó la puerta metálica y le abrieron desde fuera.

El Bichita se quedó mirando el lápiz y la hoja en blanco que tenía sobre la mesa.

—Es arriesgado dejar a un sospechoso con un lápiz con punta —dijo Montes observando a Bichita desde el otro lado del cristal.

Pedro sonrió entrando en el pequeño cuarto.

—Si lo coge y lo usa como arma, entonces es culpable. Y sabe de sobra que le estamos vigilando detrás del espejo. Si lo usa para intentar matarse, entonces también es culpable y le detendremos antes de que se desangre. Si lo coge y empieza a escribir... quizá tengamos algo.

La mujer de Bichita

Alfonso dejó un vaso de agua sobre la mesa. Se sentó al otro lado, frente a María del Milagro Pont.

—Su marido está en graves problemas —dijo el investigador.

—¿Qué ha hecho ahora? —preguntó al guardia civil.

—Es sospechoso de asesinato.

La mujer abrió los ojos de par en par.

—Sospechoso de asesinato o encubridor —dijo el sargento—. Por eso queremos hablar con usted.

María del Milagro dejó el vaso de plástico sobre la mesa y meneó la cabeza.

—¿Asesinato? ¿Pepe? —preguntó—. Se equivocan.

—Recibimos una llamada anónima diciendo dónde se encontraba el cuerpo de una chica —explicó Alfonso—. Y se daba el nombre de su marido. La persona que llamó decía saber por boca de su marido dónde estaba el cuerpo.

—Eso no lo convierte en asesino...

—Pero sí en encubridor.

—No sé qué quiere que le diga —se extrañó la mujer—. No creo que mi marido lo hiciera. No haría daño a nadie. Y menos meterse en esos líos de esconder un muerto...

—¿Tiene su marido enemigos?

—No lo sé.

—Es usted su mujer —dijo Alfonso—. Debería saber con quién se junta su marido.

—Yo no vigilo a Pepe. Bastante tengo con el crío...

—¿Está segura de que no sabe de nadie que quiera involucrar en esto a su marido? Piénselo. Si no encontramos a nadie más —dijo amenazante Alfonso—, quizá su marido sea detenido. Así que... venga, piense en alguien que tuviera algún problema con usted o con él. O con los dos.

La mujer suspiró. Bajó la mirada y tomó aire.

—No sé sus nombres... pero sí que hay gente que trajo problemas a Pepe hace tiempo. Pero de ahí a querer convertirle en asesino de mujeres...

Alfonso mostró una fotografía de Patricia.

—La chica encontrada tenía quince años.

María del Milagro tragó saliva. Aquello la impactó.

—Una cría... —susurró escandalizada.

—Y no solo ha muerto esta persona, sino otro chico y la novia de este —dijo el investigador—. Ella, de quince años; el chico tenía catorce.

La mujer de Bichita guardó silencio.

Alfonso sacó de una carpeta unas fotografías que colocó sobre la mesa.

María del Milagro observó los rostros vivos de aquellos jóvenes, mirando a la cámara. Rezó para que no le enseñaran las fotografías de esos chiquillos estando muertos.

—¿Quiénes les trajeron problemas? —preguntó Alfonso.

El sargento abrió una pequeña libreta y se dispuso a tomar nota.

Las amistades peligrosas del Bichita

Comandancia de la Guardia Civil

Tras tomar declaración a José Antúnez, el Bichita, y a su mujer, les permitieron volver a su domicilio; advirtiéndoles que se mantuvieran localizados. Por supuesto, nunca les dijeron que siempre habría alguien vigilando sus movimientos.

Tras dejarles salir de la Comandancia, Francisco fue el que se encargó de seguirlos y observar si hacían algo sospechoso o si se ponían en contacto con alguien. Más adelante le relevaría otro compañero.

En el despacho, el resto del equipo intercambió impresiones.

—El Bichita parece que dice la verdad —dijo Pedro—. Me ha dado una lista con tres nombres. Dice que tuvo problemas con ellos.

—Su mujer me ha dado solo un nombre —dijo Alfonso—. Un tal... Cupi.

—Yo también tengo ese nombre —dijo Pedro—. Andrés. No sabe el apellido. Le llaman Cupi por Cupido. Va de *dandy*, dice.

—Vaya, ya tenemos algo —dijo Miguel.

—Según Bichita, Andrés se mueve con dos amigos más, Mariano y Marcos —explicó Pedro—. La enemistad ha surgido por las drogas.

—Qué sorpresa —dijo irónicamente Manuel.

—El Bichita ha traficado en el pasado con droga —dijo Pedro—. Me ha confesado que los conoció trapicheando hará cosa de dos años. Con el tiempo, empezaron a robarse clientes y a decir al resto de yonkis que la mercancía del otro era peor. Él rebajó el precio de las papelinas y Andrés y Marcos no se lo tomaron bien. El tal Mariano es como un zombi macarra, según sus propias palabras. Hace siempre lo que le dicen los otros dos.

—La mujer me ha confirmado algo parecido —dijo Alfonso—. El tal Andrés agredió un par de veces al Bichita por un desacuerdo en la venta de drogas, aunque no conocía bien los detalles. El Bichita dejó de vender y ahora solo consume. No sabe el motivo, pero terminó por comprar siempre droga al tal Cupi. Quizá bajo coacción, vete a saber... No los ve desde hace tres o cuatro meses, curiosamente cuando Bichita le empieza a pillar la mierda a otro tipo. Y nuestros cadáveres murieron hace cuatro meses.

—Dice que Cupi controla todo el tema de heroína y benzol en los municipios de alrededor —dijo Pedro—. Y el benzol se lo vende sobre todo a chavales jóvenes.

—Raquel tenía los pulmones congestionados —observó Miguel—. Entre el asma y la inhalación de benceno, pudo joderse por completo las vías respiratorias y de ahí el estado de sus pulmones.

—Cierto —dijo Manuel—. Acordaos de lo que nos contó Fran cuando habló con los amigos de Valentín; que consumían de todo. Y lo más fácil de adquirir para un adolescente sin mucho dinero es el benzol antes que la heroína.

—Si queréis, me pongo a buscar información de esos tíos —dijo Jesús.

—Te hecho una mano —dijo Juan.

Saliendo Jesús y Juan con algunas notas manuscritas, entró en la pequeña oficina el Sargento 1º Montes.

—Mientras interrogábais a los sospechosos, pedí una orden al juez de guardia. Una patrulla ha estado inspeccionando su casa.

—¿Han encontrado algo? —dijo Alfonso.

—Droga para el consumo propio de dos personas, pero nada más. No han encontrado ninguna sierra mecánica ni nada por el estilo con la que haber cortado el pie y la mano de esa chica... Y mucho menos un millón de pesetas en metálico.

Pedro sacó su cajetilla de tabaco y se encendió un cigarrillo.

—La persona que llamó al Teléfono de la droga conoce al Bichita. Y, además de conocerle, sabía de la existencia de una persona asesinada en el interior de una tubería.

—Está claro que alguien quiere enmarronar a Bichita —dijo Alfonso.

—Pues ese alguien tiene que estar relacionado con los chicos —pensó Pedro.

—Juan y Jesús están ya buscando información sobre ellos —dijo Manuel al Sargento 1º Montes.

—Y a los chicos les tuvo que pasar algo con ese alguien —continuó Alfonso.

—Ese alguien no creo que fuera una sola persona —dijo Miguel—. Es muy difícil que matara al chico y a la primera chica él solo... y que luego mate a la otra. Es más lógico pensar que tuvo ayuda. Sobre todo para colocar los cuerpos en el lugar donde los encontramos.

—Quizás los chicos no estaban juntos —dijo Montes.

—Raquel y Valentín murieron el mismo día —recordó Pedro—. Yo apostaría a que había dos personas, mínimo, en aquella casa.

—Y el Bichita tiene problemas con dos tipos. También con un tercero, pero principalmente con Andrés y Marcos —añadió Alfonso.

—Y no os olvidéis de la autopsia de Raquel —puntualizó Manuel—. Encontraron en la vagina y en el recto una pequeña cantidad de esperma. ¿No sería lógico pensar que pertenece a dos hombres? Seamos sinceros —dijo sonriendo—, ¿alguno de nosotros puede eyacular dos veces de seguido? Si la chica tenía el semen en ambos orificios es probable que fueran dos eyaculaciones distintas.

—Pero en una no encontraron muchos espermatozoides y en la otra sí —dijo Miguel—. Pudieron ser de la misma persona... repitiendo dos veces.

—¿No analizaron más en profundidad el semen encontrado? —preguntó el Sargento 1º Montes.

Los investigadores negaron con la cabeza.

—Lo que sabemos con seguridad es que esos tipos están relacionados con la venta de droga. Y nuestros chavales consumían drogas... y se movían por la zona que el Cupi y los otros consideraban su territorio —reflexionó Miguel.

—Muchas coincidencias... —dijo Pedro—. Me da que estamos cerca de resolver el caso.

—Voy a elaborar un perfil de los sospechosos con las características que debería tener una persona para poder cometer unos crímenes de esta clase —dijo Alfonso—. Cuando lo termine iré a relevar a Fran de la vigilancia.

14 de junio

Delincuentes fichados

Comandancia de la Guardia Civil

Tres días después de comenzar la labor de identificación de Andrés —Cupi—, Marcos y Mariano, los investigadores, obtuvieron resultados.

Cupi se trataba de un viejo conocido de la Guardia Civil acusado de robo, agresión, resistencia a la autoridad y tráfico de drogas.

En los informes donde se encontraba su ficha policial se hacía constar que había participado en actividades delictivas acompañado generalmente de un tal Marcos Galán.

Juan y Jesús se interesaron entonces por ese tipo.

Marcos también había sido detenido por robo, agresión, resistencia a la autoridad, tráfico de drogas y estafas.

Ambos habían cumplido condena en prisión. Actualmente estaban en libertad.

Por desgracia, ninguno de los investigadores pudo saber nada del tercero, el tal Mariano. Encontraron veinticuatro fichados con ese nombre, pero en ninguna de las reseñas policiales constaba algún tipo de relación con Andrés González o con Marcos Galán. Quizá ese tercer amigo no estaba fichado o ni siquiera se llamaba Mariano.

Con toda la información recopilada, informaron a sus superiores.

—Tenemos algo —dijo Juan—. Andrés González y Marcos Galán, ambos de veintiocho años.

—¿Quiénes son? —preguntó Alfonso mirando las fotografías de los expedientes.

—Delincuentes habituales. Han sido detenidos en más de seis ocasiones. Siempre juntos desde... —Jesús miró la ficha—, 1979. No hay otro fichado con el mote de Cupi, es nuestro hombre.

—Imagino que habrán estado en prisión —dijo Pedro.

—Condenados por primera vez en 1981 —dijo Jesús.

—Salieron a la calle hace tres años —detalló Juan.

—¿Algo del tercero? —quiso saber Alfonso.

—No. No hemos encontrado nada... —dijo Jesús—. Ninguno de estos dos tiene domicilio conocido. En las fichas hay reseñas de anteriores investigaciones que aseguran que vivían en casas abandonadas o con amigos. No parecen tener tampoco contacto con familiares, aunque esto último va a ser más difícil de comprobar.

—Hice un pequeño perfil sobre las características que tendrían que cumplir nuestros sospechosos para llevar a cabo estos crímenes —dijo Alfonso—. Propongo que cotejemos lo que sabemos por las autopsias, lo que nos dice la ficha de esos tipos y el perfil que elaboré.

—Muy bien —dijo Pedro—. ¿Qué sabemos hasta la fecha? Pues que Raquel muere sin signos de violencia, pero manteniendo relaciones sexuales momentos antes de fallecer. Sabemos eso porque se encontró esperma en la vagina y en el recto.

—Quizás de dos hombres diferentes —dijo Juan.

—Eso dije yo —sonrió Manuel. Juan le guiñó un ojo.

—Andrés y Marcos, por ejemplo —continuó Jesús.

—Alguien la viste y la coloca sobre una de las camas —explicó Pedro—. ¿Dónde estaba Valentín? Quizá estaba en otra habitación de la casa con Mariano, por ejemplo; o en el exterior...

—Dos tipos con Raquel, uno con Patricia... o con Valentín. No sabemos exactamente quién mantenía relaciones con quién... si es que estaban todos haciendo algo de eso —dijo Juan.

—Algo debe pasar para que terminen matando a Valentín —dijo Pedro—. Quizá Raquel tuvo una muerte súbita... Y, entre los dos o los tres, acaban con Valentín. Lo llevan lejos de la casa, a cuatrocientos metros... y ocultan el cuerpo debajo de ramas y matorrales.

—Usando un saco de abono para arrastrar el cuerpo hasta allí —dijo Jesús.

—¿Y dónde estaría Patricia? —preguntó Pedro rascándose la barbilla—. ¿Por qué fue la última en morir?

—Aquí hay algo que falla —dijo Jesús—. Algo se nos escapa...

Pedro suspiró.

—No se me ocurre explicar lo que pasó —reconoció Pedro—. En mi mente tenía más sentido.

Alfonso tomó la palabra.

—Quizá no vamos tan mal encaminados. Mirad: según lo que sabemos, necesitamos encontrar a dos o tres personas mínimo. Varones. De una edad superior a la de los críos, por pura estadística —explicó el sargento—. Necesitamos que uno de ellos, mínimo, tenga coche; porque sabemos que los adolescentes estuvieron en Udata y llegaron a las casitas que hay en la Partida de Cuerno. Alguien los tuvo que llevar. No podrían haber ido andando a todos esos sitios... Y aunque lo hubieran hecho ¿cómo explicar la aparición del cuerpo de Patricia en Urís? Está a unos veinticinco kilómetros de distancia con respecto a Mestre —dijo Alfonso—. Está claro que los asesinos tienen coche.

—La señora que encontró el pie amputado dijo que había visto a un hombre conduciendo un coche pequeño de color blanco —dijo Pedro—. Sabemos al menos el color del vehículo...

—Los que llevaron a cabo el crimen parecen personas que saben lo que están haciendo —continuó Alfonso—. Dejan a una chica tumbada en la cama, intentan ocultar el cadáver del novio y posiblemente intentaron descuartizar a Patricia.

—¿Por qué con ella muestran más violencia? —quiso saber Juan.

—Quizás no era violencia —dijo Alfonso—. ¿Y si lo hicieron para intentar engañarnos? Para despistar.

—Lo cierto es que no tiene mucho sentido cortar una mano y un pie a una chica, dejar esos restos a la vista de todo el mundo y luego querer ocultar el cuerpo entero dentro de una tubería de agua —dijo Pedro—. Además, la mano no ha sido encontrada.

—Por eso creo que no era violencia gratuita. Quizá intentaron descuartizar el cuerpo para poder ocultarlo mejor y eso haría que no supiéramos por dónde tirar —dijo Alfonso—. ¿Estamos ante un asesino o varios? ¿Será un asesino psicópata con una motosierra? Esas preguntas sabían que nos las haríamos.

—Así que escenificaron ser unos sádicos... para liar la investigación —dijo Jesús—. Supongo que también trataron de que no se pudiera identificar el cuerpo al destrozarle la cara o intentar que

no se encontraran restos biológicos cuando mutilaron la entrepierna... Restos que se podían comparar con los hallados en Raquel.

—Exacto —dijo Alfonso—. Algo pasó en aquella casa a las afueras de Mestre. Eso provoca que se acabe con la vida de Valentín. Patricia no muere ese mismo día... Quizá estuvieron pensando qué hacer con ella y decidieron acabar con su vida de manera completamente distinta a como lo habían hecho con sus amigos. Como si no tuvieran nada que ver unas muertes y otras.

—Según el informe forense del pie amputado, fue cortado unos dos días antes de que apareciera. Eso significa que Patricia murió sobre el día veinticinco o veinticuatro de enero —especificó Pedro—. Y Raquel y Valentín murieron sobre el dieciséis de enero. Hay una semana de diferencia, más o menos. Tiempo más que suficiente para decidir qué hacer con ella o para esconder sus restos poco a poco.

—Creo que tenemos que encontrar a esos tipos —dijo Juan—. Ellos se mueven por la zona, están relacionados con el mundo de la droga, conocen al Bichita y por eso intentaron incriminarlo... Yo apostaría a que son ellos.

—Yo también. Y sabiendo esto voy a comprobar si alguno de ellos tiene alguna multa de tráfico —dijo Jesús—. Con una multa, veremos una matrícula. Y con una matrícula, veremos qué coche tienen. Quizá tengamos suerte.

Pedro informa a Miguel y a Fran de las novedades Frente al domicilio de Bichita

Pedro detuvo el Citroën BX al lado del Ford Escort en el que se encontraban sus compañeros. Les hizo un gesto con la cabeza y movió el coche hasta el final de la calle.

Miguel bajó del Ford y se dirigió caminando hacia el coche de Pedro. Subió a este y Pedro condujo erráticamente por las calles.

—¿Algo nuevo? —preguntó Miguel.

—Sí. Hay novedades. ¿Y Bichita?

—Sale poco de casa. Y si sale es para pillar caballo —explicó Miguel—. La mujer es la que más está fuera. ¿Qué habéis descubierto?

—Coge esa carpeta y mira las fotos —le pidió Pedro mientras conducía—. Son nuestros sospechosos. Ahora tenemos que localizarlos.

—Ni idea —dijo Miguel meneando la cabeza—. No hemos visto a estos tipos —explicó señalando al Cupi—. Hace dos días El Bichita habló con otro camello. No sabíamos quién era... Pero no es ninguno de estos.

—¿Por qué no le decís que se ponga en contacto con ellos? —dijo Pedro.

—Claro. Lo haremos ahora mismo.

Pedro estacionó el coche de nuevo al lado del de sus compañeros.

—Me quedaré por aquí dando vueltas —dijo Pedro.

Miguel bajó del coche y se acercó a la ventanilla del conductor del Ford.

—Tenemos unos sospechosos. Vamos a hablar con el Bichita.

—¿Son ellos? —dijo Fran saliendo del Ford.

—Creen que sí. Vamos a ver si Bichita quiere colaborar...

Francisco y Miguel llamaron a la puerta del domicilio que vigilaban.

La casa baja en la que vivía Bichita y su mujer no tenía siquiera timbre. Un par de golpes fuertes en la desvencijada madera hicieron que alguien desde el interior abriera la puerta.

—Buenos días —dijo Miguel—. Tenemos que hablar con usted.

—¿Qué pasa? —preguntó Bichita.

—¿Son estos los hombres con los que tuvo problemas? —preguntó Manuel enseñando las fotografías.

—El Cupi y el Marcos. Hablé con un compañero suyo hace unos días...

—Sí, sí. Lo sabemos —le interrumpió Miguel—. Necesitamos que se ponga en contacto con ellos. Tenemos que interrogarles. ¿Dónde viven?

—No lo sé. Hace meses que no los veo...

—Mira, no te pongas embustero con nosotros —dijo Francisco acercándose al Bichita—. Te hemos estado vigilando. Hay mucha mierda salpicando a tu alrededor. Si no lo haces por ti, al menos hazlo por el bebé que vive aquí con vosotros, joder. Aunque no los veas desde hace

tiempo, alguna forma habrá de que te pongas en contacto con ellos.

—Es mejor que colabores —le pidió Miguel dejando de tratarle de usted—. Llama al Cupi o al otro, da lo mismo.

El Bichita tragó saliva.

—De acuerdo... tengo su teléfono por ahí apuntado. Pero no sé si es buena idea. Va a sospechar. El Cupi es un cabrón...

—Tranquilo —dijo Miguel—. Llámale y pide otra vez mercancía. Invéntate una excusa. Dile que tu camello, al que vimos el otro día, por cierto, lo hemos metido en la trena. Dile que necesitas una dosis y que no tienes a quien acudir.

—Eso da mucho el cante —dijo Bichita—. Llevo sin hablar con él mucho tiempo ¿y de buenas a primeras le llamo? En cuanto le detengáis, sabrá que he sido yo el que lo ha vendido a los picoletos.

—Ellos te han querido enmarronar con lo de la chica —dijo Francisco—. Estarías en paz...

Bichita apretó los labios mientras sacudía la cabeza.

—Que no, que luego pagaré yo el pato. Me meteré en un lío y paso. Y, a lo mejor, ni siquiera ha sido él... Alguien sabrá dónde viven ahora. Quizá en una chabola o...

Francisco agarró al Bichita por la solapa y le empujó al interior de la casa.

Miguel fue detrás y cerró la puerta.

—Mira, gilipollas —dijo Francisco—. Este cabrón y el otro intentaron que te comieras un marrón por asesinato. Eso son veinte años a la sombra. Ellos son los que te han vendido a los picoletos —le zarandeó contra la pared y siguió hablando—. Yo que tú le llamaba, quedaba con él y nos lo dejabas a nosotros.

—Puedes comprarle caballo y cuando tú te alejes, vamos a por él —dijo Miguel—. No sabrá que le has vendido. Más vale que colabores. No estás en muy buena situación...

—Está bien, vale —dijo Bichita—. Suéltame, por favor.

—¿Tienes el teléfono de Marcos o de Mariano? —preguntó Miguel arreglándole el cuello de la camisa.

—No, solo el de Cupi.

Otro dispositivo de vigilancia Comandancia de la Guardia Civil

Tras la llamada de José Antúnez, el Bichita, a Andrés Galán, el Cupi, los guardias civiles decidieron montar un dispositivo para vigilar al sospechoso, esta vez les daría apoyo el Servicio de Información de la Guardia Civil.

Decidieron seguir en varios coches al Bichita hasta el lugar de la cita con Cupi.

Una vez realizada la compra de droga por parte del Bichita, el Cupi regresaría a su casa. El equipo de vigilancia iría detrás de él para saber dónde residía y ver con quién se relacionaba, con la esperanza de que se encontrara con alguno de los otros dos sospechosos.

En cuanto estuvieran juntos dos de ellos, los detendrían.

Una vez comenzara el interrogatorio, los investigadores ya habían planeado una trampa para ellos. Un simple juego que funcionaba seis de cada diez veces.

Jesús encontró en los registros sobre Tráfico algunas multas sin pagar a nombre de Andrés Galán y de Marcos González.

La matrícula pertenecía a un Seat 127 de color blanco.

Con toda esa información, los dos grupos de la Unidad de Policía Judicial de la Guardia Civil y el Servicio de Información pusieron en marcha el dispositivo.

15 de junio

Primer contacto

José Antúnez, el Bichita, salió de su casa y comenzó a caminar despacio para que los guardias civiles de paisano que le estuvieran vigilando pudieran seguirle sin problemas.

Estaba nervioso.

Andrés era una persona excesivamente conflictiva. Él no quería meterse en más líos. Había intentado dejar de ser un yonki delincuente para ser solo un yonki.

Llegó al final de su calle y giró a la derecha para caminar unos metros hacia una pequeña plaza. Continuó hacia la izquierda y se metió por una pequeña y estrecha callejuela.

Aunque le habían advertido de que no mirara hacia atrás buscando a alguien, no pudo evitar volverse rápidamente para ver si le estaban siguiendo.

No quería por nada del mundo dar la sensación a la Guardia Civil de que pretendía dar esquinazo a los investigadores.

Llegó a un pequeño parque situado entre dos edificios. Se dirigió hacia los soportales y se apoyó en una columna, la que estaba más hacia el interior de la estructura.

Miró su reloj. Eran las once y veinte de la mañana.

Mirando hacia el parque, vio cómo uno de los guardias civiles con los que había hablado el día anterior se sentaba en uno de los bancos y se ponía a leer un periódico.

—Como en las películas —murmuró.

Se encendió un cigarrillo. Tras unas largas bocanadas, lo tiró al suelo y consultó de nuevo el Casio. La pantalla mostraba los dígitos 11:30.

Al otro lado del parque, vio que un coche blanco se detenía. Del coche salió una persona. Dicho individuo se acercó hacia donde él se encontraba. No podía verlo con claridad, pero creyó que dentro del vehículo había alguien más...

Bichita tragó saliva. Estaba cada vez más nervioso.

Andrés se acercó y Bichita le hizo un gesto con la cabeza, alzando la barbilla a modo de saludo.

—¿Me has traído eso? —preguntó Bichita.

—Lo que me has pedido —le contestó Andrés—. Pero el precio ha subido.

Hubo entonces un frenazo.

Se oyeron voces al otro lado del parque.

Andrés se giró hacia donde había aparcado el coche y pudo ver que el hombre que había dejado atrás leyendo en el banco estaba a poca distancia de ellos. En las manos de aquel hombre ya no había un periódico.

Una pistola les estaba apuntando.

—¡Guardia Civil! ¡Quietos!

Andrés hizo un ademán de salir corriendo, pero por ambos lados aparecieron otros tipos armados.

—¡Al suelo! ¡Al suelo!

—¡Arriba las manos!

Bichita fue el primero que se arrodilló levantando las manos por encima de la cabeza.

Andrés se quedó de pie, pero levantó las manos cuando se vio rodeado por otros dos tipos más.

Bichita notó cómo alguien cogía uno de sus brazos y se lo ponía a la espalda, notando el frío metal de las esposas. Luego le cogieron el otro brazo y procedieron a engrilletarlo por completo.

—Quedas detenido —le dijo la voz.

—Andrés Galán —dijo el otro guardia civil mientras esposaba al Cupi—. Queda detenido. Tiene derecho a guardar silencio, tiene derecho a no declararse culpable, tiene derecho a un abogado, tiene derecho a que le vea un médico si lo desea.

Cuatro agentes de paisano, los del Servicio de Información, corrían de un lado para otro.

Bichita fue llevado hacia un Citroën BX mientras que a Cupi le metían en un Ford Escort.

Una vez dentro del Citroën, Pedro se giró desde el asiento del conductor.

—Tranquilo. Te hemos esposado para que Andrés no sospeche de ti.

—Joder. Menos mal —dijo Bichita—. Ya pensé que me habían trincado a mí por nada...

—¿No decías que no querías meterte en más líos? —le dijo Pedro—. Pues esta era la mejor solución. No te preocupes, le dejaremos claro que le seguimos a él, no a ti. Voy a quitarte las esposas...

Los del Servicio de Información inspeccionaban el Seat 127.

Dentro del Ford conducía Francisco. En los asientos traseros estaban Miguel y Manuel flanqueando a Cupi.

—Yo no he hecho nada —dijo Andrés.

—Eso dicen todos —contestó Francisco—. Ha sido muy fácil seguirte. Y te hemos pillado vendiendo droga. Te va a caer una buena.

—¿Quién era ese al que le ibas a vender? —preguntó con disimulo Miguel.

—Yo que sé... Un tío que me llamó ayer, no le conozco —mintió Andrés.

—¿Y quién es el que estaba contigo en el coche? —quiso saber Manuel.

Mientras el Ford se alejaba, en el parque se había quedado el sargento Alfonso, Juan y Jesús con otro detenido.

El Renault 18 de los de Información llevaría al acompañante del Cupi a la Comandancia.

—Marcos González —dijo Jesús sonriendo—. Ha sido una suerte que vinieras con Andrés Galán en esto de trapichear ¿eh?

—Yo no he hecho nada.

—¿Seguro? —preguntó Juan.

—Yo estaba con él porque nos íbamos a tomar algo. No sé qué habrá hecho, pero yo no he hecho nada.

—Claro, claro... Te llevaremos a la Comandancia para hacerte unas preguntas —dijo Alfonso—. Y creo que vamos también a revisar este coche.

—Es del Cupi, no es mío —dijo Marcos.

—Pues a ti te han puesto algunas multas conduciéndolo —dijo Alfonso.

—Porque me lo deja a veces, pero no es mío...

—Da lo mismo. ¿Sabrías decirnos dónde está vuestro amigo Mariano? —le preguntó el sargento—. También queremos hablar con él.

Interrogatorio a Andrés Galán, el Cupi

Andrés miraba fijamente al otro lado del espejo. Seguro que había alguien detrás del cristal observándole. Decidió levantar el dedo corazón y mantenerlo en actitud burlona durante unos segundos.

Se rio de su propia ocurrencia.

Unos minutos después, se abrió la puerta de la sala.

Dos hombres vestidos de paisano entraron en la estancia.

Uno de ellos llevaba una carpeta de color marrón con bastantes folios en su interior.

El otro depositó sobre la mesa una de aquellas grabadoras que tanto había visto Andrés en anteriores ocasiones.

—Quiero un abogado —dijo cuando los dos guardias civiles se sentaron al otro lado de la mesa.

—Llamaremos a uno, no te preocupes. Lo necesitarás —le dijo Pedro—. Pero te conviene colaborar. Te lo aconsejo.

Andrés suspiró. Se mordía el labio inferior de manera insistente.

—¿Estás nervioso por algo? —le preguntó Francisco.

—Joder ¿por qué no iba a estarlo? —dijo Andrés—. Si me habéis pillado de marrón vendiendo la merca.

—Ah, es por eso —dijo convencido Francisco—. Creía que era por otra cosa.

—No, por eso. Solo por eso.

Pedro abrió la carpeta y sacó tres fotografías en blanco y negro. Las puso sobre la mesa y se las acercó a Andrés.

—¿Los reconoces?

Andrés tragó saliva. Se humedeció los labios. Negó con la cabeza.

—No me suenan de nada. ¿Quiénes son? —preguntó.

—Unos chicos a los que encontramos muertos —dijo Francisco.

Pedro sacó otras tres fotografías.

—Este es el estado en el que los encontramos —dijo Pedro colocando sobre la mesa las imágenes obtenidas durante el levantamiento de los cuerpos y la realización de las autopsias.

Andrés se quedó callado.

—¿No dices nada? —preguntó Francisco.

—¿Y qué voy a decir? Yo no he matado a ninguno.

—¿Y quién te ha dicho que han sido asesinados? —preguntó Pedro ladeando la cabeza.

Andrés tragó saliva.

—Bueno, porque me han dicho que los han encontrado muertos... pues... no sé, supongo que no han muerto de manera normal ¿no? Por las pintas...

—Quizás han muerto de sobredosis, no por ser asesinados —puntualizó Francisco—. Menos

esta, ¿verdad? —dijo señalando una fotografía de los restos de Patricia—. ¿Seguro que no los conoces?

—Que no. No sé quiénes son.

—Pues mira —empezó Pedro—. Alguien llamó al Teléfono de las droga y nos indicó dónde podríamos encontrar el cuerpo de esta chica —dijo el sargento señalando una de las fotografías—. La persona que llamó no se identificó, pero nos dijo que un tal Bichita estaba metido en el ajo.

—Investigamos al Bichita —continuó Francisco—. Y entonces supimos que se veía con vosotros hasta hace unos meses. Contigo, con tu amigo Marcos y con el otro... Mariano ¿no?

Andrés permanecía en silencio.

—Y un día decidimos investigaros a vosotros —siguió Pedro—. Hoy nos lo habéis puesto a huevo: los dos sospechosos en el mismo coche.

—No sé de qué hablan. Yo solo vendo drogas... No hago nada más.

—Haces más cosas —dijo sonriendo Francisco—. Tenemos todos tus antecedentes. No nos mientas.

Andrés bajó la mirada.

—Mira, vamos a ir al grano —dijo Pedro levantándose de la silla y paseando por la habitación—. Creemos que estáis detrás de la muerte de estos chicos. Como bien has dicho, han sido asesinados. Y vosotros sois nuestros sospechosos. Seguro que el Bichita canta antes que tú —dijo Pedro con sorna. Acercó su rostro al de Andrés—. Y como el Bichita confiese, hablaremos con el juez para que sea indulgente con él pero no con ninguno de vosotros.

—Pues habla con Bichita —dijo en un susurro Andrés.

—Ya lo estamos haciendo —mintió Francisco—. Dos de nuestros compañeros están hablando con él. Y con Marcos.

—¿Quieres que llamemos a tu abogado? —preguntó Pedro.

—Sí.

—Muy bien.

Pedro y Francisco salieron de la sala. Se llevaron la grabadora pero dejaron la carpeta y las fotos sobre la mesa.

Andrés levantó la cabeza mirando al techo y se dejó caer en el respaldo de la silla.

Interrogatorio a Marcos González

Alfonso conectó la grabadora. Dejó sobre la mesa de la sala de interrogatorios una carpeta de color marrón y al hacerlo salieron de ella varias fotografías que se esparcieron sobre la mesa.

Marcos miró de reojo algunas de las imágenes.

—Lo siento. No quería que vieras estas fotos de golpe —dijo Alfonso irónicamente—. ¿Me las puedes dar?

Marcos cogió dos de ellas, las que tenía más próximas y se las dio al guardia civil. Desvió la mirada cuando vio el cadáver que en ellas se mostraba.

—¿Te impresiona? —dijo Alfonso.

—¿El qué?

—Las fotos. Evitas mirarlas.

—Bueno, es que son de una muerta.

—¿No sabes quién es? —preguntó el investigador.

—No.

—Mira, en esta foto sale cómo era cuando estaba viva —le dijo a Marcos mientras le enseñaba una foto de carnet de Raquel.

—¿Quién es? —preguntó Marcos.

—¿No lo sabes? —dijo Alfonso—. Qué raro que no la conozcas...

—Pues no la conozco. ¿Por qué iba a saber quién es?

—Porque esta chica y su novio fueron encontrados muertos a las afueras de Mestre.

—Ni idea...

—Y esta otra chica —dijo Alfonso—. Apareció en un canal de riego. Nos dijeron que el Bichita estaba relacionado con su muerte.

—Yo no sé nada. Pero seguro que el Bichita le puede decir algo...

—Ya le están interrogando mis compañeros —mintió Alfonso.

—¿Qué hago aquí exactamente? No he hecho nada.

—Estás aquí porque creemos que tú y tus amigos habéis matado a estos chicos —dijo con seriedad Alfonso—. Primero matasteis a Raquel y a Valentín, y después a Patricia.

Marcos se quedó callado.

—¿Dónde está tu otro amigo? Mariano —dijo Alfonso.

—Pues en su casa, supongo.

—¿Y dónde está su casa?

—Vive en Mestre. En la calle Independencia. No recuerdo el número.

—En Mestre —sonrió Alfonso—. Qué casualidad... ¿Cómo se apellida?

—Se lo digo para que vea que no tengo nada que esconder —dijo Marcos nervioso—. Mariano Moreno. Le llamamos Mamo. Ma de Mariano y Mo de Moreno.

—¿Él también participó en los asesinatos?

—¡Pero qué dice! Que no hemos matado a nadie.

—Pues alguien hizo una llamada a la policía y nos dijo que estabais detrás de todo esto. Todos vosotros —explicó de manera errónea el investigador, para ver la reacción del detenido.

—Pues eso no es verdad —dijo Marcos.

—Cierto. No llamasteis a la policía, sino al Teléfono de la droga...

Marcos gruñó.

—¿Quieres que llame a tu abogado?

—Sí. Pero... bueno, no sé. No he hecho nada. ¿De qué me acusan?

—De asesinato. Vamos a pedir una orden al juez para revisar el coche que usáis. Si encontramos algo relacionado con estos chicos, lo vais a tener crudo. Los cuatro —dijo Alfonso contando también al inocente Bichita—. Por eso te aconsejo que colabores.

—Pero que no sé cómo colaborar —dijo cansado Marcos—. No he hecho nada.

—Ya veremos. Voy a pedir que llamen a tu abogado.

Alfonso salió de la habitación y se encontró en el pasillo a Juan y a Jesús.

—Id a buscar a ese tal Mariano Moreno.

Alfonso se dirigió a la sala de observación en la que Pedro había dejado a Andrés.

Miguel y Manuel estaban observando al detenido a través del espejo.

—¿Ha dicho algo?

—Nada interesante —dijo Miguel.

—Ha supuesto que los chicos habían sido asesinados sin que le dijéramos nada —dijo Manuel—. Pero, aparte de eso, nada interesante.

Pedro y Francisco entraron en ese momento.

—¿Ha dicho algo Marcos? —preguntaron a Alfonso.

—Nada. ¿Empezamos ya con la trampa?

—Muy bien.

Andrés Cupi y la trampa

La puerta de la sala se abrió de golpe. En ella entraron Pedro, Francisco y Alfonso.

—Andrés, te presento al sargento Alfonso Muñoz. Tiene algo que decirte.

—El sargento Martín me ha informado de que has pedido un abogado. Sabia elección, porque lo vas a necesitar. Tu amigo Marcos ha confesado.

—¿Ha confesado el qué?

—Lo que hicisteis. De hecho, nos ha dicho que hay un tercer tipo.

—¿De qué habla?

—De que erais tres los que estabais involucrados —dijo Alfonso—. Nos ha hablado de... Mariano Moreno.

Andrés se quedó callado.

—Mamo para los amigos —especificó el sargento.

Andrés empezó a respirar entrecortadamente.

—¿Es eso cierto? —preguntó Pedro—. ¿Marcos, tú y Mamo?

—¿Qué os ha dicho Marcos?

—Que hasta que no venga su abogado no seguirá diciendo nada, pero que tú y el otro estáis de mierda hasta las orejas. Le hemos prometido que el juez sabría que ha colaborado. De hecho, ahora mismo vamos a detener a Mamo —dijo Alfonso.

—Es mentira lo que decís... Es un farol —dijo Andrés—. A mí no me la dais.

—¿Y por qué sabemos que Mamo vive en la calle Independencia? ¿Y por qué me ha contado lo del pie amputado y lo del coche blanco? Y también lo de enmarronar al Bichita.

Andrés abrió los ojos de par en par ante las palabras de Alfonso.

—¡Eso no es así! ¡No es cierto!

—Lo siento, pero estás jodido —dijo Pedro—. Levanta de la silla, vas al calabozo.

—No, esperen. Esperad —pidió Andrés—. Marcos también está metido en esto, coño.

—Seguro —dijo irónicamente Pedro cogiendo a Andrés por el brazo—. Ya es tarde para que te creamos...

—¡Que es cierto, joder! ¡No fui yo solo!

Alfonso miró a Pedro.

—¿Qué pasó entonces? —quiso saber Alfonso.

Pedro soltó a Andrés.

—El abogado de Marcos ya está de camino —dijo Alfonso—. Más te vale que hables.

—Llamad al mío —pidió Andrés.

—Antes confiesa lo que pasó. Cuando esté aquí tu abogado, nos cuentas el resto —dijo Pedro.

—Todo se nos fue de las manos. No sé cómo hicimos aquello... Pero no matamos a los tres, solo a dos.

—Eso mismo nos ha dicho Marcos —dijo Alfonso siguiéndole la corriente—. Pero no le creemos.

—Es cierto. Todo empezó de manera caótica. Y se nos fue la pinza —dijo Andrés—. Se nos fue la pinza...

Francisco, Miguel y Manuel hablan con Marcos

—Tu abogado ya está de camino —dijo Miguel.

—Vale.

—Por cierto —le dijo Francisco—. ¿Has hablado con el sargento Muñoz, verdad?

—Sí.

—Supongo que aún no te ha dicho nada —dijo Manuel.

—¿De qué?

—Pues que tu amigo Andrés ha confesado lo que hicisteis —dijo Francisco—. Lo de cortar el pie con una sierra, dejarlo en la calle...

—Yo no he hecho nada de eso.

—¿No? —dijo Miguel—. Porque ahora vamos a preguntarle a vuestro amigo, a Mariano. Y con lo que sabemos nosotros y lo que nos ha dicho el tonto del Cupi... Me da que te han dejado con el culo al aire.

—Yo no he hecho nada, joder.

—Cuando venga tu abogado hablaremos más —le dijo Manuel—. Pero ahora ya estás muy jodido. ¿Cómo fue? Dos chicos mueren casi a la vez y la otra chica días después. ¿No ha dicho eso Andrés? —preguntó a sus compañeros.

—Sí. Que a la que cortaron un pie murió la última. Y en otro sitio —respondió Francisco.

—¿Hijo de puta! —gritó Marcos—. ¡Es un mentiroso!

—¿Quién es el hijo de puta? —preguntó Francisco acercándose a Marcos amenazante—. ¿A quién te refieres? ¿A mí o a él?

Marcos tragó saliva.

—A él. Es un cabrón. ¿Qué les ha dicho?

—Nada más. Que va a confesar todo cuando llegue su abogado. Que no quiere comerse el marrón. Tal cual —dijo Francisco—. Eso ha dicho.

—Él también participó —dijo Marcos con un susurro—. Y Mariano.

Miguel suspiró y acercando una silla se sentó al lado de Marcos.

—Pues te aconsejo que si nos das tú la versión de lo ocurrido, hablaremos bien de ti cuando estés con el juez.

—Por cierto —dijo Manuel—. Nos ha dicho que el Bichita no ha hecho nada.

—Eso es verdad.

—Pues habla —le pidió Francisco.

Los antecedentes de Mamo Comandancia de la Guardia Civil

Los investigadores conocían el nombre y el apellido del tercer implicado.

Mariano Moreno constaba en las fichas policiales de la Guardia Civil. Era uno de esos veinticuatro fichados con el nombre de Mariano que habían descubierto buscando los antecedentes de los otros dos culpables, pero hasta ese momento no le habían podido identificar ni vincular con Andrés y Marcos.

Se trataba de un joven de veintiséis años acusado de robos y de delitos contra la salud por venta de drogas.

Dos fotografías del individuo estaban sujetas a la ficha de antecedentes con un clip.

—Ya sabemos cómo es —dijo Juan—. Lo sabemos todo.

—Nombre, apellidos y dirección —sonrió Jesús—. ¿Vamos a por él?

—Vamos a por él.

Condujeron hasta Mestre y llegaron a la calle Independencia, número 22; el domicilio había sido propiedad de sus padres, ya fallecidos.

Se trataba de un edificio de color beige de cinco plantas, en cuyo primer piso vivía Mariano Moreno.

Encontraron un hueco libre donde aparcaron el coche y se dirigieron al portal.

—Vamos a dar una vuelta a la manzana —dijo Juan—. Quiero ver si detrás del bloque hay alguna salida o balcón por el que pudiera escapar.

Los guardias civiles descubrieron que la parte trasera del edificio daba a un pequeño patio desde las ventanas de las cocinas. A unos treinta metros de allí había unas pequeñas construcciones a modo de garitas que se usaban como trasteros. Un gran descampado estaba detrás de los cuartitos y abarcaba bastante terreno, hasta un pequeño camino de tierra que comunicaba esa zona con unas naves industriales.

—Vive en el primer piso —dijo Jesús—. Podría saltar por una de las ventanas y perderse por aquí.

—Pidamos refuerzos por radio.

Los agentes volvían al coche para solicitar la presencia de varios indicativos para rodear el edificio cuando, en plena calle, vieron cómo un joven aparcaba su pequeña moto frente al portal.

Era Mariano Moreno.

Versión de los hechos

Andrés Galán, el Cupi

Interrogatorio en la Comandancia de la Guardia Civil

La abogada susurró algo al oído de Andrés Galán. Este suspiró.

—Mi cliente quiere confesar lo ocurrido, quiere dar su versión de los hechos.

Alfonso y Pedro, sentados frente a ellos, asintieron.

La cinta magnética en el interior de la grabadora daba vueltas lentamente recogiendo todo lo que se decía en el interrogatorio.

—A mediados o finales de enero nos movíamos por Udata más de lo normal —dijo Andrés—. Habíamos estado por ahí y conseguimos mogollón de vasca que nos pillara heroína y el benzol. El perico no lo tocamos mucho.

Hizo un silencio y miró a la abogada, esta le indicó que continuara.

—En Udata sabíamos que había una casa en la que a veces vivían unos chavales que ya nos habían pillado merca en alguna otra ocasión. No sé cuántas veces, no me acuerdo —dijo Andrés—. No sé si se pusieron en contacto con Mamo o conmigo, no lo sé. El caso es que nos pidieron benzol. Les iba mucho lo de respirar eso... Quedamos y, como siempre, no tenían mucha pasta.

Andrés hizo una pausa, se rascó la barbilla con las manos esposadas y siguió contando la historia.

—Cuando quedamos con ellos, las tías se ofrecieron a follar con nosotros a cambio de la mercancía. Nos dijeron que no podían pagarla —explicó Andrés—. Como no era la primera vez que hacíamos ese trato, aceptamos.

El detenido bajó la cabeza.

—Al principio pensamos en follar allí mismo, en esa casa; que no era suya. Pero el chico dijo que no era buena idea, que mejor en otro lado; no sea que viniera el propietario. Le dijimos que nos daba igual, que no pasaba nada. Pero entonces las tías también dijeron lo mismo, así que decidimos ir a Mestre.

—¿Por qué tan lejos? —preguntó Pedro.

—Porque Mamo estaba allí y en la carretera de Vatoya hay una discoteca a la que solemos ir muy a menudo, está cerca de allí. Nos llevábamos bien con los chavales y a lo mejor querían venirse de fiesta. Ya digo que nosotros íbamos allí, como todos los fines de semanas. Pensamos que si les dábamos la droga que ellos pedían, al menos disfrutaríamos los tres. Y si se pensaban echar atrás después de la proposición, se tendrían que joder y volverse andando varios kilómetros. Mestre nos venía de puta madre...

—Valentín era novio de Raquel. ¿No le importaba aquello? —dijo Alfonso.

—No le hacía gracia, pero le daba igual siempre y cuando tuviera la merca.

—Sigue —le indicó Pedro.

—Pues eso, decidimos ir Marcos y yo con los tres chicos a Mestre. Allí nos reunimos con el Mamo. Le contamos lo que queríamos hacer y le preguntamos si quería venir. Dijo que sí. Él fue el que nos indicó que había unas casas abandonadas a las afueras, en una partida de casitas entre los

dos municipios. Conoce muy bien la zona.

—Partida de Cuerno —dijo Alfonso.

—Sí, eso. Está entre Mestre y Vatoya. Así que fuimos allí.

—¿Ibais en el 127? —dijo Alfonso.

—Sí.

—¿Los seis? ¿Tú, Marcos, los tres chicos y Mamo? —se extrañó Alfonso.

—No, el Mamo iba en su motillo. En el coche íbamos nosotros y los chicos.

—Bien, continúa —pidió Pedro.

—Pues llegamos a una casa que estaba a la izquierda de la carretera, íbamos siguiendo al Mamo que iba en la moto ¿saben? Y cuando llegamos allí, no sé... Nos dio morbo tirarnos a las tías mientras el chico miraba.

Hizo una pausa.

—Rompiamos el candado de la puerta con unas tenazas que llevábamos en el maletero. El candado se lo quedó el Mamo, dijo que era para su colección... y entramos. Recuerdo que gastamos una broma: somos tres tíos y tres tías, así que tenemos pareja todos. Pero al chico eso no le hizo gracia —explicó Andrés con una media sonrisa—. Bueno, el caso es que empezamos a enrollarnos con las tías. El chico nos dijo que esperaría fuera mientras se ponía a respirar el benzol que le dimos. Y Mamo, Marcos y yo nos quedamos con las chicas.

Andrés suspiró y meneó la cabeza.

—No recuerdo qué pasó en ese momento, pero Marcos y yo nos quedamos con la del pelo largo. Mientras nos la follábamos, ella respiraba el benzol que trajimos. El Mamo estaba con la del pelo punki, no sé si se llamaba Leti... no lo sé. El caso es que Marcos y yo estábamos dándole a la chica cuando está empezó a toser. Pero nosotros seguimos —dijo Andrés a los presentes—. En un momento dado nos dijo que paráramos, pero le dijimos que no; que tenía que pagar por lo que se estaba metiendo ella y los otros. Y así seguimos un rato.

—¿Manteníais relaciones con ella los dos a la vez? —preguntó Pedro.

Andrés sonrió.

—Pero sin mariconadas, ¿eh? Primero le daba uno, luego otro. Cuando se puso a toser y a poner pegas, decidimos follarla a la vez. Uno por delante y otro por detrás. Ella ya lo había hecho por el culo otras veces, no fue una violación ni nada ¿eh? Simplemente quisimos cobrarnos lo que les vendimos. Ese era el trato.

—¿Y qué pasó? —preguntó Alfonso.

—Yo que sé, nunca lo supimos. Cuando terminamos los dos, nos dimos cuenta de que ella no se movía. Pensamos que era porque la habíamos dejado reventada... —dijo Andrés—. Pero entonces vimos que no respiraba. Que no se movía... No le hicimos nada, se lo juro. Simplemente dejó de respirar. Tosía y tal... Dijo que paráramos, seguimos un rato más y fue cuando nos dimos cuenta de que no estaba viva. Y nos asustamos.

Andrés miró a su abogada, quien tomaba notas de lo que él decía.

—Llamamos a Mamo, que estaba con la otra. Vinieron los dos y vieron que no respiraba. La chica de la cresta entonces salió corriendo y llamó al chico. Cuando entró y vio a su churri muerta

dijo que qué habíamos hecho, pero no hicimos nada, se lo juro. Quiso pedir ayuda. Le dijimos que ni de coña... —Andrés guardó silencio—. Fue un error, ¿vale? Pero no le hicimos nada a esa chica. El chico estaba de los nervios y entonces hubo una discusión. La otra chica dijo que había que llamar a un médico. Dijimos que no, que no queríamos líos. Les dijimos que ya daba igual, que no respiraba y que nos meterían a la cárcel a todos. La tía y el otro quisieron largarse de allí, y entonces Mamo sujetó a la Leti y nosotros al chico.

—¿Cómo matasteis a Valentín? —preguntó Pedro.

Andrés respiró profundamente y miró a su abogada. Ella asintió.

—Para sujetarlo le dimos unas ostias. Cayó al suelo y entre Marcos y yo le sujetamos. Hubo un forcejeo, una pelea. Le dijimos que parara, que se estuviera quieto. Como no hacía más que revolverse, de los nervios que teníamos, empezamos a apretar su cuello. Marcos le sujetaba con la mano la cara, para impedir que gritara. Así estuvimos un tiempo, no sé cuánto... hasta que dejó de moverse.

—¿Qué hacía Mariano? —quiso saber Alfonso.

—Sujetaba a la chica con la que se estaba enrollando —Andrés se encogió de hombros—. No sé exactamente qué hacía.

—¿Y una vez asesinados los chicos qué pasó? —preguntó Pedro.

—Le dijimos al Mamo que se quedara en el coche con la punki. Marcos y yo vestimos a la chica. No queríamos dejarla allí, en pelotas y recién follada. Por eso... bueno, por eso la vestimos y la tumbamos en la cama.

Andrés tragó saliva y pidió un vaso de agua. Se lo dieron. Se lo bebió entero y continuó hablando.

—Costó un huevo vestir a la tía. Tardamos unos quince minutos o así. Y cuando lo hicimos pensamos en llevarnos al chico fuera de la casa. Creo que fue Marcos el que tuvo esa idea. Yo le dije que por qué no lo dejábamos allí con ella y me dijo que era mejor que lo escondiéramos porque lo habíamos matado. ¡A la chica no le habíamos hecho nada! —gritó desesperado el detenido—. Pero al chico sí... Así que lo sacamos afuera, era de noche y no nos vería nadie. Vimos que dentro de la casa había unos sacos de abono y cogimos uno vacío. Pusimos al chico allí y lo arrastramos muy lejos. Lo tapamos con unas ramas porque nos pareció ver que venía un coche. Entonces salimos corriendo hacia el nuestro, donde estaba el Mamo.

—¿Qué hicisteis con la otra amiga? —preguntó Pedro.

Andrés tomó aire y se dejó caer en el respaldo de la silla.

Su abogada le miraba.

—Fue un mal rollo. No sabíamos qué hacer. Su amiga se había muerto de repente. Al colega le habíamos matado entre los nervios y el miedo. Pero no podíamos dejar que se fuera porque se lo diría a la poli. La llevamos a casa del Mamo, que tiene una choza con un trastero. Allí la dejamos.

—¿Cómo la matasteis? —preguntó Alfonso.

—Pasaron unos días, no sé cuántos —explicó Andrés—. Y vimos que la Guardia Civil había encontrado a la chica en la casa. Pero nadie decía nada del tío. Pensamos que estaba bien escondido o que no había salido en prensa porque nadie sabía que eran novios... Yo que sé. No sabíamos por qué solo se hablaba de la chica y no del chico. Y entonces se nos ocurrió que no podíamos seguir con la tía allí encerrada. Y mientras, el Mamo diciendo que no quería saber nada,

que no la quería más tiempo en su casa. Y fue a él, creo, al que se le ocurrió deshacerse de ella. Bueno, se nos ocurrió a los tres el intentar despistar todo lo que pudiéramos a la madera — explicó Andrés—. Los picoletos no habían visto el cuerpo del chico, por eso pensamos que lo mejor era hacer como que las muertes no tenían nada que ver.

Andrés bajó la vista.

—El Mamo tenía una sierra mecánica, no de esas de leñador; sino de las circulares, como las que usan los cerrajeros. Y entonces nos dijo que lo mejor era descuartizar el cuerpo. Que lo había visto en las películas. Lo intentamos, pero no pudimos. Era una carnicería aquello. Demasiada sangre. Solo cortamos un pie y una mano. Luego se nos ocurrió lo de cortarle la cara y el coño, pero para disimular. Nos volvimos locos...

Pedro y Alfonso miraron a la abogada.

La letrada tomó la palabra.

—Mi cliente está colaborando con ustedes. Les pediría, por favor, que lo dejemos un momento y descansemos. Quiero hablar a solas con él.

La detención de Mamo

Calle Independencia 22, Mestre

A veinte metros de distancia, los guardias civiles vieron cómo Mariano apagaba el motor de la moto y bajaba de ella.

—Mejor dejarle que se meta en casa —dijo Juan.

—Lo sé.

Manteniendo el mismo paso, los investigadores continuaron hacia el coche.

Mariano abrió el portal y se metió dentro.

Unos segundos después, Juan y Jesús pasaron por delante del portal y echaron un rápido vistazo al interior. Siguieron caminando sin detenerse.

Juan abrió la puerta del copiloto y cogió la radio del interior del coche.

Jesús se encendió un cigarrillo mientras disimulaba paseando, sin perder de vista el domicilio de Mamo.

—Atención, aquí Delitos contra las personas —comunicó Juan por el micrófono—. Solicitamos presencia de indicativos para proceder al arresto de un sospechoso. Municipio de Mestre, calle Independencia 22. ¿Me recibe alguien? Cambio.

Un instante después, la radio contestó.

—Recibido. Estamos en Vayota, vamos para allá. Mestre, Independencia 22. Cambio.

—Sirenas apagadas, compañeros. Cambio.

Otra voz se unió a la solicitud.

—Aquí patrulla 5. Vamos a Independencia 22, cambio.

—Recibido, gracias. Cambio y corto —dijo Juan.

Ahora solo tenían que esperar a los refuerzos, vigilar las inmediaciones del inmueble y detener al cómplice de asesinato.

Versión de los hechos

Marcos González

Interrogatorio en la Comandancia de la Guardia Civil

Veinte minutos después de la confesión del Cupi, llegó el abogado de oficio de Marcos, quien estuvo hablando con este durante un tiempo.

Pedro y Alfonso se sentaron en sus respectivos sitios en la mesa de la sala de interrogatorios.

—¿Va a colaborar? —preguntó Alfonso.

—Mi cliente quiere hacer constar que va a colaborar en todo momento —dijo el letrado.

—Muy bien —aprobó Pedro—. Pues, cuando quieran...

La grabadora comenzó a funcionar.

—Cuéntales —pidió el abogado.

—Los chicos querían colocarse —empezó Marcos—. Le daban a la heroína y sobre todo al benzol, que es más barato que el caballo. Lo hueles y el disolvente te provoca alucinaciones y te deja como atontado. Algunos aspiran directamente los vapores por la boca y otros echan el producto en una bolsa de plástico y respiran dentro de ella...

—¿Quedasteis con ellos? —preguntó Alfonso.

—Sí. Ya nos conocíamos de otras veces. Cuando supimos que querían colocarse, sabíamos que no tenían mucha pasta —explicó Marcos—. Así que sabíamos también que las tías se pondrían cariñosas con nosotros. Siempre que no podían pagar la merca, follaban o se la chupaban a quien les daba pasta o droga. Depende de cuántas ganas tuvieran o del mono...

—¿Qué pasó cuando os visteis? —preguntó Pedro.

—Quedamos en la casa de Udata en la que pasaban algunos días. Pero yo no me fiaba de las tías. Siempre intentaban que les fiáramos la droga y ni de coña —dijo Marcos—. Cuando llegamos allí empezaron a poner problemas, así que les dijimos que se vinieran con nosotros a donde estaba un colega que era el que tenía el disolvente. Si querían colocarse, tendrían que acompañarnos para tener el benzol, y como no tenían coche, si querían regresar, tendrían que cumplir su palabra para volver a Udata. A veces te decían que se enrollaban contigo y luego cambiaban de opinión...

—¿Qué hacía mientras Valentín? Él era novio de una de ellas —dijo Alfonso.

—De eso no sé nada. No sé si eran novios, pero tampoco decía nada el chaval. Se quedaba callado. No sé, es lo que a mí me pareció —respondió Marcos.

—¿Cómo llegasteis a la Partida de Cuerno? —quiso saber Pedro.

—Fue el Mamo quién nos llevó. Nos decía que podríamos montarnos una buena orgía en una casa que no se usaba mucho. No sé la hora que era, pero estaba anocheciendo. No había nadie en esa zona.

Marcos miró a su abogado y siguió hablando.

—Dentro de la casa nos queríamos enrollar con las tías. El chico nos dijo que nos esperaba fuera, pero que le diéramos un bote de disolvente. No sé si al final se lo dio el Mamo o qué. Recuerdo que el chico cogió una vela de las que había en la cocina de la casa, creo. Supongo que

para alumbrarse o para calentar el disolvente... yo que sé.

—¿Qué pasó dentro de la casa? —preguntó Alfonso.

—Mamo se quedó con una de las tías y Cupi y yo con la otra.

—Sigue —le pidió Pedro.

—Pues eso. Empezamos a acostarnos con ella. Creo que Cupi le dio un poco para colocarse. Mientras nos la tirábamos ella respiraba el benzol. De repente, se puso a toser. Y entonces, no sé... Dejó de moverse.

—¿Estabais los dos con ella? —quiso saber Pedro.

—Sí. En la habitación donde la dejamos.

—¿Por dónde la penetrasteis? —preguntó Alfonso.

Marcos sonrió levemente.

—Por todos lados. Hasta hicimos un sandwich, osea, ella entre Cupi y yo. Tumbados en la cama.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Pedro.

—Pues eso. Que al poco de ponerse a toser decía que no podía respirar. Yo creí que ya era la típica excusa que ponían a veces... y seguí follando. Entonces nos dimos cuenta... Estaba muerta —dijo Marcos—. Bueno, fue cuando terminamos. Nos dimos cuenta de que no se movía.

—¿Qué hicisteis luego? —quiso saber Alfonso.

—Coño, fue una movida. Nos asustamos. Intentamos despertarla y nada. Yo llamé al Mamo, que estaba con la otra en la habitación de al lado. Vinieron corriendo cuando se lo dijimos. La amiga salió para llamar al chico. Cuando este llegó empezó a ponerse de los nervios, a asustarnos a todos. Y, bueno, hubo un forcejeo para intentar calmarle, para que no diera voces. Y le ahogamos sin querer.

—¿Seguro que fue sin querer? —preguntó Pedro.

—Se lo juro. Estaba fuera de sí. Y entonces pasó lo mismo con la otra chica, que también empezó a perder los nervios. Fue entonces cuando el Mamo se la llevó al coche y Cupi y yo intentamos ver qué se podía hacer.

—¿Por qué no llamasteis a una ambulancia? —preguntó Alfonso.

—Pues porque sería una movida —respondió Marcos—. Les habíamos vendido drogas, habíamos entrado en una casa que no era nuestra y nadie nos iba a creer si decíamos que la tía con la que follábamos se había muerto de repente.

—¿Y eso es mejor que no pedir ayuda? —dijo Pedro—. Ellas eran menores.

—Por eso tampoco llamamos a nadie —dijo Marcos.

Se hizo un silencio en la sala de interrogatorios.

Alfonso habló.

—Vale. Raquel había muerto. Valentín es asesinado. ¿Qué hicisteis con Patricia?

—¿Con la punki? Pues se la llevamos al Mamo. A su casa, quiero decir. Tenía un cuarto donde retenerla, cerca de donde vive. Han construido unas casetas en plan trasteros en un descampado y la metimos allí. No podíamos dejar que se lo dijera a la policía ni a nadie. No sabíamos qué

hacer... Y entonces, un día, nos dijo que tenía una idea. Que había oído hace tiempo que estaban apareciendo restos humanos por la ciudad. Que le habían dicho que había un loco con un hacha destrozando las puertas de los chalets y que podíamos hacer como que a la punki la había matado un asesino en serie, de esos que salen en las películas —explicó Marcos.

—¿Cuándo decidisteis eso? —preguntó Pedro.

—Unos días después. Salió en las noticias que ustedes habían encontrado a la chica en la casa, pero no habían encontrado al tío. Así que decidimos hacer eso... Si nadie había descubierto el cuerpo que estaba tapado con ramas, si esparcíamos los restos de la chica por varios lados, a la poli le resultaría imposible dar con ella... El Mamo enterró una mano en el campo. El Cupi se llevó un pie... y... y yo... yo ayudé a esconder el resto del cuerpo...

Marcos comenzó a llorar.

—Creo que será mejor que paremos un momento —intervino el abogado.

Pedro y Alfonso salieron de la sala de interrogatorios.

De la sala de observación, contigua a esta para ver lo que ocurría y ocultos tras el espejo, salieron Santos y Montes.

—Felicidades. Tienen resuelto el caso, caballeros —les dijo el capitán.

—Enhorabuena —les felicitó Montes—. Ya tenemos preparado el vehículo que requisaron de estos tipos. Mañana comenzará la inspección ocular.

—Hay que encontrar al otro, a Mariano Moreno —dijo Pedro.

—Sus compañeros están en ello. Vayan a echarles una mano —dijo el capitán—. Le han visto meterse en su casa. He pedido una orden para poder entrar en el domicilio a la fuerza si fuera preciso.

Llamando a la puerta del domicilio de Mamo, Mestre

Los Land Rover se aparcaron en doble fila a ambos lados del edificio.

Juan y Jesús dijeron a los guardias civiles que se posicionaran en el patio trasero para evitar que Mariano escapara por allí.

Los investigadores llamaron a un piso al azar del inmueble, para que alguien les abriera el portal.

Subieron el primer tramo de escalera y se colocaron a cada lado de la puerta de madera que daba acceso al domicilio. Era una medida de seguridad que se empleaba para que, en el remoto caso de que alguien abriera fuego al otro lado de la puerta, no estuvieran los agentes frente a ella.

Llamaron al timbre.

—Este no va a abrir... —dijo susurrando Juan.

Jesús llamó de nuevo al timbre.

—¡Mariano! —le llamó Jesús—. ¡Abre, Mamo!

Seguramente, alguien al otro lado de la puerta se había acercado sin hacer ruido y estaba observando el exterior a través de la mirilla.

Juan pulsó el interruptor del timbre.

—¡Abre, por favor!

—¡Te hemos visto llegar con la moto! ¡Sabemos que estás en casa! —gritó Jesús.

Los dos guardias civiles guardaron silencio, intentando escuchar algún ruido procedente del interior.

Intercambiaron una mirada y se encogieron de hombros.

—¡Guardia Civil, abra la puerta! —dijo Jesús golpeando con la palma de la mano la madera.

—¡Mariano Moreno, abra a la Guardia Civil! —gritó Jesús.

En ese momento escucharon, a lo lejos, un disparo.

Instantes después, otro.

Procedían de la calle.

—¡Al patio! —gritó Jesús a su compañero.

Los dos investigadores bajaron corriendo las escaleras y salieron del portal.

Dieron la vuelta al edificio y llegaron al patio trasero.

En el suelo estaba Mariano, retorciéndose de dolor mientras gemía.

Un reguero de sangre se esparcía lentamente debajo de él.

Interior del domicilio de Mariano Moreno, Mestre

Mariano cerró la puerta con llave como solía hacer siempre que entraba en su casa.

Desde hace unos meses, además, echaba el cerrojo también.

Todo ello le daría tiempo para saltar por la ventana de la cocina en caso de que la policía quisiera entrar en el piso; o bien por la venta de drogas, por haber participado en algunos atracos y de momento no ser detenido... o bien por lo que había ocurrido hacía unos meses, cuando se había convertido en un asesino.

Encendió la televisión y se quitó el chaleco de cuadros blancos y negros que llevaba encima, dejándolo sobre el sofá.

Fue a la cocina, abrió la nevera casi vacía y cogió un botellín de cerveza.

Estuvo viendo la tele algo más de un cuarto de hora cuando de repente llamaron al timbre.

Dejó el cigarrillo que se había encendido momentos antes sobre el cenicero y se acercó despacio a la puerta.

Por la mirilla pudo ver a dos hombres. No los conocía.

—¡Mariano! ¡Abre, Mamo!

Uno de aquellos hombres conocía su apodo.

¿Sería algún cliente del Cupi o de Marcos?

¿Alguno de sus colegas de atracos?

Intentó reconocer a los tipos.

—¡Abre, por favor!

—¡Te hemos visto llegar con la moto! ¡Sabemos que estás en casa!

Mariano empezó a incomodarse.

Le habían visto llegar, por lo que le estarían esperando.

Esos tipos además tenían pinta de ser de la secreta. Seguro que debajo de la ropa llevaban una funda con una pistola.

Contuvo la respiración y se giró despacio. Paso a paso se alejó de la puerta.

Mientras pensaba qué iba a hacer, escuchó al otro lado una frase amortiguada por la madera y las paredes que le heló la sangre.

—¡Guardia Civil, abra la puerta!

Como un resorte, salió corriendo.

Se dirigió a la cocina, abrió la ventana y se sentó sobre el alféizar.

Se percató de que no había cogido las llaves que había dejado sobre la mesita del salón, aunque tampoco le habrían servido de mucho porque había echado el cerrojo de la puerta. Aún con las llaves, desde el exterior no se podría abrir.

No le importó lo más mínimo. Tenía que salir de allí.

Había matado a una chica de una manera cruel.

Sentado sobre el alféizar, se giró cuidadosamente y, agarrándose como pudo a este, se dejó caer

despacio.

Se quedó colgando apenas un segundo, lo suficiente como para no caer de golpe contra el suelo.

El impacto fue fuerte, pero no se rompió ni se lesionó nada.

Pies, tobillos, rodillas y piernas estaban bien.

Se levantó rápidamente y entonces fue cuando a su derecha vio unas figuras vestidas de verde.

—¡Alto a la Guardia Civil!

—¡No se mueva!

—¡Al suelo, al suelo!

—¡Arriba las manos! ¡Quieto!

Eran cuatro guardias civiles que habían desenfundado las armas.

No pudo evitarlo y salió corriendo.

A unos veinte o treinta metros tomaría la esquina y se perdería por la ciudad.

—¡Alto o disparo!

La voz de un guardia civil sonó lejana. Quizá del que estaba más alejado, a su derecha.

Estaba cerca de tomar la esquina y salir del patio trasero cuando oyó un disparo.

No pasó nada.

Mamo pensó que el tiro había ido al aire.

«No tienen cojones a disparar a nadie» pensó. «No tienen ni puta idea ni cojones».

Giró en la esquina cuando escuchó otro disparo y notó un fuerte calambre en la parte trasera de la pierna derecha.

Instantes después, un dolor profundo y ardiente concentrado en un único punto le hizo perder el equilibrio y caer.

Fue en ese momento cuando notó que algo caliente recorría su pierna.

La sangre manchaba la pernera del pantalón y formaba regueros dibujados en el suelo mientras se seguía arrastrando.

Uno de los guardias civiles, posiblemente el que estaba más cerca de él, se acercó corriendo.

Intentó levantarse pero no pudo.

—¡Quieto! ¡No te muevas! —le dijo el uniformado.

Mamo empezó a gemir de dolor.

Levantó la vista y vio, a lo lejos, a los dos hombres que habían llamado a su puerta venir corriendo hacia él con las pistolas en la mano.

Uno de los uniformados guardaba la pistola en la funda y hablaba a través del enorme walkie-talkie.

—Necesitamos una ambulancia en la calle Independencia 22, en el patio trasero. Tenemos a un herido de bala.

Mariano creyó que perdería la conciencia, pero no fue así.

Entre dos de los que vestían de verde le rompieron una manga de su camisa rosa. Con la tela le

hicieron un torniquete.

—No te muevas —le dijo uno de los uniformados.

Los tipos de paisano que había visto por la mirilla también guardaron las armas.

—Tan solo tenías que haber abierto la puerta —dijo Jesús—. Ahora estás detenido y con un tiro.

—No te muevas, idiota —le dijo Juan—. Quédate quieto o te desangrarás.

Mariano intentó dejar de moverse, el dolor de la pierna parecía ir en aumento.

Un grupo de vecinos empezó a acercarse a la escena.

—No hay nada que ver —les dijo uno de los uniformados—. Fuera de aquí.

—Váyanse, por favor —les pidió otro compañero.

Unos niños se acercaron corriendo para ver lo ocurrido, otras personas hablaban entre ellas comentando lo que podría haber pasado para que un tipo estuviera en el suelo con una herida en la pierna.

—Cerramos el caso —dijo Juan.

—Lo cerramos —contestó Jesús.

Conclusiones.

Cinco meses después de iniciar la investigación, los dos grupos de la Unidad de Policía Judicial de la Guardia Civil habían resuelto el caso.

Las muertes de Los chicos de Mestre, como les habían bautizado en la prensa, quedaban esclarecidas.

No hubo indicios de crimen intencionado sobre Raquel Medina; la muerte de Valentín Frías y de Patricia Ballester sí tuvo carácter homicida, producto de un intento por encubrir la muerte de la primera.

El Seat 127 de Andrés Galán fue inspeccionado a fondo y se realizó un barrido interior con carbonato de plomo como revelador mecánico para obtener huellas latentes, además de aplicar el test de Adler por algunas superficies en las que se reveló la existencia de restos de sangre.

El trastero del inmueble de la calle Independencia también fue investigado. La inspección ocular no dejaba dudas: manchas ocres y granates en el suelo y en la parte baja de las paredes se evidenciaba que alguien había cometido un crimen allí dentro y que habían intentado limpiar con escaso éxito la abundante sangre dejada por el cadáver al intentar descuartizarlo.

La prensa dejó bien claro que todas las muertes ocurrieron en un contexto de drogas, de familias desestructuradas y de sexo con menores de edad (aunque no se consideraría delito, puesto que los tres superaban la edad de consentimiento sexual, fijada en trece años).

Los periódicos anunciaban los resultados de la gran labor que había hecho el cuerpo de la Benemérita para dar con los responsables de tales actos. Una investigación en la que hubo varios sospechosos hasta que las pesquisas realizadas por los investigadores consiguieron dar con los auténticos culpables.

Hacia unos meses, la desaparición de los chicos apenas había ocupado un pequeño artículo, debido a la normalidad con la que algunos jóvenes desaparecían en aquella España de 1989.

Con la aparición de los primeros cuerpos, tan solo un artículo explicaba a los ciudadanos lo ocurrido muy cerca, posiblemente, de donde se encontraban leyendo esa noticia.

La resolución de la investigación ocupó varias portadas de distintos periódicos.

Pero la sociedad siguió igual.

Siguieron desapareciendo personas de todas las edades.

Continuaron los problemas en las familias desestructuradas.

La gran lacra de las drogas había mermado a la población juvenil desde hacía una década.

El cuerpo de la Guardia Civil siguió velando por el cumplimiento de la Ley, ayudando al ciudadano, protegiendo al indefenso, castigando al infractor y poniendo a disposición judicial a los criminales.

Los delincuentes cada vez se tomaban más molestias en ocultar sus fechorías, conscientes de que los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado estarían siempre ahí, cada vez más preparados para combatir el crimen.

Cada vez que se les llamara, acudirían en auxilio del ciudadano en apuros.

Cuando la gente saliera corriendo ante un peligro, ellos correrían en la dirección contraria.

Hacia el peligro.

Policías y Guardias Civiles serían los que vivirían los quince peores minutos, no solo de sus propias vidas sino de la vida de esas personas a las que juraron proteger y ayudar.

A 28 de junio de 2020.